

Zeitschrift:	Hispanica Helvetica
Herausgeber:	Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band:	22 (2011)
Artikel:	La geografía en los relatos de viajes castellanos del ocaso de la Edad Media : análisis del discurso y léxico
Autor:	Béguelin-Argimón, Victoria
Kapitel:	Geografía física y aglomeraciones urbanas [Teil 1]
DOI:	https://doi.org/10.5169/seals-840898

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 26.12.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

3. Geografía física y aglomeraciones urbanas: introducción

Tras haber presentado el contexto en el que se configuran los relatos de nuestro corpus, y con objeto de acercarnos al discurso geográfico de los viajeros castellanos de finales de la Edad Media, expondremos en el presente capítulo los aspectos de la geografía que éstos recogen en sus textos, centrándonos particularmente en la geografía física –relieve, aguas continentales, mares y costas, clima, vegetación y fauna– y en las aglomeraciones urbanas.

La naturaleza, que se ha considerado siempre como una tela de fondo en los relatos de viajes medievales, apenas ha suscitado el interés de los estudiosos, que se han sentido, en cambio, mucho más atraídos por lo que constituye uno de los grandes núcleos temáticos de este conjunto textual: las ciudades y sus habitantes. Zumthor señala que, en la poesía románica y germánica más antigua, las referencias a las formas de la tierra, a la vegetación y a los efectos de luz no están desarrolladas desde el punto de vista descriptivo y se conforman a estereotipos (Zumthor 1993: 87). Aunque se perciba un cambio de actitud a finales del siglo XII, momento en que el hombre occidental empieza a considerar su entorno espacial con mayor interés, el crítico advierte que, incluso hacia 1400, «les formes de la nature extérieure ne sont toujours pas devenues objet de considération pour elles-mêmes» y recuerda la grandeza de los paisajes que Marco Polo recorrió sin que ello se refleje apenas en su relato (Zumthor 1993: 89-90). Para Deluz (1988: 117-118), pese a que los libros de viajes incluyan información sobre la naturaleza, la preocupación principal de los viajeros se centra en el hombre y sus necesidades.

Las descripciones resaltan los lugares donde éste vive, su interacción con el medio, su aspecto, sus costumbres y sus creencias. Estas observaciones concuerdan con la tesis del padre Dainville que sostenía que «la géographie, jusqu'à la fin du XVIII^e siècle, ne se conçoit qu'humaine» (Dainville 1964: 323)⁴².

En esta parte de nuestro estudio, nos proponemos arrojar luz sobre el lugar que ocupan y el papel que desempeñan en el corpus tanto la geografía física como las aglomeraciones urbanas. Partimos de la hipótesis de que la percepción de la geografía física no es ajena a nuestros viajeros; Carrizo (1997: 116) ya ha señalado, refiriéndose a Pero Tafur, que la naturaleza no es en las *Andanças* «un simple acompañamiento, ni una voz secundaria, ni un marco para hacer resaltar el tema de la ciudad». Sin embargo, tampoco podemos negar la opacidad de la geografía física en el discurso de estos viajeros frente a la visibilidad de la geografía humana. Por esta razón, iluminar la imagen de una geografía física donde montañas, costas, ríos, campos, animales o tormentas marítimas ocupan un lugar continuo –aunque variable, e incluso velado a veces– constituye el primer reto al que nos enfrentamos en las páginas siguientes. La visión de las ciudades, más rica y completa, contribuirá a reconstruir la imagen del mundo que nos han legado los relatos estudiados.

El punto de partida que adoptaremos será fundamentalmente descriptivo a fin de hacer emergir unos contenidos –nos referimos aquí a la geografía física, en particular– que no siempre aparecen de forma patente. Teniendo en cuenta, sobre todo, uno de los parámetros comunes a los textos del corpus que se desprende del estudio del contexto de producción y recepción –la voluntad de transmitir conocimientos– algunas preguntas fundamentales guiarán nuestra reflexión:

1. ¿Qué importancia reviste en nuestros textos cada una de las áreas de la geografía estudiadas?

⁴² Tal afirmación no tiene en cuenta la abundante producción de textos sobre el descubrimiento y la conquista de América, cuyas detalladas observaciones sobre la geografía física constituyen una de las innovaciones de su discurso ya en los albores del siglo XVI. Recordemos, sin ir más lejos, la descripción de los volcanes Popocatépetl y Iztaccihuatl en las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés (1985: 107-108).

2. ¿Cómo se reflejan los objetivos e intereses de los viajeros-relatores en su percepción de la geografía?
3. ¿Ofrecen nuestros viajeros información global o parcial sobre la geografía?
4. ¿Presentan una geografía empírica –producto de la observación– o libresca?
5. ¿Qué visión del mundo se desprende de la información geográfica que nos brindan los textos?

A lo largo de nuestro recorrido, tendremos en cuenta igualmente cómo se manifiestan los otros tres parámetros, a saber: 1. el riesgo del viaje como factor a través del cual se percibe la geografía; 2. la extrañeza producida por la lejanía del lugar de origen; 3. y el valor más o menos testimonial de los textos.

El presente capítulo se divide en siete apartados principales dedicados al relieve (3.2.), las aguas continentales (3.3.), los mares y las costas (3.4.), el clima (3.5.), la vegetación (3.6.), la fauna (3.7.) y las aglomeraciones urbanas (3.8). Un primer apartado, a modo de introducción, titulado «*La ecúmene y sus territorios*» (3.1.) indaga la percepción –global o parcial– que los relatos ofrecen sobre las tierras recorridas y los diferentes modos de expresarla.

Los siete apartados se estructuran de forma similar. Todos ellos empiezan con una exposición general sobre la importancia de la temática estudiada en cada uno de los textos. Ponemos de relieve los intereses y preocupaciones de los viajeros-relatores, relacionándolos con los objetivos de sus respectivas producciones, su público y el contexto histórico y social. Profundizamos, después, en algunos elementos sobresalientes, comunes a varios textos. En el subapartado que titulamos «*Imágenes de...*», seleccionamos algunos pasajes particularmente relevantes que presentamos con mayor detenimiento. Completamos el apartado, cuando es pertinente, con algunos apuntes sobre la caracterización y las dimensiones, que se sistematizan en el capítulo 8 «*Transmitir el mundo extraño*».

3.1. LA ECÚMENE Y SUS TERRITORIOS

Quisiéramos empezar el recorrido por la geografía que presentan nuestros viajeros, adentrándonos en la percepción del espacio que éstos nos transmiten. El relato de viajes medieval se construye a partir de la tensión entre un discurso subjetivo, destinado a decir lo que se ha visto del mundo y, por ende, a particularizar, y un discurso objetivo de visos didácticos, destinado a decir lo que es el mundo y, por ende, a generalizar. Esta tensión aparece claramente en nuestros textos cuando nos acercamos a ellos para vislumbrar la visión que nos transmiten del conjunto de la tierra. Percibimos que los relatores suelen desplegar una imagen del mundo al hilo del itinerario y que muy raras veces ofrecen al público receptor descripciones generales de las regiones atravesadas ni, menos aún, descripciones globales del mundo conocido. Sólo algunos pasajes aluden al conjunto de la *ecúmene* –refiriéndose a sus «partidas» o partes– o permiten imaginar un territorio en su totalidad. Se trata de pasajes donde se refleja –siguiendo la distinción establecida por los griegos– tanto la labor del geógrafo, caracterizada por una voluntad de aprehensión global de la *ecúmene*, como la del corógrafo, que tenía como objetivo la descripción de un territorio preciso. También se percibe en ellos la voluntad de ofrecer una información que trascienda los datos obtenidos por simple experiencia empírica. En estos pasajes, el discurso muestra su carácter enciclopédico y se convierte en un instrumento claramente didáctico.

3.1.1. Imágenes de la *ecúmene*

Europa, Asia y África constituyan el mundo conocido en la Antigüedad y en la Edad Media. En el Medioevo se difundió la idea –de origen bíblico (Génesis 10)– de que cada uno de estos continentes había sido adjudicado a uno de los tres hijos de Noé después del Diluvio: a Jafet le tocó Europa, a Sem, Asia, y a Cam, África. En tierras peninsulares, esta división tripartita ya la refleja en el siglo XIII la obra enciclopédica, la *Semeiança del mundo*:

E questa partida en que moramos, que dize la escritura zona, departela el mar Mediterraneo en tres partes; e la vna ha nonbre Asya, e la otra ha

nonbre Ehuropa, e la otra terçera ha nonbre Africa. (Semeiança del mundo 1959: 55)

No obstante, hasta mediados del siglo XV, las noticias sobre estos continentes son muy desiguales. Las gentes instruidas tienen cierto conocimiento de los territorios y pueblos de Europa aunque la parte septentrional es zona prácticamente ignota; el desconocimiento de las tierras asiáticas aumenta conforme se avanza hacia el Este; y de África, la familiaridad con los territorios del Norte contrasta con la ignorancia sobre las tierras del resto del continente.

El Victorial es el único texto de nuestro corpus que alude explícitamente a la *ecúmene* en su conjunto. Mediante una referencia al viaje aéreo de Alejandro Magno, Díaz de Games evoca la división tripartita de la tierra, que ya se encuentra en una digresión del *Libro de Alexandre* (1995: 184-190, estrofas 276-294). En efecto, el anónimo autor del *Alexandre* ofrece, a modo de preámbulo a las conquistas del héroe macedonio, una descripción del mundo conocido con el fin de poner de manifiesto la ingente hazaña que éste se prepara a cumplir: someter a la mayor parte de los pueblos de la tierra. Los versos del *Alexandre* brindan una sucinta imagen del mundo en la que se nombran los tres continentes y se hace referencia a sus zonas climáticas, su situación y las religiones que se practican en ellos, para terminar centrándose en la geografía de las tierras asiáticas y sus pueblos. Contrariamente al autor del *Libro de Alexandre*, el relator de *El Victorial* no menciona los nombres de los continentes. Durante su vuelo, Alejandro:

miró la tierra, e las yslas, cómo yazen cercadas de mar, e cómo es la tierra partida en tres partes, e cómo la una tiene tanto como las [otras] dos, e aun más. Conosció los grandes ríos, e las altas montañas, dónde comienzan e dónde acaban. (VIC: 180)

La visión de la que goza Alejandro desde los aires se asemeja a la imagen a escala que ofrece un mapa pues, como señala Claval (1995: 125), «la carte permet à l'observateur de changer d'échelle. Elle fait de lui un géant capable d'embrasser du regard une région, un pays, la planète».

Las referencias a los continentes en los demás textos del corpus son escasas. En *El Victorial* encontramos una ocurrencia de los términos *Europa* y *Asia* (VIC: 319); el *Viaje a Jerusalén* solamente recoge *Asia* en el topónimo *Asia Menor*; y Clavijo nunca nombra los continentes como tampoco lo hace Gómez de Santisteban. Al principio de su relato, Tafur se refiere al continente africano y al europeo, dejando traslucir así cierta percepción del conjunto de las tierras de la *ecúmene*:

Partimos de çepa, é dexando á man derecha la parte de *África* é tomando á la siniestra la de *Europa*, desembocamos del estrecho junto con el monte de Gibraltar é salimos en la mar larga, é fuemos costeando fasta surgir sobre el esplaja de Málaga, çibdat del reyno de Granada; (AV: 8)

A la división tripartita de la tierra, otras autoridades reconocidas en la Edad Media –como Macrobio– oponen una visión cuatripartita: el mundo está, entonces, dividido en cuatro partes por dos océanos que se cruzan (Zumthor 1993: 228). Es la idea que parece recoger Gómez de Santisteban en su obra, cuyo título completo reza *Libro del infante don Pedro de Portugal: el qual anduvo las quatro partidas del mundo*. Sin embargo, las palabras del proemio anticipan el itinerario y permiten precisar exactamente a qué partes de la tierra se refiere el texto:

determine de contar algunas cosas notables en este breue tratado de lo que vimos en las *quattro partidas del mundo*: en especial en la tierra santa visitando la casa santa de *Jerusalem* El sancto sepulcro de nuestro señor Jesu christo. El cuerpo de [la gloriosa virgen] santa Catalina que esta en hueso en carne: en [el monte *Sinay*. [Y] la peña donde hirio Moysen con la verga: & hizo salir agua para los hijos de Israel. [Y] La *tierra de judea* ver si es tal & tan grande como dezian en poniente. [Y] La *señoria del preste Juan delas indias*. E la *india mayor* donde esta el cuerpo de santo Thome (apostol) en hueso y en carne en la [noble] ciudad de *Albeth*. (DP: 1)

Pese a que los viajeros anuncian que recorrerán las «cuatro partidas del mundo», estas líneas destacan cuatro espacios precisos que van a constituir, efectivamente, los hitos del viaje: Tierra Santa, el Sinaí y Judea, por un lado, y la India del Preste Juan, por otro. Los tres pri-

meros son espacios relevantes del Antiguo y del Nuevo Testamento, tierras de peregrinación de los nobles cristianos de la época; el segundo, residencia del mítico Preste Juan y sepultura de Santo Tomás, es el destino final de los viajeros. En un periplo, de hecho, caballeresco e iniciático (Gómez Redondo 2002: 3429), estos centros espirituales constituyen los verdaderos espacios de interés para don Pedro y su séquito.

La idea de división continental de la *ecúmene* está, como vemos, poco presente en los textos del corpus. Con mayor frecuencia aparece, en cambio, la contraposición de dos grandes espacios geográficos, el *Levante* y el *Poniente*⁴³. En nuestros textos, el *Levante* engloba las tierras que hoy conocemos como *Oriente Próximo*, *Oriente Medio* y *Extremo Oriente*, mientras que el *Poniente* designa el conjunto de tierras de la Cristiandad⁴⁴. Tafur describe Venecia como punto de encuentro de las riquezas de estas dos zonas:

Grande es el regimiento desta çibdat, é por esto prospera tanto, é muy grandíssima la riqueza, que ygualmente las cosas de *Levante* con las del *Poniente* ellos abondosa é copiosamente las traen allí, ansí que paresce estado. (AV: 217)

Cuando las autoridades de Venecia, cumpliendo las estrictas leyes que rigen la ciudad, anuncian a Tafur la confiscación de los bienes

⁴³ Como veremos más adelante, *Levante* y *Poniente* se refieren igualmente al Mediterráneo y al Atlántico; también designan, respectivamente, el Este y el Oeste; y son, asimismo, los nombres que reciben los vientos que soplan de estos dos puntos.

⁴⁴ En su trabajo sobre la lengua de los geógrafos, el padre Dainville (1964: 23-24) estudia los términos del francés por los que se conocen las distintas partes de la tierra y señala que de los siglos XVI al XVIII se suele denominar *Levante* a las tierras costeras del Este del Mediterráneo –a las que se llama actualmente *Oriente Próximo*– y *Poniente* a las tierras del Oeste de este mar; precisa que, en aquellos siglos, para designar las tierras situadas en lo que hoy conocemos como *Oriente Medio* y *Extremo Oriente* se emplea el término de *Oriente*. En nuestros textos, sin embargo, vemos que son todas las tierras orientales las que se incluyen bajo el mismo término de *Levante*.

que éste ha adquirido en tierras de Oriente Medio, los venecianos se refieren a esta zona con el término de *Levante*:

cavallero, verdat es que nosotros tenemos ley que ninguno non trayga nin meta cosa á esta çibdat del mar Mayor nin del *Levante*, sinon fuere vecino, en otra manera lo a perdido, é ansí lo vuestro por ésta nuestra ley perdido es; (AV: 197)

Gómez de Santisteban usa también *Levante* y *Poniente* para designar el espacio geográfico por el que se mueven don Pedro y su comitiva. En este caso, cuando el relator menciona el *Levante*, el término incluye claramente todas las tierras de Oriente, dado que los viajeros van a llegar hasta la India:

& desque el rey [don Juan] lo supo que su primo queria passar en *leuante* por saber todas las partidas del mundo ouo [muy] gran plazer (DP: 4)

A lo largo de todo su periplo, estos viajeros se presentan como gentes de *Poniente*:

& fezimos reuerencia al soldan & desque supo que eramos de *poniente* ouo gran plazer con nosotros por el ser nacido en castilla. (DP: 21)

Y sitúan su lugar de origen en esta zona, diciendo que son vasallos del rey «de España de poniente» (DP: 6). En Oriente, es frecuente que los anfitriones del infante le pidan información sobre su tierra de procedencia, a la que el propio relator se refiere también como *Poniente* (DP: 10).

Pese a que no utilice nunca el término *Levante*, en su interpolación sobre la orden de San Juan de Jerusalén, el Marqués de Tarifa denomina *Poniente* tanto al Occidente cristiano:

Qvanto en lo que toca a las cosas de *Poniente*, ado todos los priorados, bayliajes, encomiendas y otros beneficios que la Religión posee están, (VJ: 302)

como a la zona más occidental del mundo conocido:

Otrosí continuamente trae armadas dos carracas y dos naues y al presente quatro galeras y otras fustas y vergantines, sin las que arman muchos caualleros y seglares, tanto sus súbditos como cosarios de *Poniente*. (VJ: 306)

También encontramos *Levante* y *Poniente* en la *Embajada* aunque –en la única ocurrencia del segundo término– éste parece referirse simplemente al punto cardinal, al Oeste en relación con el contexto de enunciación:

E d'esta ciudat de Hormes van fasta esta ciudat de Soltania en sesenta jornadas; otrosí dizen que en esta tierra de *poniente*, que nasce el aljófar en unas chonças grandes que llaman natares; (ET: 207)

Otra división del mundo que se refleja en *El Victorial* es la que transmite Díaz de Games cuando habla de «los mares de Levante e de Poniente» (VIC: 208) –los dos espacios geográficos claramente delimitados del Mar Mediterráneo y del Atlántico– de los que trataremos en el apartado de mares y costas (3.4.).

En términos de práctica religiosa, también se establece una división de la *ecumene* ya que Tafur percibe como un todo homogéneo las «tierras de los cristianos»⁴⁵:

A1 tiempo que yo me partí de Veneja, para yr andar por las *tierras de los xpianos*, dexé todas las cosas que traya del Levante, ansí esclavos como dinero é todas las otras cosas que avía comprado, en poder de miçer Doménego Vent', un mercador de allí mucho mi amigo, (AV: 218)

Y estas tierras están situadas, por definición, en el Poniente, es decir el Occidente del mundo conocido. Refiriéndose a la decadencia de la Constantinopla a la que viaja Tafur y a su caída en manos de los

⁴⁵ Zumthor (1993: 148-149) alude al espacio de la «Cristiandad» y señala la ambigüedad del término en la Edad Media pues éste se refiere por igual a «une communauté de croyance, à la collectivité des croyants et à l'unité d'un espace appartenant en propre à la seconde en vertu de la première». De fronteras inciertas, designa «l'étendue terrestre offerte à la bénédiction divine, le morceau d'espace destiné par Dieu à grandir (dans un avenir encore imprévisible) jusqu'aux extrémités du monde créé».

turcos, el viajero alude a la Cristiandad como a los «cristianos del Poniente»:

¡Bien an fecho la vengança de Troya los turcos! que aun ante que yo vi
niese é Constantinopla fuese tomada, tan subiectos estavan como agora,
é sinon ponían las manos en ellos, era por miedo de non ensañar *los xpianos del Poniente*, porque non les fuesen en contra; (AV: 168)

En la denominación «tierras latinas» de las que habla Gómez de Santisteban, se solapan también la zona geográfica y el conjunto de tierras cristianas:

E mando que nos diessen como a vassallos del rey nueue mill pieças de
oro & vna epistola que el mesmo preste Juan embio hasta las *tierras latinas*. (DP: 50)

Un último elemento en nuestros textos relacionado con la visión de conjunto de la *ecúmene* –aunque más marginal– es la referencia en *El Victorial* a algunos espacios geográficos que se presentan opuestos entre sí. Es lo que ocurre en un apóstrofe al viento de marcado carácter literario en el que Díaz de Games acusa a este fenómeno atmosférico de pervertir el orden natural de las cosas, intercambiando incluso el lugar natural de residencia de los hombres. De este modo, Prusia o Inglaterra aparecen como tierras en las antípodas de Chipre o Etiopía, respectivamente:

¿Quién heres tú, Viento tan poderoso? Tú tienes el Oriente, e el Océidente, e el Aquilón, e el Meridón. Tú posees la mar e la tierra. Tú crías e tú matas. Tú enriquezes e empobrezes. Tú fazes las cosas contra natura: la grand madera, criada en los altos montes, e el fierro, e las piedras pesadas, fazes correr sobre el agua; los hombres, criados de la tierra, fazes bivir en la mar. *Tú fazes al de Prusa morador en Chipre, e al ynglés bivir en Etiopía.* (VIC: 433-434)

3.1.2. Imágenes territoriales

En alguna ocasión, los viajeros-relatores ofrecen imágenes de conjunto de espacios más reducidos que se articulan a partir de las redes comerciales o de las divisiones políticas. Efectivamente, entre la mucha información que recaban los embajadores destaca la relacio-

nada con el comercio, sobre todo en tierras asiáticas, pues era de importancia para el reino de Castilla disponer de datos sobre aquellas rutas por las que transitaban seda, pieles, especias o metales preciosos. El interés de Tafur en presentar ejemplos del buen funcionamiento político, social o comercial, le lleva a exponer con admiración el tráfico mercantil de ciudades como Brujas. Nuestros relatores describen la red de relaciones comerciales que se teje a partir de núcleos urbanos importantes por sus intercambios, ofreciendo así una visión global de un territorio determinado. Esto les da ocasión de integrar en el texto datos sobre lugares a los que no viajan, «ampliando» así los límites de sus periplos. En la *Embajada*, la descripción del comercio en Soltania⁴⁶ (ET: 205-208) o la siguiente, relativa a Samarcanda, cumplen esta función:

E otrosí esta ciudat es muy abastada de muchas mercadurías que en ella vienen de muchas partes: e *de Ruxia e de Tartalia* van cueros e lienços; e *del Catay*, paños de seda [...]; e otrosí viene almizque, que no lo ha en el mundo, salvo en el Catay; otrosí balaxes diamante, que los más que son en esta partida, de allí vienen; e aljófar e ruibarvo e otras muchas especias. [...] E *de la India* vienen a esta ciudat las especias menudas, que es la mejor suerte d'ellas, así como nuezes moscadas e clavos de girofre e macis e flor de la canela e gingibre e cinamom e magna e otras especies que no van en *Alixandria*. (ET: 313-314)

Los lugares de origen de las mercancías crean un entramado de rutas que contribuye a ampliar y construir la imagen mental que el público receptor tiene de la tierra. Además, en la descripción de Samarcanda, la mera enumeración de productos tan apreciados en Occidente evoca unos horizontes con riquezas materiales próximas a lo maravilloso por su abundancia («muy abastada de muchas mercadurías»), su carácter único («no lo ha en el mundo, salvo en el Catay») y su excelencia («las especias menudas, que es la mejor suerte d'ellas»). Así pues, el espacio geográfico descrito queda íntimamente ligado al

⁴⁶ La larga secuencia descriptiva dedicada a las actividades comerciales de Soltania en la *Embajada* se analiza en el apartado 6.2.1.2.2. («Organización de las secuencias descriptivas», «Visión cenital»).

espacio económico a la par que se inscribe en la visión de un Oriente mitificado, ya familiar a los destinatarios del relato.

Tafur echa mano del mismo recurso globalizador en su comparación de los dos emporios comerciales del siglo XV, Brujas y Venecia:

Esta çibdat de Brujas es una grant çibdat muy rica é de la mayor mercaduría que ay en el mundo, que dizen que contienden dos lugares en mercaduría, el uno es Brujas en Flandes en el Poniente, é Veneja en el Levante; pero á mi parescer, é áun lo que todos dizen, es que muy mucho mayor mercaduría se faze en Brujas que non en Veneja [...] Aquí se despachan mercadurías *de Inglaterra, é de Alemaña, é de Bravante, é de Olanda, é de Stlanda, é de Borgoña, é de Picardía, é aun grant parte de França*, é éste paresce que es el puerto de todas estas tierras, é aquí lo traen para lo vender á los de fuera, como si dentro de casa lo toviesen. [...] é de aquí se tiran todas las mercadurías que van por el mundo, (AV: 251-252)

Después de situar Brujas y Venecia, respectivamente, a orillas del Atlántico –el *Poniente*– y del Mediterráneo –el *Levante*–, la primera ciudad se convierte en el centro a partir del cual entran en el discurso los territorios vecinos, con los que comercia la ciudad flamenca; la referencia a sus relaciones mercantiles proyecta la imaginación del receptor en el conjunto de las tierras bañadas por el Mar del Norte y las tierras del nordeste de la Francia actual. Un poco más adelante, el relator pasa a enumerar los productos que pueden adquirirse en Brujas así como sus lugares de origen. Se despliega entonces en el discurso buena parte del mundo conocido desde las tierras de Castilla –el extremo Occidente medieval– a las de Levante –las tierras de Oriente–, pasando por Egipto y el Mar Mayor:

É ciertamente, quien grant dinero toviese é voluntad de lo despender, bien fallarie allí sola en aquella çibdat lo que por todo el mundo nasçe; allí vi las naranjas é las limas *de Castilla*, que paresce que entonces las cogen del árbol; allí las frutas é vinos *de la Greçia*, tan abondosamente como allá; allí vi las confaçiones é espeçerías *de Alexandria* é *de todo el Levante*, como si allá estoviera; allí vi las pelleterías *del mar Mayor*, como si allí nasçieran; allí estaba *toda Italia* con sus brocados é sedas é arneses é todas las otras cosas que en ella se fazen; ansí que non ay de

parte del mundo cosa donde allí non se fallase lo mejor que en ella ay.
(AV: 254)

La descripción pone de relieve la frescura, abundancia, variedad y calidad de productos procedentes del mundo entero y la enumeración se articula a partir de *allí [vi]*, recurso que agrega valor testimonial al discurso de Tafur. A modo de pequeño espejo del mundo, la ciudad refleja no sólo el conjunto de la *ecumene* sino que reúne igualmente todas las excelencias de ésta.

El carácter cosmopolita de la feria de Amberes ofrece de nuevo la ocasión a Tafur para plasmar en su relato la visión de un conjunto territorial. Será esta vez la afluencia de gentes de naciones diversas a la ciudad lo que permitirá integrar distintos horizontes geográficos en la descripción a partir de la mención de los gentilicios, especialmente:

Esta es, la feria que aquí se faze, la mejor que en el mundo todo ay, é sin dubda, quien quisiese ver el mundo junto, ó la mayor parte dél en un lugar ayuntado, aquí se podría ver. El señor duque de Borgoña siempre venie á esta feria, donde en su corte se puede ver grant gentileça, pues aquí concurren muchas é diversas naciones, *alemanes*, que son muy vecinos, *ingreses* ansimesmo, *franceses* vienen muchos, é vienen, porque de allí tiran muchas cosas é ansimesmo traen; *úngaros* é *prusianos* mucho onrran esta feria con sus caballos; pues *italianos*, allí vi sus galeas así las de *Veneja* como de *Florencia*, é naos de *Génova*; pues los de *España*, tanto é mas que ningunos la finchen, mayormente los de *Castilla*; allí fallé los *burgaleses*, que en Brújas están de contino, é allí fallé á Juan de Morillo, criado del rey Don Juan. (AV: 258-259)

Así pues, la descripción de la que, según Tafur, es la mejor feria del mundo –y en la que destaca el papel de los castellanos–, le permite reflejar el «mundo junto» o «la mayor parte dél en un lugar ayuntado».

Si hemos demostrado hasta aquí que la evocación de las actividades económicas puede dar pie a integrar en el texto visiones de conjunto de un territorio –a veces no recorrido–, estas se pueden plasmar igualmente mediante la mención de vínculos políticos. Referirse al imperio marítimo genovés, por ejemplo, permite al relator de las

Andanças e Viajes contemplar a vista de pájaro las tierras del Mediterráneo oriental y del Mar Negro:

Esta çibdat [Génova] con todo su patrimonio se rige á comunidat, é, por su industria é saber, en la tierra firme tiene muchas çibdades é villas é castillos, é en la mar muchas yslas; tiene á Cyjo é á Metellin, en la ysla de Chypre tiene una çibdat que llaman Famagosta [...] Estos tienen junto con Costantinopla una çibdat que llaman Pera, é en fin del mar Mayor una çibdat que llaman Cafa [...] é en el mar de la Tana tienen castillos, é otros en la Turquía. (AV: 12-13)

La probable vinculación de Tafur con los medios comerciales genoveses podría explicar el interés del viajero por demostrar la importancia de la ciudad, la gran rival de Venecia en el Mediterráneo. En este caso, además, la descripción –situada en las primeras páginas del relato– permite introducir una serie de ciudades que el viajero visitará durante su periplo.

Sin embargo, el fragmento que proporciona la mejor visión global de un territorio desde el punto de vista político se encuentra en la introducción de la *Embajada a Tamorlán*. En ella, el relator enumera las tierras que, gracias a sus sucesivas victorias, se anexiona Tamorlán y que acaban constituyendo su vasto y poderoso imperio:

El grand emperador e señor Tamurbeque, aviendo muerto el emperador de Samarcante e tomándole el imperio, onde comenzó la su señoría, segund adelante oiredes, e aviando después conquistado toda la tierra de Mogalia que se contiene con este dicho imperio e con la tierra de la India Menor; e otrosí conquistada toda la tierra e imperio de Horaçania, que es un grand señorío; e aviando otrosí conquistado e metido so su señorío tierra de Tugquinia, con tierra e señorío de una tierra que es llamada Rey; e aviando otrosí conquistado e puesto so su señorío toda la Persia e Media, con el imperio de Turiz e de Soltania; e otrosí aviando conquistada tierra e señorío de Guilan, con tierra de Darbanten; e conquistada otrosí tierra de Armenia la Mayor e tierra de Arzinga e de Azeron e de Aunique; e puesto so su señorío el imperio de Merdin e tierra de Carchestant que se contiene con la dicha Armenia; e otrosí aviando vencido en batalla al señor de la India Menor e tomándole grand partida de sus tierras; e aviando otrosí destruido la ciudat de Damasco, e tomadas e puestas so su señorío las ciudades de Halap e de Babilonia e de Baldat; e

aviendo destruido otras muchas tierras e señoríos e vencido otras muchas batallas e fechas otras muchas conquistas, veno sobre el turco Al daire Basica, que era uno de los grandes presentes señores que en'l mundo se savía, a la su tierra de la Turquía. Diole batalla e cerca de un castillo que es llamado Anguri, e venciólo al turco el señor Tamurbeque e tomóle preso a él a un su fijo. (ET: 77-78)

La relación de las posesiones de Tamorlán hace posible anticipar y abarcar mentalmente desde el inicio del relato parte de los territorios que serán el destino final de los embajadores. Las formas verbales *aviendo [...] conquistado, [aviendo] conquistada, metido so su señorío, puesto so su señorío, tomádole, aviendo [...] destruido, fechas otras muchas conquistas* articulan –junto con el marcador *otrosí*– la enumeración de las tierras del emperador mongol, y el texto constituye una verdadera lección de geografía. Por la visión de conjunto que ofrece, el pasaje se asemeja también a la lectura de un mapa aunque carece de un elemento esencial: los recursos para situar en el espacio. Sabemos que, a grandes rasgos, las tierras conquistadas se van mencionando, en primer lugar, en dirección Norte-Sur y, después, en dirección hacia el Oeste, pero el texto no explicita su ubicación. El orden en que se citan las ciudades –Damasco, Alepo, El Cairo y Bagdad– no obedece a ningún criterio aparente. Por la dificultad para el público receptor de forjarse una imagen mental de la situación de estos territorios, se puede pensar que la descripción refleja sobre todo una voluntad de suscitar la admiración por la magnitud del imperio y, por consiguiente, por el poderío de Tamorlán. Tanto por su posición al principio del relato como por su objetivo, la presentación de las tierras que habrán de recorrer los embajadores recuerda la descripción de la *ecúmene* que preludia las conquistas del héroe en el *Libro de Alexandre*. En la *Embajada*, la extensión del imperio timurida junto a la lejanía de sus dominios contribuye a reforzar la idea de dificultad del periplo de los embajadores y refleja la importancia de su misión.

Igualmente, cuando llegue a las Puertas de Hierro –paso obligado para entrar en tierras de Samarcanda–, el relator de la *Embajada* interrumpirá su relato para incluir una descripción del impresionante

desfiladero⁴⁷ y aprovechará esta frontera natural para evocar de nuevo la inmensidad del imperio, haciendo referencia a sus límites por el Noroeste, entre el Mar Caspio y el Mar Negro:

E de estas Puertas del Fierro era señor el Tamurbeque, e le rendía mucho cada año, por quanto pasan por allí los mercadores que vienen de la Menor India para la tierra del imperio de Samaricante e para las otras tierras que son ayuso d'él. E otrosí el Tamurbeque era señor de las otras Puertas del Fierro que son cerca de Darbante, en el cabo de Tartalia faza Cafa; e es eso mismo un paso de unas montañas muy altas que son entre el terreno de Tartalia e esta ciudat de Darbante para venir faza el mar de Bacu e faza la Persia. E los de Tartalia que quieren venir a la Persia o en esta tierra de faza Samaricante, no han otro paso, sino este. (ET: 244)

Después de proporcionar la distancia que separa las dos Puertas de Hierro –más de mil quinientas leguas– el relator invita a su público a admirar el poder del monarca:

Ved si es grand señor el que señoría estos dos Puertas del Fierro e es señor d'ellas, e de todo el terreno que es entremedias d'ellas, como lo es Tamurbeque. E el Señor de Darbante e de sus tierras e de las sus Puertas del Fierro le fazía trebutar en cada año. (ET: 244-245)

Tanto la descripción del imperio de Tamorlán como la de las Puertas de Hierro –situadas al principio de la relación y a la entrada de las tierras de Samarcanda, respectivamente– permiten al público receptor forjarse una imagen mental del vasto territorio timurida y avivan sus expectativas, preparándolo para el clímax del relato: el encuentro de los embajadores con el gran monarca en la ciudad de Samarcanda. Ambas descripciones ilustran, además, la cuidada estructura interna de la *Embajada* que, lejos de ser una colección de noticias descriptivas yuxtapuestas, constituye un ensamblaje en el que lo descriptivo funciona como elemento dinamizador de la propia narración.

⁴⁷ Veremos el pasaje en el apartado sobre el relieve.

3.1.3. Confines de la *ecúmene*

Una de las grandes preocupaciones geográficas de la Edad Media –que ya venía de antiguo– fue fijar la ubicación de los límites de la tierra y determinar los pueblos que los habitaban. Las *imagines mundi*, recogiendo el legado grecorromano, habían transmitido abundante información sobre las zonas limítrofes, y allí situaban los pueblos de Gog y Magog y todo un abanico de prodigios que iban desde los seres humanos y los animales monstruosos hasta las maravillas del reino vegetal y mineral. Los pueblos de Gog y Magog, mencionados en la profecía de Ezequiel (Ezequiel 38-39), residían en las regiones remotas del Noreste, en las montañas del Hindu Kush, rodeados de una muralla tras la cual los había encerrado Alejandro Magno. Se decía que con la llegada del Anticristo, al final de los tiempos, estos pueblos quebrarían la muralla e invadirían las tierras de cristianos.

El *Libro del infante don Pedro* es la obra de nuestro corpus que integra más elementos de la herencia cosmográfica medieval y, por esa razón, refleja las ideas transmitidas por las *imagines mundi* sobre los confines de la *ecúmene*. Después de la estancia de don Pedro y su séquito en el reino del Preste Juan, el infante expresa su deseo de proseguir su periplo hacia Oriente, pero el monarca se lo desaconseja, advirtiéndole que encontrará pueblos antropófagos, donde los padres entierran a sus hijos. Se trata claramente de una humanidad invertida, que se puede relacionar con los pueblos de Gog y Magog, pues el texto los presenta como enemigos del cristianismo: son los pueblos que «han de yr conel antecristo» (DP: 48). Ante la insistencia de don Pedro de «yr adelante fasta que enel mundo no ouiesse mas generacion» (DP: 48), el Preste Juan decide poner a su disposición monturas y dos trujamanes. El relato da cuenta de la geografía de estas regiones periféricas: los viajeros pasan cerca del Paraíso Terrenal, atraviesan un inmenso desierto y llegan, por último, a las montañas del fin del mundo.

También en la *Embajada* encontramos menciones a los confines de la tierra. En una ocasión, los relatores se refieren al mar Occidiano, aquel mar con forma de gran río que aparecía rodeando la tierra en los mapas en TO:

ca del Catay vienen por mar fasta diez jornadas a esta ciudat vienen las nabes; e navegan por el mar Ocidiano, que es el mar que está fuera de la tierra. (ET: 207)

En otra ocasión, los embajadores pondrán en boca de Tamorlán una referencia a Castilla como tierra situada, en este caso, en el límite occidental del mundo conocido:

-¡Catad aquí estos embaxadores que me envía mi fijo, el rey d'Espanña, que es el mayor Rey que es en los frances que son en cabo del mundo, e son muy grand gente! (ET: 260)⁴⁸

Sin embargo, otras veces, son las percepciones personales de los propios viajeros los que transmiten una visión –que no por ser individual deja de reflejar la de una comunidad– de los límites de la *ecúmene* o, en todo caso, de sus regiones limítrofes. Es lo que ocurre en las *Andanças e Viajes*. Tafur conoce en el Monte Sinaí a Nicoló di Conti, un veneciano que afirma haber vivido muchos años en el reino del Preste Juan. El andaluz expresa a di Conti su deseo de proseguir su viaje hacia Oriente pero éste se lo desaconseja con firmeza: la anarquía en la que viven los pueblos de las regiones por las que deberá viajar, sumada a su animalidad –son «gentes bestiales que non se rigen por seso» (AV: 98)– y a su monstruosidad, hacen del viaje una empresa harto arriesgada. Si la ruta a Oriente desde Egipto se cierra para Tafur, el viajero trata de abrirse camino hacia esas tierras por el Mar Negro. Sin embargo, los pueblos con los que se ve confrontado en Cafa le producen tal extrañamiento –«çiertamente si non fuese por los ginoveses que allí están, non paresçe que los otros non tienen parte con nuestra naturaleza» (AV: 163)– que decide renunciar a su avance hacia el Este. El relator no puede ser más explícito en su rechazo:

⁴⁸ Autoridades recoge el sintagma «al cabo del mundo» (*s.v. cabo*) y dice que es «[p]hrase que sirve mas para exagerar que para señalar sitio determinado, aunque al cabo del mundo suele entenderse por los países mas remotos de donde habitamos: como las Indias y las Philipinas, por lo separados que están de nuestro continente». En nuestro ejemplo, se trata de la tierra «más remota» para Tamorlán.

É mucho quisiera yo tenerme en estas tierras, mas por ser gentes bestiales é por los mantenimientos non ser conformes á mi naturaleça, é porque es como cerradura quasi á la India mayor, que es imposible de yr, é en las otras tierras non ay que ver sinon gentes destruydas é gastadas [...]. Tanta es la bestialidat é deformidat de aquesta gente, que de buena voluntat yo abrí mano del deseo que tenía de ver adelante, é tomé la buelta á la Greçia é partí de Cafa, (AV: 168-169)

La visión que Nicoló di Conti transmite a Tafur da cuenta, en parte, de una realidad histórica –la desmembración del imperio de Tamorlán y el caos en el que éste se hallaba sumido a la muerte del emperador– pero, sobre todo, entronca con la visión mítica del Oriente de la tradición libresca. La experiencia de Tafur en Cafa no hace más que confirmar la misma visión: los límites orientales del viaje del andaluz coinciden con los confines de lo que él considera una tierra segura y dignamente habitada.

3.1.4. Balance

Algunos pasajes de nuestros relatos ofrecen una imagen de conjunto de la *ecumene* en la que se percibe la conciencia de una división: 1. en continentes; 2. en dos grandes zonas geográficas (Levante y Poniente); 3. o en dos grandes zonas religiosas (las tierras cristianas frente a las tierras de infieles). Otros pasajes brindan percepciones globales de un territorio: lo hacen mediante la evocación de las redes comerciales de una determinada ciudad (ET y AV), lo que permite integrar en el discurso tierras a las que los viajeros no llegan, o mediante una visión de conjunto de las tierras que van a recorrer (ET, DP), lo que desperta expectativas en los destinatarios. En cualquier caso, la información transmitida amplía el horizonte de conocimientos de la sociedad receptora. Conviene tener en cuenta, sin embargo, que tales pasajes se encuentran diseminados en el conjunto del corpus y que la visión del mundo que nos ofrecen los relatos se irá desplegando, como veremos, al hilo del desplazamiento de los viajeros, y quedará así estrechamente ligada a la experiencia de éstos.

3.2. EL RELIEVE

En nuestro corpus la descripción del relieve aparece en proporciones desiguales y persigue diferentes objetivos según las obras. Mucho se ha hablado sobre el carácter estereotipado del paisaje medieval y sobre su función más de «decorado» que de verdadero «actor», y una lectura superficial de los textos nos empujaría a corroborar sin más esta idea. No obstante, un análisis detenido de éstos nos permite señalar matices e incluso nos lleva a concluir –en el caso de la *Embajada a Tamorlán*– que la topografía en esta obra desempeña un papel preponderante sin duda poco frecuente en el discurso geográfico de su época, como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de este apartado.

Si se tiene en cuenta uno de los propósitos prioritarios de la *Embajada* –el de presentar al rey Doliente un informe sobre las tierras recorridas, particularmente sobre los desconocidos dominios asiáticos de Tamorlán–, se comprenderá con facilidad que esta obra sea la que contenga más datos sobre las formas de la tierra, referidas tanto a los espacios naturales como a las ciudades. A través de las observaciones sobre el relieve, los embajadores ponen de manifiesto su plena conciencia del papel fundamental de la topografía y consiguen relacionarla con un sinfín de aspectos geopolíticos. El proceso de redacción de la *Embajada* puede explicar asimismo la mayor abundancia de referencias al relieve, en relación con el resto de las obras. Recordemos que la idea de dejar constancia de todo cuanto ocurriera durante el viaje –previa a la partida de los embajadores–, obligó a tomar nota, sistemáticamente, tanto del itinerario como de lo que hacían y veían los viajeros (López Estrada, 1984: 133). Además, con su relación, los embajadores pretendían ofrecer una estampa lo más fiel y real posible de las tierras recorridas pues uno de los objetivos principales de las descripciones en la *Embajada* era el de «hacer ver». Esto les llevó a consignar de manera continua, aunque sólo fuera someramente, la morfología de los espacios que atravesaban por lo que las referencias al relieve son parte constitutiva del relato, sobre todo en el recorrido asiático. Si bien es cierto que apenas hay verdadera caracterización o individualización del valle, el llano, la montaña o la sierra, la mención continua de estos accidentes constituye más que

una simple pincelada y permite que el receptor se forje una imagen de las formas del terreno. La calidad de informe de la *Embajada* hace de la toponimia que recoge este relato un dato de inestimable valor. Los topónimos relativos al relieve menudean en la travesía marítima hasta Trebisonda, durante la que se suele describir lo que los viajeros divisan desde la embarcación. En cambio, en el tramo asiático, sorprende ver desfilar montañas, sierras, peñas, valles o llanos, que muy raras veces se individualizan mediante un nombre propio. Esta ausencia de topónimos para la morfología terrestre llama la atención frente a la abundancia de éstos cuando se trata de dar nombre a las aldeas o los castillos por los que pasan los viajeros en su marcha hacia Samarcanda. Los embajadores dedican descripciones detalladas al Monte Ararat y a los volcanes en las Islas Lípari, o Eólicas, en las que nos detendremos en la segunda parte de este apartado.

Las menciones continuas al relieve en la *Embajada a Tamorlán* contrastan con la escasez de imágenes y reflexiones sobre este aspecto de la geografía en las *Andanças e viajes*. Más que a accidentes geográficos concretos, Tafur se refiere a la tierra y a sus formas en general. Cuando describe, por ejemplo, los alrededores de Ceuta, señala que «es tierra áspera é de muchas montañas» (AV: 8) y, al comparar Turquía y Grecia, dice de la primera que «es tierra muy estérile é mal poblada é motañosa» mientras que califica a la segunda de «tierra llana é abundosa» (AV: 156). El talante cosmopolita de Tafur, así como su objetivo principal de tratar relaciones con la nobleza, los círculos financieros y las altas jerarquías tanto políticas como eclesiásticas de las tierras que recorre, le llevan a centrar su discurso en las ciudades. Incluso en los largos trayectos terrestres, su atención se polariza en las aglomeraciones urbanas: «[é] yo partí desta cibdat yendo por las tierras, é cibdades, é villas é castillos deste Duque, que es muy bien heredado, fasta llegar á las Alpes» (AV: 286). Las referencias al relieve, cuando las hay, se suelen introducir relacionándolas con las actividades humanas de las que éste es escenario. Sin embargo, dos pasajes –de los que nos ocupamos en la segunda parte del apartado– destacan por su autonomía e interés: el fragmento en el que el andaluz relata la travesía de los Alpes y su descripción de los volcanes.

Las formas de la tierra cobran mayor importancia en el *Viaje a Jerusalén*. Como ocurre en todo relato de peregrinación, el Marqués de Tarifa pretende situar los lugares visitados en Tierra Santa con exactitud y ello supone pormenorizar la topografía de estos parajes. Sin embargo, el relator no se limita a una descripción de las tierras bíblicas sino que, durante todo el periplo, transmite también una imagen detallada de la configuración del terreno. En el *Viaje a Jerusalén*, los accidentes geográficos se suelen introducir en el discurso mediante el topónimo, sea cual sea la importancia del lugar o la mayor o menor familiaridad que el público receptor pueda tener con él. En un relato de peregrinación, estos topónimos ofrecen jalones a lo largo del camino a futuros peregrinos mientras que, en Tierra Santa, gracias a su poder evocador, hacen revivir en la mente del receptor los acontecimientos que tuvieron estos lugares como escenario. Más adelante, presentaremos la descripción del Monte Sión que nos brinda el marqués en su *Viaje*.

En *El Victorial*, las numerosas páginas dedicadas a las campañas marítimas reducen de manera considerable los episodios que se desarrollan en tierra firme. Díaz de Games se interesa por la topografía de las ciudades costeras y, en los lances bélicos, el relieve aparece desempeñando, sobre todo, una función estratégica. También resultan escasas las referencias a este aspecto de la geografía en el *Libro del infante don Pedro*; su relator recurre al topónimo para introducir los principales accidentes que los viajeros encuentran a su paso pero no les concede mayor lugar en su discurso. Sin embargo, y a pesar de la presencia marginal de la topografía, interesarán resaltar la breve descripción del Monte Ararat.

3.2.1. En el camino

La *Emabajada* y el *Viaje a Jerusalén* brindan abundante información sobre el camino recorrido entre las etapas terrestres y ello conlleva referencias a las formas de la tierra. Incluso durante la travesía marítima hasta Trebisonda, Clavijo suele describir la topografía de las ciudades en las que los viajeros hacen escala y no faltan las menciones al relieve que éstos pueden avistar desde la embarcación.

Una vez en Trebisonda, cuando los embajadores empiezan el itinerario por tierra, los vastos paisajes asiáticos son descritos de mane-

ra breve pero sistemática y no hay apenas tramo en el que se deje de hacer mención de la topografía. Articulados en torno al camino, van desplegándose montañas, sierras, llanos o valles. De Trebisonda a Arzinga, por ejemplo, el texto está puntuado de referencias a la morfología terrestre:

Otro día, lunes, partieron de aquí [...] E en el camino d'este día fue *por unas montañas altas*, bien fermosas, e buen camino de andar. [...] E otro día, martes, andudieron un fuerte camino *de montañas muy altas*, de muchas niebes, e de aguas muchas; [...] E otro día, miércoles, a ora de tercia, fueron en un castillo que era junto con el camino en *una peña alta*, que ha nombre Ardaça; el cual castillo e *peña* cercava de la una parte el río, e de la otra parte estaba *una sierra muy alta*, rasa, sin montes, que no ha omne que por ella pudiese pasar. Así qu'el camino era entre el río e el pie del castillo; e *el paso* era muy angosto, que no podía ir sino un omne ante otro o un caballo ante otro. E poca de gente que en el castillo estoviese, podría defender *aquella pasada* a mucha gente. E en toda aquella tierra no ha *otro paso*, salvo este. (ET: 169-170)

Pese a lo escueto de la información y al estilo casi de fórmula, estas breves descripciones ofrecen datos sobre la altitud –«montañas altas»–, la vegetación –«rasa, sin montes»–, la percepción estética –«bien fermosas»–, las dimensiones –«no podía ir un omne ante otro o un caballo ante otro»–, los ríos y corrientes de agua que surcan las montañas –«e de muchas aguas»– así como sobre la bondad o dificultad del camino ya que se menciona si éste es «buen camino de andar» o, por el contrario, si es «fuerte». Además, hay que observar que los embajadores no olvidan referirse a la función defensiva y estratégica de la topografía («no ha omne que por ella pudiese pasar»; «[e] poca de gente que en el castillo estoviese, podría defender aquella pasada a mucha gente»).

Si las más de las veces, el relieve se describe desde el camino, a distancia, en algunas ocasiones el relator se refiere al hecho de encontrarse en las montañas:

E este día fueron de aquí e durmieron en el campo, *encima de una montaña*. E otro día, martes, fueron comer e tener la siesta a unas tiendas de chacatanes, ribera de un río; e en la tarde cabalgaron e fueron dormir *encima de unas montañas desiertas*. (ET: 245)

o de cruzarlas:

e el su camino fue *entre unas sierras altas, nevadas*. E *andudieron por ellas* cinco días, e el camino era mal avitado, e de grand frío e niebes. (ET: 327-328)

Además, durante el camino, los embajadores dan cuenta de los cambios de paisaje:

E otro día, miércoles, fueron en una aldea, que *avían ya dexado el camino llano e entraron por unas montañas*, por cuanto avían de ir aquel Señor, que estaba entre aquellas sierras. (ET: 215)

También en el *Viaje a Jerusalén*, se integra la descripción del relieve a lo largo del trayecto. Cuando el Marqués de Tarifa atraviesa tierras catalanas, leemos:

El lunes a Villafranca de Panadés, tres leguas; ay muy mala agua. Venimos por aquí por no pasar *los Montes de Garrafa*, que es el camino de recho y corto, mas es peligroso *por ser alto y el camino angosto* junto a la mar. El martes venimos a Piera, quatro leguas, donde estuuimos hasta el viernes; *es muy mal camino*. El viernes venimos a *Monserrate*, dos leguas, *es muy trabajoso el camino*, adonde estuuimos hasta el lunes. Aquí *subí por lo llano* a las hermitas y *descendí* por la escalera. El lunes venimos a Coruatón, vna legua, porque *descendimos la cuesta de Monserrate, que es mucho más áspero que no Monginebra*. (VJ: 175)

Se informa con detalle sobre la desviación que el peregrino realiza por las tierras del interior para evitar el camino costero, más directo pero también más «peligroso» debido a su altura sobre el mar y a su estrechez. El itinerario alternativo pasa por el importante santuario de Montserrat, situado en un macizo rocoso y, aquí también, el relieve se describe en términos de dificultad: el camino es «trabajoso» y más escabroso que el de Monginebra, un puerto de montaña sito en tierras francesas al que el marqués aludirá más tarde. La referencia a la *cuesta* y los verbos deícticos de movimiento *subir* y *descender* contribuyen, de manera indirecta, a subrayar las irregularidades del camino. Lo mismo ocurre con la referencia a las *subidas e abajadas* cuando el peregrino describe el tramo que separa Rama de Jerusalén:

«de camino muy fragoso, así de asperezas como de *subidas e abajadas*, que todo es assí, e lo passado hasta Ramá es muy llano» (VJ: 220).

Y, en el discurso del marqués, se vislumbra a menudo el riesgo y la dificultad que entraña el caminar por las montañas:

Otro día, lunes, veinte y seis de agosto (*sic*), subimos a la Gran Cartuja, *dos leguas de subida y todo muy áspero*. Este monasterio está adonde *no se pueden yr a él sin mucho trabajo. Las montañas son muy ásperas*, las quales montañas se llaman Cartusa, de donde tomó el nombre la Orden de la Cassa. (VJ: 342-343)

3.2.2. Función defensiva y fronteriza

Guerra y estrategia militar no son ajena a nuestros viajeros. El relato de Tafur arranca con la participación del andaluz en una batalla contra los moros del reino de Granada al mando del Conde de Buena; Pero Niño dirige a sus hombres, luchando en aguas del Mediterráneo y del Atlántico contra los enemigos de Castilla; la embajada de Clavijo persigue establecer alianzas políticas y militares con el poderoso emperador mongol contra los turcos: la mirada de hombres que han manejado la espada o que poseen objetivos militares debe reflejarse forzosamente en su discurso. Desde el punto de vista bélico, el relieve desempeña un papel fundamental y ello se traduce en el interés continuo que los viajeros manifiestan por las formas de la tierra, sobre todo en las descripciones de las ciudades. La topografía de una aglomeración urbana proporciona datos tanto sobre su situación estratégica como sobre su capacidad defensiva⁴⁹. La descripción de Surmari –ciudad de Armenia situada en un llano y protegida de los ataques por el río, el valle y las peñas– ejemplifica la minuciosidad y el orden expositivos con los que Clavijo da cuenta del relieve a lo largo de todo su relato:

E esta ciudat estava en un llano, e de la una parte le pasava un grand río que llaman Corras, e de la otra parte avía un valle muy fondo e en unas peñas, e tan ancho como una ballesta podría echar un viratón, que cerca-

⁴⁹ Respecto a la importancia de la descripción topográfica vinculada con aspectos estratégicos, véase el artículo de Pansini (2003).

va la ciudat en derredor fasta juntar con el río. El cual valle e río fazía muy fuerte a la ciudat, que no avía combate ninguno, salvo do se comenzava el río. E el valle avía una entrada, e aquel era el combate que avía, pero encima d'esta entrada, avía un castillo muy fuerte, de grandes torres e altas; e avía dos torres, una ante otra. (ET: 190)

Después de trazar las líneas generales que permiten imaginar la topografía de Surmari –«de la una parte le pasava un grand río»; «de la otra parte avía un valle» que «cercava la ciudat en derredor fasta juntar con el río»–, el relator señala su único punto vulnerable, la entrada del profundo valle cuyas dimensiones precisa («tan ancho como una ballesta podría echar un viratón»). La voluntad de brindar información exhaustiva sobre la situación estratégica de la ciudad lleva al relator a señalar la presencia de un castillo, que garantiza el carácter casi inexpugnable de la plaza.

La detallada descripción de Plymouth en *El Victorial* integra el mismo tipo de información –situación, distancias, flancos fuertes y débiles, la fortaleza que protege los lugares de acceso a la ciudad– y deja ver igualmente la importancia que esta faceta de la geografía revestía para un hombre de armas:

Está una buena villa ençima de una grand altura, de la parte de la mar; e de la parte de la tierra non es ansí alta, mas tiene allí una buena fortaleza en una pequeña mota. Allí non á lugar de tomar tierra, a pesar dellos, salvo si la tomasen lexos della; e aviendo tomada la tierra, non es tan fuerte de ganar. Está sobre la ribera de un río, tiro de trueno de la mar larga. (VIC: 374)

Cuando en plena campaña militar, Pero Niño y sus hombres salen a reconocer el terreno para preparar el ataque de una ciudad, el relator recoge los datos topográficos que interesan desde el punto de vista bélico (situación, dimensiones y acceso):

E tornaron al ynfante, e dixéronle cómo la villa toda hera asentada sobre peña taxada; e que a lugares avía la peña una lança en alto, e a lugares [espacio en blanco] braças; e para llegar al pie de la peña avía de subir

una cuesta bien agra. E ansí aquéllos, como otros que heran de aquella opinión, dixeron que non se podía combatir. (VIC: 471)⁵⁰

Aparte del valor militar de la topografía urbana, importa asimismo la función estratégica que cumplen los propios pasos, valles, peñas o montañas. Tafur, por ejemplo, alude a ello al referirse al control que ejercen los venecianos en los Alpes:

é deçendí por las Alpes con grant trabajo é peligro por los grandes frios, pero son tan poblados los caminos é tan abastados, que es una maravilla; é todo aquello tienen ocupado del Imperio los venecianos, é *en los mismos caminos en las angosturas tienen fechas torres é puertas con que cierran; esto todo por defender la tyranía que tienen.* (AV: 286)

Y, a lo largo de todo su periplo, los embajadores se muestran particularmente atentos a estos aspectos del relieve por lo que el papel crucial –tanto desde el punto de vista militar como fronterizo y comercial– del desfiladero conocido como Puertas de Hierro no les pasa desapercibido. En primer lugar, Clavijo describe con precisión el aspecto del lugar, contraponiendo, sobre todo, su profundidad con la altura de las montañas que lo rodean:

E en aquel lugar estava un paso por do se pasa esta montaña por una quebrada que paresce que fue fendida e fecha a mano esta pasada, ca las montañas de una parte a otra suben muy altas. E el paso es llano e muy fondo; e en medio d'esta pasada d'esta montaña, está una aldea, e la montaña, muy alta, encima. E este paso d'estas montañas se llaman las Puertas del Fierro.

Destaca, después, que el paraje es paso obligado, lo que le proporciona un papel político y comercial relevante:

E en toda esta montaña no ay otro paso para la pasar, sino este. E este paso es guarda del imperio de Samaricante e de su tierra, que de partes de la Menor India no ay otro paso para pasar a tierra de Samaricante,

⁵⁰ Los corchetes vacíos indican que en el manuscrito falta la cifra que expresa la dimensión y muestran que este tipo de datos podía incluirse con posterioridad a la primera redacción del texto.

salvo este. Ni eso mesmo los del imperio de Samarcante no pueden pasar a la tierra de la India, salvo por este paso. E de estas Puertas del Fierro era señor el Tamurbeque, e le rendía mucho cada año, por quanto pasan por allí los mercadores que vienen de la Menor India para la tierra del imperio de Samarcante e para las otras tierras que son ayuso d'él. (ET: 244)

Y el relator termina señalando la importancia del desfiladero como frontera natural, reforzada en el pasado por verdaderas puertas (ET: 245).

Una función posible de las regiones montañosas, en efecto, es la de delimitar territorios, configurar divisiones políticas o marcar zonas climáticas, como ilustra también el siguiente pasaje de la *Embarjada*:

E allende d'esta ciudat, comiençan unos grandes llanos que duran mucho. E es tierra muy poblada. E a la mano derecha estavan unas montañas altas, rasas, sin montes; e tras ellas está una tierra que llaman Çurchitan. E estas montañas son frías mucho, e todo el año durava la niebe en ellas; e a la mano siniestra están otras montañas que son rasas, sin montes, e son calientes. E tras de ellas está una tierra que se llama Aguilan; (ET: 208)

El Marqués de Tarifa precisa, igualmente, la función fronteriza del Mont Cenis, principal paso para cruzar los Alpes hasta el siglo XIX: «passamos el Puerto de Monsenís, que él y el de Monginebra y el de Largentra son los puertos que diuiden a Francia de Ytalia, y venimos a comer a Leuatburque, que es en la Saboya, seys leguas. [...] También diuide este puerto el Piamonte, que es en Ytalia, y la Saboya, que es junto con Francia» (VJ: 341).

Por último, conviene recordar que las zonas montañosas pueden actuar como muralla y protección contra pueblos indeseables, como se ve en el *Libro del infante don Pedro de Portugal*: cuenta el Preste Juan –en la carta que se incluye al final del relato– que los pueblos de Gog y Magog «estan [...] tras vnas sierras que no pueden passar ellos a nos: ni nos a ellos» (DP: 51).

3.2.3. Aguas y vegetación

Rasgo propio de la *Embajada a Tamorlán* –y prácticamente ausente en los demás relatos– es la estrecha relación que se establece en el discurso entre el relieve, las aguas y, en particular, la vegetación⁵¹. Los embajadores caracterizan de forma sistemática tanto las montañas como los valles por su cobertura vegetal; en estos últimos destacan la presencia de ríos y arroyos, de vegetación y, por ende, de vida humana:

en la noche llegaron a un valle en que avía muchas labranças de pan, e por él iva un río; rivera d'este río, avía muchas tiendas de chacataes, de los de la güeste del Señor. E aquí, entre esta gente, avía muchos ganados e gamellos e cavallos. E avían quedado estas gentes e sus ganados, por cuanto los traían cansados, e en este valle avia muchas yervas. (ET: 229)

En los valles se describen particularmente los cultivos de cereales, viñedos y frutales, y aparecen vergeles y huertos. La ciudad de Arzinga, por ejemplo, está situada en una llanura cerca del Éufrates, «cercad[a] en derredor de unas sierras muy altas» en la que se encuentran «muchas aldeas e viñas e huertas; e el llano está eso mismo todo labrado de panes e viñas e huertas e vergeles bien fermosos» (ET: 179). La confluencia de agua, vegetación y presencia humana –relacionada siempre con la idea de hermosura– se configura como un topos que atraviesa todo el texto de la *Embajada*.

A parte de la riqueza vegetal de los valles, los embajadores también mencionan el manto vegetal de las montañas que hallan a su paso. A veces éstas se encuentran cubiertas de bosques como en Trebisonda cuyo litoral «era de muy altas sierras, de montañas de árboles muy altos; e en cada árbol estaba una parra, e d'estas parras fazí-

⁵¹ Como veremos en el capítulo sobre el léxico, en el castellano medieval, la frontera entre voces que designan formas de la tierra o cobertura vegetal son a veces borrosas (véase *campiña*, *campo*, *monte*, *montaña* y *vega*). El deslizamiento semántico que se ha producido en la voz *monte* es un buen ejemplo: en castellano medieval, *monte* designaba, principalmente, la cobertura vegetal mientras que actualmente en español estándar la primera acepción es la de 'gran elevación natural de terreno' y la segunda 'tierra inculta cubierta de árboles, arbustos o matas' (DRAE).

an vino, e nunca las labran» (ET: 353); o, por el contrario, son montañas desnudas: «[e] todas estas montañas e sierras que fallaron después que de tierra de Traspisonda salieron, eran rasas, sin montes» (ET: 191).

Las dotes de observación de los relatores de la *Embajada* les llevan, en una ocasión, a establecer vínculos entre el relieve y los cursos de agua, y a mencionar el fenómeno de la erosión cuando, durante su travesía de las tierras asiáticas, advierten «unas quebradas muy fondas que un arroyo faze» (ET: 314).

3.2.4. Imágenes de montañas

Una exposición somera del lugar que ocupa el relieve en cada una de nuestras obras y de las relaciones que establecen los viajeros-relatores entre éste y otras facetas de la geografía nos ha permitido un primer acercamiento al tratamiento de la topografía en el corpus.

Vamos ahora a detenernos en algunos de los fragmentos en los que los viajeros nos ofrecen descripciones precisas de montañas. En el texto de Clavijo las referencias a la topografía son continuas pero la caracterización e individualización de los accidentes geográficos es poco frecuente ya que en raras ocasiones se encuentra una descripción pormenorizada de una montaña, un valle o un desfiladero. Hemos visto que en Tafur, el relieve apenas tiene protagonismo. Por ello, tanto el detallado fragmento sobre el Monte Ararat en la *Embajada* como el pasaje sobre la travesía de los Alpes en las *Andanças e Viajes* constituyen excepciones que ejemplifican distintos modos de comprender y hacer comprender la montaña y su medio. De igual modo, las referencias a los volcanes en ambos textos y la descripción de la topografía del Monte Sión en el relato del Marqués de Tarifa permiten vislumbrar las preocupaciones e intereses que mueven a nuestros viajeros.

Sin embargo, antes de introducirnos en los pasajes mencionados, recordemos en qué contexto cultural y literario aparecen estas descripciones. Numa Broc (1969: 15) sostiene que las montañas se descubrieron en el siglo XVIII tanto en el plano literario como en el científico, y recuerda que los siglos precedentes no habían visto en ellas más que desorden y caos. Lugar de residencia ya de las fuerzas del mal ya de los dioses, estas elevaciones del terreno siempre habían

encarnado un espacio de peligro para el viajero que debía atravesarlas. Su ascensión por deporte o placer no se inicia hasta el siglo XIX. Y sólo con Rousseau se inaugura una descripción entusiasta de la montaña, que culminará con los románticos⁵². No olvidemos, por último, las reflexiones de Bernadin de Saint Pierre en pleno siglo XVIII con respecto a las dificultades que supone describirla:

L'art de rendre la nature est si nouveau que les termes mêmes ne sont pas inventés. Essayez de faire la description d'une montagne de manière à la faire reconnaître: quand vous aurez parlé de la base, des flancs et du sommet, vous aurez tout dit. Mais que de variétés dans ces formes bombées, arrondies, allongées, aplatis, cavées, etc.! Vous ne trouvez que des périphrases. C'est la même difficulté pour les plaines et les vallons (apud Claval 1995: 38)

El hombre medieval –con una visión de la montaña muy alejada de la actual– carece, por consiguiente, tanto de modelos como de medios lingüísticos para hablar sobre ella, lo que nos permite calibrar el esfuerzo y la novedad que supone la labor descriptiva de los viajeros⁵³.

3.2.4.1. El Monte Ararat

La tradición religiosa y las Sagradas Escrituras marcan tanto la lectura e interpretación que los viajeros hacen del espacio como su discurso sobre éste. En sus periplos, los viajeros-relatores tratan de localizar y desplazarse a los lugares en los que tuvieron lugar los más importantes acontecimientos del Antiguo y el Nuevo Testamento, se ponen en camino hacia parajes que fueron en su momento escenario de vidas o milagros de santos, o entran en contacto con reliquias seculares. De este modo, el discurso geográfico del viajero medieval acoge en su seno la tradición cristiana, y vincula espacio y tiempo, geografía e historia. Ubicar los pueblos de Gog y Magog, localizar el Paraíso Terrenal y sus cuatro ríos, encontrar huellas de ese Infierno

⁵² Aunque también se ha dicho que la primera descripción de una montaña se la debemos a Petrarca y a la carta que escribe después de su ascensión al Mont Ventoux (1336) (Besse 2000: 13-34).

⁵³ Zumthor (1993: 63-64) sintetiza en dos páginas la historia del acercamiento progresivo del hombre a la montaña en la Edad Media.

sito en las profundidades de la Tierra, contemplar la montaña donde se posó el Arca de Noé o hundir sus pies en los lugares donde vivió y murió Jesucristo constituyen tanto formas de fijar la Historia Sagrada en un espacio vivido como de hacer revivir la Historia Sagrada.

La topografía bíblica entra en el discurso de nuestros viajeros con las referencias al Monte Ararat, a los volcanes y a Tierra Santa. La presencia del Monte Ararat en la *Embajada*, las *Andanças* y el *Libro del infante don Pedro* obedece a la trascendencia de esta montaña, en cuya cumbre se posó el Arca de Noé:

Las aguas fueron retirándose gradualmente de la tierra; al cabo de ciento cincuenta días comenzaron a bajar, y al día diecisiete del séptimo mes el arca quedó anclada sobre los montes de Ararat. (Génesis 8, 3-4)

El Diluvio se relaciona en el Medioevo con la morfología de la tierra y al Diluvio atribuye Mandevilla tanto la redondez de ésta, como su relieve: «[e]t porque ay montaynnas et vales no es sino por el diluujo de Noe, qui gasta la tierra molla et la dura tierra et las rrocas fincaron montaynnas» (Mandevilla 2005: 157)⁵⁴.

Veamos las descripciones que nuestros viajeros ofrecen del Ararat:

Sávado siguiente, que fueron treinta días de mayo, los dichos embaxadores partieron de aquí, e el su camino fue por el pie d'esta montaña del arca de Noée, la cual montaña era muy alta; e arriba, en lo más alto, estava nevado e cubierto de niebla. E era rasa, sin montes, pero en ella avía muchas yervas e aguas, e el camino iva alderredor d'ella. E en ella

⁵⁴ Se encuentran frecuentes referencias al Ararat en otros relatos de viajeros que recorrieron las tierras asiáticas y la montaña también aparece en el *Libro del conosçimiento*: «[e]t después parti de los montes del Toro et fuy a ver los montes de Armenja la Mayor, do arribo la arca de Noe quando escapo del general diluudio. Et aquel monte es todo de piedra de sal, atan blanca como el christal. E sabet que es vna de las altas sierras del mundo, et es medio sobre la faz de la tierra, e njngunt omne non puede alla subir, maguer que fue probado por muchas vezes, e son en el jnperio de Persia» (*Libro del conosçimiento*: 177). Otras menciones del Ararat las hallamos en Fray Jordán Catalán de Séverac (Gil 1995: 401-402) y en Fray Odorico de Pordenone (Gil 1995: 437).

paresció muchos cimientos e edificios de casas de piedra que duravan grand pieça. E en ella avía nascido mucho centeno, que se nasció ello de cada año, como si fuera sembrado, pero era vano, que no granaba. E otrosí avía nascido mucho mestuerço, como si lo sembraran. E al pie d'esta montaña se falla el clemesín con que tiñen la seda. E en medio d'esta montaña e al pie d'ella, fallaron un grand edificio del pueblo, que fuera desvaratado grand tiempo avía, e durava bien una legua. E las gentes de aquella tierra dezían que aquella fuera la primera puebla que en el mundo fuera fecha después del Dilubio, e que la fezo Noée e su generación. E ante la dicha puebla avía un grand llano en que avía muchos almarjales de agua e grandes carrizales e muchas fuentes. E esta dicha montaña era aguda e tenía un pico muy alto, el cual estaba nebado e cubierto de niebla, e no podía parecer el cabo. E dezían que todo el año, así en ibierno como en verano, nunca se quitava aquella niebla de aquella montaña; e esto por la grand altura d'ella. E este día tovieron allí los embaxadores la siesta, ante una fermosa fuente que y estava, so un arco de piedra. E estando allí se quitó la niebla, e paresció el cabo de la montaña, e luego súditamente se tornó. E dezían que pocas veces se quitava. E junto con esta montaña alta, está otra que tiene otro pico agudo, pero no es tan alta como esta otra. E entre estos picos se faze una como silla, e allí dizen que se puso el arca. E ambas estas sierras eran muy altas e nebadas en lo alto. (ET: 191-193)

En esta parte de Armenia está una alta sierra que llaman Montaña Negra, en la qual se affirma aver quedado el arca de Noé después del diluvio. (AV: 66)

E las sierras de Armenia son muy altas: y estouimos en sobir las dia & medio: (y) entre las sierras passa vn rio (muy) ardiente donde se cogen (finas) piedras preciosas. y entre las sierras esta atrauessada el arca de noe: & dela humedad del rio esta el arca cubierta de yeruas: & del estiercol delas aues esta el arca blanca como la nieve: & hombre ninguno no puede llegar hasta el arca con las grandes peñas (& aguas) que ay estan. De alli fuemos ala ciudad de armenia que esta (hasta) quatorze leguas del arca. (DP: 19)

La lectura de los tres pasajes muestra algunas analogías y notables diferencias. Observemos, en primer lugar, el nombre que se da a la montaña. Tafur la denomina «Montaña Negra», la sitúa en Armenia y alude a su relación con el Diluvio, mientras que Clavijo –a su paso por Armenia– se refiere a ella simplemente como la «montaña del

arca de Noé». Gómez de Santisteban, por su parte, menciona las sierras armenias donde se encuentra el Arca, con lo que reconocemos la referencia al Ararat. Los tres textos vinculan, pues, este espacio –ya sea montaña o conjunto de montañas– con el emplazamiento donde finalizó el Diluvio. Sin embargo, se puede observar una gradación en el modo de asumir y transmitir las creencias tradicionales ligadas a este episodio veterotestamentario y a este lugar. Gómez de Santisteban presenta la información como un hecho, sin ninguna modalización; los embajadores lo hacen suyo parcialmente ya que si, por un lado, denominan a esta elevación la «montaña del arca de Noé», por otro lado, se distancian cuando se refieren a las ruinas de la ladera y el pie de la montaña pues precisan que son los lugareños los que aseguran que se trata del primer asentamiento humano construido por Noé. También recurren al «dizen» para referirse al lugar donde se posó el Arca. Tafur marca una mayor distancia ya que no asume en ningún momento la relación entre la montaña y el episodio bíblico, poniendo la creencia en boca de terceros, mediante el recurso al «se afirma».

El andaluz no viaja al Monte Ararat y la breve mención a esta montaña en las *Andanças e Viajes* responde al afán enciclopédico de no dejar fuera de su relato un hito tan importante de la geografía sagrada. Y es precisamente la relevancia del lugar lo que lleva a Gómez de Santisteban a incluirlo también en el itinerario de don Pedro y a pintarlo con atributos propios del Paraíso y de lo maravilloso. En Armenia –lugar donde tradicionalmente se ubica el Edén– los viajeros atraviesan las montañas en las que se encuentra el Arca de Noé, precisando la inaccesibilidad de ésta. Un río de «piedras preciosas»⁵⁵ corre por las montañas y refleja la pureza y riqueza edénicas que estas tierras encarnan.

Frente a esta visión tradicional de la geografía ligada a aspectos simbólicos, Clavijo ofrece una descripción del Ararat, basada en la

⁵⁵ Las piedras preciosas son un símbolo de pureza y el lecho de piedras preciosas del río evoca el *Libro de la Escala de Mahoma* donde las arenas del río del Paraíso son también piedras preciosas (Brossard 1990: 58). Señala Gil (1995: 93, nota 274) que «[o]tro río que procedía del Paraíso, según la Carta del Preste Juan [...] era el Idono, en cuyas aguas se encontraban piedras preciosas de toda suerte».

experiencia vivida. En ella se refleja la impresión indeleble que esta montaña – de más de cinco mil metros y que se yergue en medio de una inmensa llanura– produjo en los embajadores. El relator la describe situándose en el camino que discurre a sus pies. La califica de *alta* –epíteto con el que tanto Tafur como Gómez de Santisteban caracterizan también al Ararat– y menciona las nieves y la niebla en su cima. Si en las vastas estepas asiáticas Clavijo señala de continuo la ausencia de bosques con un sintagma casi formulístico –las montañas son «rasas, sin montes»–, tal caracterización se aplica también al Monte Ararat salvo que el relator menciona aquí las hierbas silvestres de sus laderas y la vegetación palustre de la llanura que se extiende frente a la montaña. La altura, la nieve y la niebla de su cima, la vegetación, pero también los cursos de agua y las ruinas que señalan un asentamiento humano anterior particularizan al Ararat en la *Embajada*. La pausa narrativa que supone esta larga descripción viene acompañada de un alto reconfortante en el camino pues «este día tovieron allí los embajadores la siesta». La contemplación de la montaña bíblica se produce en un agradable marco donde los embajadores gozan de un momento de reposo cerca de una fuente y viven una experiencia verdaderamente insólita: la niebla se levanta y pueden divisar el pico. La manifestación de una naturaleza generosa distancia así al relator del *topos* de la montaña como *locus horribilis*.

3.2.4.2. Los Alpes

Camino de Alemania, Tafur narra su travesía de los Alpes en un pasaje que constituye, sin lugar a dudas, el de mayor interés sobre el relieve en las *Andanças* y que – junto a las descripciones del Monte Ararat– ilustra el abanico de intereses que anima a nuestros viajeros. Se ofrece en él una visión diversificada de las montañas y su hábitat. El andaluz se refiere a la nieve en las cumbres alpinas y a su deshielo en verano; a las avalanchas y al ingenio del hombre para evitarlas; a la presencia humana y animal en este medio y, sobre todo, al panorama sobrecogedor que contempla desde el monasterio de San Gotardo. La integración articulada de alusiones al clima, a los cursos de agua, a la fauna y a la adaptación del hombre a su hábitat refleja la conciencia de Pero Tafur de la interacción de estos elementos en el medio alpino:

Otro dia partí de aquí, é fuí al pié del puerto de San Tocardo, que es ençima de las Alpes de Alemaña; é otro dia, aderesçado lo que avíamos menester, sobimos el puerto en esta guisa. Era este tiempo que digo en fin de agosto, quando las nieves, por la grant calor, se desfazen é es muy grandíssimo peligro; é tienen ellos unos bueyes ya usados aquel camino, é va delante el buey quanto una soga é dexa atrás, amarrado aquella soga, uno como trillo de los de Castilla, é en aquel trillo va onbre asentado, é detrás lleva su cavallo por la rienda; é desta guisa se asegura el camino, é quando algo oviese de ser, el boezillo pasaríe el peligro; é quando pasan por algunas angosturas do ay grandes alturas é montañas de nieves, que paresçe que se quieren despegar, tiran primero con unas culebrinas, porque con el estruendo, si a de caer la nieve, cayga; é ya a acaesçido, pasando la gente, despegarse la nieve é matallos. En este tiempo cresçen mucho las aguas é las riveras por este desfazimiento de las nieves. Todas estas sierras son muy pobladas ó de mesones ó de lugares pequeños. Este dia sobimos encima las Alpes á un hernita que llaman Sant Tocardo, bien vecina del cielo, é áun de allí paresçen otras alturas, que los que estavan en la hermita dizen que nunca avíen visto el cabo de éllas, por la niebla que lo ocupa; é paresçe de allí Italia, é quien pudiese é abastase la vista toda la verle de allí, tanta es la altura, é tan grande es la llanura é baxura de Italia. De allí, pagamos nuestros boezillos é entramos en nuestro camino contra Basilea por entre aquellas sierras, donde ay muchas martas comunes é bestes, é ay unas animalias como cabrones de que se fazen chamuçis; é continuando por aquellos lugares, como dixe, é saliendo ya de las montañas é sierras, é caminando una jornada por unas llanuras, llegamos á la noble çibdat de Basilea, (AV: 230-232)

Los peligros del viaje –a los que vimos que Tafur aludía en las primeras líneas de su relato y que forjan, a la vez que muestran, el carácter de un caballero– aparecen como tela de fondo en las referencias del viajero a la naturaleza virgen. Para Tafur, uno de los espacios donde se mide el hombre es, sin duda alguna, la naturaleza; por eso es frecuente que el relator describa en ella situaciones de riesgo, con la consiguiente aparición de términos relacionados con el peligro o la muerte. La travesía del puerto alpino se pinta como una experiencia azarosa donde aparecen dos ocurrencias de la voz «peligro» y una de «matallos».

A su llegada al monasterio, el relator da fe del sobrecogedor panorama que divisa desde la ermita de San Gotardo cuya descripción

analizamos en el apartado 6.2.1.2.3. «Vista panorámica». Baste señalar, de momento: 1. los recursos hiperbólicos de los que echa mano Tafur para expresar la altitud de las montañas (el monasterio está «bien vecin[o] del cielo», por ejemplo); 2. el papel de los monjes –testigos fiables por residir permanentemente en el lugar– que aseguran no haber visto nunca la cima de las montañas a causa de la niebla permanente sobre ellas; 3. y la clara polaridad que se establece entre la altura de las cimas alpinas y la llanura italiana.

3.2.4.3. Los volcanes

La navegación por el Mediterráneo permitirá tanto a Tafur como a los embajadores contemplar volcanes en erupción. La falta de familiaridad con el fenómeno se refleja en la ausencia de voz precisa –en el castellano del siglo XV (ver léxico del relieve, s.v. *boca*)– para designar las montañas ignívomas que, en el mundo conocido, se reducían al Etna, el Vesubio y a las situadas en las islas de Lípari, o Eólicas.

Los antiguos se habían ocupado ya del vulcanismo y habían formulado hipótesis diversas sobre la génesis de las erupciones; el cordobés Séneca, por ejemplo, las atribuía a la acción subterránea del aire (Tsiolis 1997: 60). En sus respectivos relatos, Tafur y Clavijo, obviando toda mención a la causalidad del fenómeno, se limitan a plasmar el espectáculo del que son testigos en sendas descripciones que tienen algunos puntos en común pues ambos aluden al humo que despiden las montañas y al estruendo que éstas producen. Además, Tafur observa las escorias de Vulcano que «corren hasta el agua, é tan livianas son, que andan ençima del agua» (AV: 299). Y, por su parte, los embajadores hacen referencia al fuego y a las llamas que divisan en las islas de Strómboli, Vulcano y Salina.

Sin embargo, un elemento de importancia separa los dos relatos. En el Medioevo se consideraba a los volcanes los respiraderos del Infierno, y con el Infierno los solían relacionar numerosos viajeros de la época⁵⁶. Tafur recoge esta tradición, aunque recurre a un «dizen» distanciador, y sitúa las Bocas del Infierno en las islas volcánicas:

⁵⁶ Así, en el *Libro de las maravillas del mundo* leemos: «y se dice de ellos que son entradas que conducen al infierno» (Mandevilla 2001: 101).

Partí desta çibdat, é fui á Pati, una pequeña çibdat en la mesma ysla, é allí enfreinte está la ysla de Bolcan, que dizen que es una de tres bocas del Ynfierno [...] E luégo cerca está otra boca, que llaman Estrángulo, que ansimesmo faze aquel ruído que lo otro. (AV: 299); é de allí fuemos á la çibdat de Catánea, ques en la falda de Mongibel, la terçera boca del Ynfierno (AV: 301)

Clavijo, en cambio, guarda silencio sobre este punto y no establece ningún lazo entre la localización del Infierno –tan importante en la geografía sagrada– y el vulcanismo. Pese a ello, la *Embajada* también vincula el fenómeno con el universo religioso pues el relator recoge la leyenda de Santa Águeda, que protege algunas de estas islas del fuego y gracias a cuya intercesión se ha logrado extinguir la actividad volcánica en algunas de ellas:

E en esta isla está el velo de santa Agada; e aquí en esta isla solía arder, e por ruego de la buenaventurada sancta Agueda cesó de arder e esta isla e otras islas que son cerca d'ella. E cuando ven que arden las otras islas, porque no venga el fuego d'ellas a esta, que sacan aquel velo e que luego cesa el fuego. (ET: 91)

Tanto en el texto de Tafur como en el de los embajadores, la descripción de las islas volcánicas ilustra el solapamiento de elementos procedentes de la experiencia empírica con elementos procedentes de la tradición o de la hagiografía⁵⁷. Nuestros viajeros, por una parte, aparecen como observadores curiosos y fieles transmisores del mundo recorrido y, por otra, interpretan este mundo a la luz de unas creencias religiosas que son las que comparten con toda su comunidad.

3.2.4.4. El Monte Sión

La primera jornada en la ciudad de Jerusalén la dedica el Marqués de Tarifa a visitar los monumentos del Monte Sión. Luego de relatar con detalle el recorrido realizado, abre un largo paréntesis descripti-

⁵⁷ Contrastan estas visiones con la de Alfonso de Madrigal, El Tostado, que ya afirmaba en la primera mitad del siglo XV: «[m]uchas razones hay para prouar que las bocas de mongibel no son bocas del infierno, e que aquel fuego no sale de infierno mas es de piedra sufre» (*apud* Navarro González 1962: 352).

vo cuyo objetivo es proporcionar una visión topográfica del conjunto de la ciudad. El peregrino evoca los acontecimientos bíblicos que acaecieron en cada uno de los lugares que menciona o recuerda los edificios que se elevaban en ellos, como imponía la tradición textual en este tipo de relatos:

Todo esto es Monte Sión e para que mejor se entienda esto se a de saber que antiguamente Jerusalém se llamaua toda Monte Sión y en ella avía tres montes, es vno más baxo que otro, el que oy llaman Monte Sión, que es donde hera la fortaleza de Jerusalén e la casa de Dauid, que hera adonde oy está el monesterio, llamáuase Monte Gebuseo; el segundo, que es adonde Nuestro Señor padesció, llamáuase Monte Caluario; el tercero, que es el más baxo, donde se fundó el Templo de Salomón, llámase Monte Moría, y este monte es el que junta con el Val de Josafad la parte que cahe hazia la ciudad, porque el Val de Josafad sube hazia arriba e hazia abajo llega hasta vna puente, adonde Nuestro Señor cayó quando le lleuauan presso, que diuide el Val de Siloé del de Josafad. De manera que el Monte Moría, que es adonde está el Templo, el pie dél junta con el arroyo de Cedrón y el de Val de Josafad deciende hasta el arroyo dicho e sube hasta el pie del Monte Oliuete, que, aunque ay estos tres nombres de montes, antiguamente se llamaua todo Monte Syón y desta manera es el Monte Sinaý. E avnque dize la Escritura que la Ley se dio a Moysén en el Sinaý, porque todo aquel monte se llama assí, mas en él ay dos montes, el vno más alto que el otro, y el alto se llama Monte Synaý y el segundo se llama Monte Oreb. En el más alto fue puesto el cuerpo de Santa Catalina quando los ángeles la truxeron y oy día están señalados los cuerpos de Sancta Catalina e de los ángeles que la traxeron, que quando el vn ángel dellos fue a Santa María del Rubo a dezir a los frayles que fuessen allí por el cuerpo de Sancta Catalina, les dixo que hallarían allí en vna peña ymprimidos aquellos tres bultos. (VJ: 226-228)

Interesa subrayar algunos puntos en esta descripción. En primer lugar, la voluntad claramente didáctica del marqués y el objetivo explicativo de su fragmento que se refleja en las palabras iniciales: «para que mejor se entienda todo esto se a de saber que [...]». Recordemos que todo relato de peregrinación tiene como objetivo despertar en la memoria del destinatario el recuerdo de una serie de lugares y acontecimientos de la Historia Sagrada que éste conoce de antemano porque forman parte de su formación religiosa. Además, el peregrino

puede incorporar en su texto información suplementaria, como es patente en la descripción del marqués que describe los tres montes sobre los que está construida la Ciudad Santa y los valles que la rodean, utilizando los verbos *subir / decender* y los adverbios *arriba / abajo* para dar cuenta de la topografía del lugar, como hace a menudo en las descripciones del camino. Sin embargo, don Fadrique se preocupa, sobre todo, por tejer unos lazos muy precisos entre el pasado de la Historia Sagrada (*antiguamente*) –el que su destinatario conoce– y el presente del relato (*oy*), con lo que actualiza los conocimientos del receptor. Estos lazos se evidencian en los cambios que ha sufrido la toponimia del lugar, que el marqués consigna cuidadosamente.

Por otra parte, la descripción del Monte Sión lleva al relator a evocar la topografía del Sinaí –otra de las grandes montañas sagradas del mundo judeo-cristiano– y le induce a establecer, de nuevo con una clara voluntad enciclopédica, un paralelismo entre estas dos montañas. Se introduce así en el discurso un espacio no visitado, el Sinaí, y se rememora a dos figuras capitales del universo cristiano, Moisés y Santa Catalina.

Dos otras obras refieren la experiencia peregrina en Tierra Santa –las *Andanças* y el *Libro del infante don Pedro de Portugal*– y, en ambas, la topografía aparece como escenario de la historia bíblica. Tafur viaja a estos lugares de recuerdo: va al Monte Calvario «do fué crucificado Nuestro Señor» (AV: 54); al Monte de los Olivos «de donde subió á los cielos» (AV: 57); al monte «donde Nuestro Señor ayunó» (AV: 61); o al Valle de Josafat «donde es la sepoltura de la Virgen María» (AV: 56). Y divisa también el Valle de Hebron, «donde están las sepolturas de Adám é de Eva» (AV: 63).

Gómez de Santisteban evoca del mismo modo la topografía de los Santos Lugares: los viajeros van al Monte de los Olivos «donde judas el traydor dio paz a [nuestro señor] Jesu [christo]» (DP: 14); a la cueva «donde lloro sant pedro & se arrepintio quando nego a [nuestro señor] Jesu cristo» (DP: 15); o al Monte Tabor «donde fue transfigurado nuestro señor delante [de] sant Pedro & santiago & sant Juan» (DP: 16).

Los montes y valles de Tierra Santa funcionan como espacios propicios al recuerdo y a la meditación, y en las tres obras, la topo-

grafía de estas tierras queda íntimamente entretejida con la Historia Sagrada. Sin embargo, mientras que el discurso de Tafur y de Gómez de Santisteban sobre el relieve de Tierra Santa se conforma a un estereotipo –limitándose a la mención de los espacios de veneración– y no refleja –o lo hace vagamente– la experiencia vivida, el discurso del marqués plasma la topografía del mundo descrito a partir de las propias vivencias y, además, supone una ampliación de los conocimientos de los receptores por la información nueva que introduce.

3.2.5. Caracterización

Hemos visto hasta aquí, qué elementos del relieve retienen el interés de los relatores, qué redes de relaciones establecen entre éste y otros elementos geográficos o históricos y nos hemos acercado a algunos pasajes que, además de ilustrar estos puntos, nos han permitido atisbar los intereses, temores, creencias o conocimientos de los viajeros. Completaremos esta visión general, destacando con qué rasgos se caracteriza el relieve en el discurso.

Analizando las referencias al relieve en Mandeville, Deluz (1988: 154) observa que los términos *mont / montagne* aparecen el doble de veces que *vallée / champagne / plaine*. Añade que lo que siempre repite el relator es que la montaña es grande o alta, y que incluso da las medidas del Ararat («bien vii.lieues de haut»), pero que no se preocupa de las formas del terreno excepto cuando se refiere a la verticalidad de las paredes. Señala Deluz que el relieve se define mediante términos binarios por lo que *vallée-plaine* no están caracterizadas excepto por su oposición a *montagne*, y que no hay *colline* ni *plateau*.

Veamos qué ocurre en nuestros textos. La polaridad *montaña / valle* es muy frecuente en la *Embajada*, aunque ambos elementos del relieve estén caracterizados de manera independiente. La montaña en la *Embajada* se describe en relación con su altura (*muy alta*) y su forma (*aguda*), pero también en relación con la vegetación (*rasa / sin montes / desierta / de árboles muy altos*), las precipitaciones (*de muchas nieves*), la hidrografía (*e de aguas muchas*), su clima (*caliente / fría*) y su belleza (*bien fermosa*). El valle se caracterizará tanto por sus dimensiones (*grande, ancho o muy fondo*), como por su vegetación (*lleno de huertas e de viñas*), su población (*muy poblado de*

aldeas) y su belleza (*fermoso*). El llano será *grande* y podrá estar cultivado (*labrado de panes e viñas e huertas e vergeles bien hermosos*). Peñas, montes, picos, cerros, oteros y sierras tendrán como característica común el ser *altos* y se opondrán así a quebradas y pasos, calificados éstos de *muy fondos*. Por otro lado, se dirá que la tierra es *fraguosa de montes* o bien *llana* y el camino podrá ser asimismo *muy fraguoso de montañas e sierras, o de malos pasos*, pero también será *de muchas aguas e prados / bien poblado / buen camino de andar / bien avitado o llano*. Una vez en todo el texto se utiliza un adjetivo de color para describir la sierra (*vermeja*), aunque las referencias a la vegetación y, por supuesto, a la nieve que puede cubrir las montañas evocan ciertamente su colorido.

En Tafur la oposición del binomio *montaña / valle* es menor, pues del relieve se destacan, principalmente, las elevaciones del terreno: *montaña, sierra, peña, otero y roca*, calificados de *altos*. La montaña es también *muy áspera / de nieves / mucho pobladas* y de la sierra se dice que es *muy grant sierra / muy enfiesta / muy poblada ó de mesones ó de lugares pequeños*. La llanura (*muy grande*) o el valle (*muy largo*) están menos presentes. De la tierra se dice que es *áspera, de muchas montañas, muy montañosa, muy alta*, y también se la califica de *llana*. No se expresan las relaciones del relieve con la vegetación mediante adjetivos o complementos del nombre, como sucedía en la *Embajada*.

Son también las prominencias las que aparecen con más frecuencia en *El Victorial*. Hay que señalar, sin embargo, las escasas ocurrencias de los términos *sierra* y *montaña* –tan importantes en los demás textos del corpus–, que suelen encontrarse en algunos de los pasajes históricos que recoge la obra, pero que casi nunca aparecen en el relato de la vida de Pero Niño. Las elevaciones incluyen referencias a las peñas, que se describen como *fuertes y altas*, la peña tajada –*muy alta*–, la cuesta –*alta*–, la mota –*redonda* o *pequeña*–, el otero –también *redondo*– y se dice de las montañas que son *bravas* o *grandes*. La tierra será *fragosa, mucho alta, muy fuerte e montañosa* o *muy espesa de montes e muy llana*.

La caracterización de los accidentes geográficos en el *Viaje a Jerusalén* carece de variedad: el cerro, la montaña, el monte y la peña se califican de *altos*, pero ni el llano ni el valle llevan adjetivación.

Se dice, además, que la montaña es muy *áspera* y *muy espessa de árboles*, y el cerro también es *pequeño*. En cambio, en esta obra, destaca el abanico de calificativos para el camino: *alto / angosto / (muy) mal [camino] / muy trabajoso / muy llano / muy fragoso*. Se dice asimismo que el camino es *derecho, corto o peligroso*.

En el *Libro del infante don Pedro*, el único adjetivo que se aplica al relieve es el de *altas* para calificar a las sierras. Todas las demás referencias a la topografía –escasísimas, por lo demás, como ya hemos mencionado– aparecen en el texto sin ninguna adjetivación.

3.2.6. Dimensiones

Otro rasgo, la dimensión, permite caracterizar el relieve. En su estudio sobre la lengua de los geógrafos de 1500 a 1800, François de Dainville (1964: 165) observa la inexistencia del término *altitud* en este periodo y señala que los mapas se limitan a indicar la situación de las montañas cuya altura –tan importante hoy en día– no se menciona nunca hasta el siglo XIX. Esto se explica por el escaso desarrollo de las técnicas e instrumentos de observación geodésica, pero también responde a otras prioridades ya que, si para un navegante es esencial conocer las profundidades marinas a riesgo de perecer en las aguas y, para poder cruzar un río, es fundamental conocer su anchura, poco importa al hombre que vive tierra adentro conocer la altura de una montaña.

A falta de datos cuantitativos, nuestros viajeros se valen de otros recursos para informar sobre las dimensiones de los accidentes geográficos. Echan mano con frecuencia de criterios subjetivos y empíricos como puede ser la estimación de las jornadas necesarias para el ascenso de una montaña, por ejemplo. Así lo hacen los embajadores a la vista del monte Atos: «[e] dezían que desde'l pie de aquel monte fasta arriba donde el dicho monesterio estava, que ha dos jornadas» (ET: 111). Y el mismo procedimiento utiliza Gómez de Santisteban: «[e] las sierras de Armenia son muy altas: y estouimos en sobir las dia & medio» (DP: 19).

Sin embargo, algunas veces los viajeros pueden expresar igualmente las medidas de modo objetivo, indicando, por ejemplo, la distancia del camino que lleva hasta la cima en leguas:

Otro día, domingo, subieron a una alta sierra, sin montes, que *dura cuatro leguas la subida*; e era tan fraguosa que las bestias e los omnes la subían con grand travajo. (ET: 352)

También en el *Viaje a Jerusalén* la altitud de un puerto se traduce en las leguas que tiene el camino de subida y de bajada:

Duró el puerto *dos leguas de subida e vno de baxada* y es mucho más áspero que Monginebra, que por él no puede yr artillería (VJ: 341)

Además, en este pasaje, podemos ver que la dificultad del camino queda reforzada por la referencia a que no pueden transitar armas pesadas por él. Interesa observar también la comparación con el puerto de Monginebra. El relator usa como término de comparación otro puerto por el que el viajero ya ha pasado y que ya ha descrito y que, de ese modo, ha entrado a formar parte del universo de conocimientos del receptor. El procedimiento muestra igualmente la trabada estructura interna del relato.

La dimensión de los valles se puede expresar según el alcance de tiros de armas:

La largura deste valle dizen que será quattro tiros de vna buena ballesta. (VJ: 245)

Un último fragmento ilustra la diversidad de recursos –subjetivos y objetivos– que utiliza el Marqués de Tarifa para dar cuenta de las dimensiones de una cueva:

A la entrada e salida de Nápoles passé por vna cueua, que está media legua de Nápoles, que tiene mill passos de largura y por la anchura pueden yr tres carretas, y aunque desde la entrada se vee la lumbre de la salida es necesario yr con lumbre por ella; vn hombre puede yr a cauallo con vna lança enhiesta. (VJ: 321)

3.2.7. Balance

El lugar que se concede a las formas de la tierra en nuestros relatos presenta grandes variaciones de un texto a otro y refleja los intereses que llevan a cada uno de nuestros viajeros a ponerse en camino. La *Embajada* otorga a este aspecto de la geografía una atención conti-

nua –verdadera novedad en los albores del siglo XV– y tanto la descripción del paisaje como la de las ciudades pasa por la topografía. Hemos visto que los embajadores tienden puentes entre el relieve y las aguas, la vegetación, el clima y las divisiones políticas con el objetivo de brindar un documento lo más completo posible sobre las tierras recorridas. Si en las ciudades estos viajeros señalan –entre otros– los elementos del relieve que pueden revestir un valor estratégico, este aspecto es el único que interesa a Díaz de Games –que narra expediciones bélicas– en sus referencias a la topografía urbana. En el relato del Marqués de Tarifa, los datos sobre el relieve de las ciudades están prácticamente ausentes y en su lugar encontramos menciones a la topografía del camino, Jerusalén y Tierra Santa. Por lo que se refiere a Tafur, este andaluz muestra poco interés por las formas de la tierra y sólo en un pasaje de sus *Andanças* figura la breve descripción dedicada a las montañas alpinas que ilustra uno de los ejes en los que se basa su interés por la naturaleza: mostrar cómo el hombre se adapta a ella o le hace frente, y señalar los peligros que entraña. Por último, el valor de las también escasas alusiones al relieve en el texto de Gómez de Santisteban radica en que funcionan como claro contrapunto a los demás textos pues éste se menciona exclusivamente por sus relaciones con la geografía sagrada.

El análisis de los fragmentos dedicados al Ararat, los volcanes y el Monte Sión ilustran el peso de esta geografía sagrada en el imaginario medieval ya que los viajeros localizan en el espacio recorrido hitos de su universo religioso: el Ararat, en el que encalló el Arca de Noé; los volcanes, donde se encuentran las bocas del Infierno; y el Monte Sión, escenario de los episodios cruciales de la vida y muerte de Jesús.

3.3. LAS AGUAS CONTINENTALES

Fuente de vida, el agua de ríos, arroyos, manantiales o lagos, desempeña un papel fundamental para el hombre del Medioevo: las aguas posibilitan el riego y la pesca; ríos y lagos constituyen importantes vías de comunicación y a sus orillas florecen ya en el siglo XV abundantes manufacturas; al igual que las montañas, los ríos pueden mar-

car fronteras o proteger territorios y ciudades. Las aguas continentales están, pues, fuertemente ligadas a la vida del hombre y los relatos de viajes dan buena prueba de ello. No obstante, y a pesar de que a los viajeros-relatores les resulten más familiares las aguas continentales que las montañas, éstos tampoco se detienen a describir ríos o lagos salvo en contadas ocasiones. Y, como ocurría con el relieve, también esta faceta de la geografía física presenta un tratamiento desigual en las obras de nuestro corpus.

La *Embajada* sólo ofrece datos abundantes sobre el río Biamo, el actual Amu Daria, cuya descripción analizaremos en la segunda sección de este apartado. En cambio, la simple referencia a las «aguas» –hiperónimo que designa ríos, arroyos o acequias– aparece de forma recurrente en la ruta de los embajadores y éstas se integran en el paisaje descrito, sobre todo en tierras asiáticas. Todos los cursos de agua, sea cual sea su importancia, se presentan confundidos en un feliz anonimato –la hidronimia está prácticamente ausente–, sin caracterización alguna y solamente se insiste en su abundancia: los embajadores recorren «un fuerte camino de [...] aguas muchas» (ET: 169) o «unas montañas en que avía *muchas aguas e yerbas*» (ET: 196).

Clavijo y los suyos relacionan a menudo esta riqueza hídrica con la vegetación y la densidad de población: «[e] acerca d'las ciudades e lugares *onde avía aguas e prados, fallábamos eso mismo mucha gente, d'ellos tantos*, e tan feos andavan del sol, que parecía que del infierno salían. *E tantos eran, que parescían infinitos*» (ET: 238).

La profusión de cursos de agua fertiliza la tierra, posibilitando cultivos variados y cosechas copiosas con el consiguiente beneficio para el hombre. Pero, más allá de los aspectos utilitarios, los embajadores destacan de continuo, y especialmente, la hermosura de los parajes bañados por las aguas, como en la ciudad de Kesh:

e por todas partes d'ella le pasan *muchos arroyos e acequias de agua*; e avía muchas huertas e casas alderredor d'ella. E cerca d'ella era todo llano, en que parescían muchas aldeas e tierra muy poblada, *de muchas aguas e prados*; e era muy fermosa de verano. E por estos llanos avía muchos panes sembrados *que se regavan*, e muchas viñas e muchos algodones e muchos melones e muy grandes arboledas de frutales. (ET: 245)

En la *Embajada*, la belleza, tanto de las aguas como de la vegetación, emana de la propia calidad estética del paisaje que éstas contribuyen a crear y no se encuentra directamente vinculada a los provechos materiales que la naturaleza pueda reportar al hombre, como ocurrirá más a menudo en las *Andanças*.

En las tierras «de poca agua» (ET: 222), los embajadores observan cómo la habilidad y la técnica permiten a sus habitantes vencer las dificultades del entorno natural. Clavijo da cuenta de los sistemas de captación, transporte y canalización subterránea de las aguas en tierras asiáticas mediante conductos (*kariz*) que podían llegar a alcanzar los cien kilómetros (Jehel et Racinet 1996: 112):

E otro día, lunes, fueron durmir en unos palacios grandes que en el camino avían, que fue fecho para en que estén las gentes que por allí pasan, por quanto no ay avitança ninguna en dos jornadas por la grand calentura que faze e por la mengua de agua. E el agua que a esta casa viene, tráenla de una jornada por caños que vienen so tierra. Otro día, martes, veinte e dos días del dicho mes de julio, fueron durmir en una ciudat que es llamada Jagosa, e fezo este día muy grand calentura. E esta ciudat estava en un llano, al pie de una montaña sin montes; e de la dicha montaña vienen grandes caños de agua a la ciudat. (ET: 221-222)

Los detalles que consignan los embajadores recuerdan que, en tierras mesopotámicas, se desarrollaron desde antiguo avanzados sistemas de aprovechamiento de las aguas, perfeccionados posteriormente por los musulmanes y extendidos por toda la zona de dominio islámico.

Los embajadores mencionan igualmente los pozos que encuentran en medio del desierto, cuya particular construcción –que evita que queden sepultados bajo la arena– no dejan de describir:

E en este camino no ha agua, salvo de jornada en jornada, e son unos pozos fechos en el arena con bóvedas e encima, cerrados de pared de ladrillo alderredor; e si por aquellas tapias no fuese, el arena los cegaría. E el agua de aquellos pozos es de la que lluebe o de las nieves. (ET: 327)

Mientras que las *Andanças e Viajes* sólo conceden un papel marginal al relieve, las aguas continentales cobran, por el contrario, mayor importancia en este relato y las páginas dedicadas al Nilo –que presentaremos en la segunda sección de este apartado– reflejan el pro-

fundo impacto que el río causó en Pero Tafur. El viajero utiliza las vías fluviales y lacustres en sus desplazamientos: navega por el Po, el Reno, el Rin, el Nilo o el lago de Lucerna. Además, dondequiera que vaya, se muestra atento a los beneficios del agua sobre la vida del hombre y sus actividades. Y, si uno de los objetivos del noble andaluz es observar modos de vivir diversos para poder mejorar la cosa pública a su regreso a Castilla, la interacción del hombre con las aguas le ofrecerá un rico abanico de muestras. Porque los ríos de Pero Tafur no son las abundantes aguas anónimas percibidas en su marco natural en el Asia de los embajadores sino que discurren a los pies de importantes ciudades (Basilea «está sobre la ribera del río» y a Colonia «el Rin le pasa por el un costado») o las atraviesan (en Florencia pasa «una rivera por medio», de Roma dice que «por medio desta çibdat pasa una rivera»). Los ríos del andaluz aparecen, si no «domesticados» por el hombre, al menos sí profundamente imbriados en sus vidas.

Las riberas se pueblan gracias a la presencia vivificadora del agua. La del Rin, objeto de los más vivos elogios por parte del viajero, le maravilla por su hermosura y riqueza, y despierta su más sincera admiración:

É esta es sin dubda la mas fermosa cosa de ver del mundo, la ribera del Rin; de un cabo é de otro tantas villas gruessas, é tantas cosas notables, é tantos castillos é tan espesos, que a onbre vergüenza de lo dezir, tan cerca unos de otros é tan obrados con aquellos cruxios altos é aquellas grínpolas con aquellas mançanas doradas. (AV: 239)

Si en la *Embajada* el calificativo de *fermoso* se aplica al paisaje que resulta del maridaje entre aguas, cultivos y presencia humana, en Tafur, la belleza del río emana de las construcciones suntuosas que se yerguen a sus orillas, signos de riqueza y prosperidad materiales –«villas gruesas», «cosas notables», «castillos espesos» y «tan obrados»– y que se relacionan directamente con la faceta artística del hombre. También aquí hay abundancia –reflejada en la ponderación repetida (*tan / tantos-as*)– pero se trata de una abundancia sobre todo material. Su confesión frente al espectáculo que se le ofrece («a onbre vergüenza de lo decir») descubren a un viajero procedente de una

Castilla más sobria, más pobre y mucho menos poblada que las tierras centroeuropeas que recorre.

Al andaluz le interesa igualmente la explotación de los recursos hídricos: en Bolonia, por ejemplo, los molinos a orillas del río permiten moler cereales y especias, fabricar seda y papel, limpiar armas o serrar madera (AV: 18), y, en la ribera del Rin, se extrae oro del que «se faze la moneda, los florines que dizen del Rin» (AV: 236).

En una época amenazada por epidemias constantes, Tafur no deja de mencionar la salubridad del aire y de las aguas, y señala los lugares donde éstas contribuyen al bienestar del hombre, como en Viterbo, célebre por sus baños termales de propiedades terapéuticas. El viajero informa incluso –aunque emplee el «dizen» distanciador– del reciente descubrimiento sobre los efectos curativos de las aguas de esta ciudad en el tratamiento de la hidropsia (AV: 36-37). Y, del mismo modo en que se interesa por los beneficios del agua para la salud, observa Pero Tafur la ausencia de asentamientos humanos allí donde el agua puede ser fuente de enfermedades, como ocurre en la isla de Chipre:

Este lugar es despoblado por el mal ayre é *mal agua*. Dizen que *está allí un lago que llaman la Gostança, que aquel faze la poca salud en la tierra*, aunque todo el reyno de Chypre por la mayor parte es mal sano (AV: 66)

Porque las aguas –no sólo por su contaminación sino también por el ímpetu de su caudal– pueden suponer, al igual que la montaña, una amenaza potencial para el hombre. A su llegada a Basilea, el viajero describe el Rin como «rio muy furioso por la grant corriente» (AV: 232), y de la rapidez y fuerza de sus aguas dice que «tanto es el camino que faze, que desvanesçē onbre la cabeza quando lo mira» (AV: 233). Cuenta que el río, procedente de los Alpes, arrastra pedazos de hielo capaces de destruir las construcciones que se encuentran en su lecho o a sus orillas. Por consiguiente, advierte sobre los riesgos que entraña la navegación –«en esta rivera los que navegan van á grant peligro de topar do quiera, que se faría pedaços todo» (AV: 232)– aunque da cuenta también del ingenio del hombre para adaptarse a su medio natural y superar las dificultades que éste le impone.

El viajero relata, por ejemplo, las peripecias de los habitantes de los Alpes para salvar las cascadas en el río y aprovechar su corriente:

El primer dia que partimos de los baños, en una barca fuymos á una villa donde el rio se despeña tan alto como dos torres; é sale la gente primero en tierra, é amarran la barca con luengas cuerdas é déxanla yr é faze aquel salto, é despues tiénenla con aquellas cuerdas, é la gente entran en ella, é fazen grant curso, porque viene muy apretada é muy corriente por la cercanía de las Alpes; (AV: 235-236)

En Tierra Santa, Tafur no deja de evocar ni el Jordán ni el Mar Muerto –al que llama Mar de Pentápolin o Mar de Sodoma y Gomorra– y el viajero refleja en su discurso otro aspecto de la naturaleza, el de la naturaleza animizada, sensible a la santidad y también al pecado (Carrizo 1999: 120). Efectivamente, en el Jordán se manifiesta el milagro, la «maravilla cristiana», como la denomina Acosta (1992, III: 270-271): el andaluz cuenta que, según su acompañante musulmán, las aguas del río, al cruzar el Mar Muerto, no se mezclan con éste (AV: 60-61), y refleja así la dicotomía entre las aguas benditas del Jordán y las malditas del Mar Muerto. De éste recuerda, además, el olor nauseabundo y la ausencia de vida en sus aguas pues «non se cría pescado ninguno [...]», é aún dizen que ave non quiere posar en ella» (AV: 60).

El poder del agua sagrada, purificador y regenerador, se muestra asimismo en el baño ritual de los peregrinos en el Jordán, recuerdo del bautismo de Jesucristo. Si purificación y regeneración van de la mano, lo mismo ocurre con purificación y muerte pues Tafur relata igualmente que, durante su estancia en Tierra Santa, se ahoga en el Jordán uno de los caballeros alemanes con los que viaja. El discurso de las *Andanças* deja ver así, una vez más, tanto el riesgo personal que supone el viaje como el peligro que puede entrañar el medio natural.

También el Marqués de Tarifa alude al Mar Muerto y al Jordán en su *Viaje a Jerusalén*. Sin embargo, por el calor y las dificultades del camino, el peregrino renuncia a llegar hasta las orillas del río y la descripción de éste se basa en la información de sus acompañantes:

es angosto y suzio y avn dizen que no va por donde solía, que los moros lo echaron por otra parte, que por vna hermita que agora está allí desbiada solía yr, que está en el lugar adonde dizen que Nuestro Señor fue bautizado, (VJ: 252)

La visión realista que don Fadrique ofrece del río –«angosto y suzio»– contrasta con la percepción –también negativa pero más simbólica– que transmite el texto de Tafur.

Como sucedía con los elementos del relieve, el relato de la estancia del marqués en Tierra Santa está cuajado de alusiones a ríos, arroyos, fuentes, pozos, albercas, norias y aguas en general donde acaecieron relevantes hechos bíblicos. Menciona el marqués, entre otros, la noria con cuya agua se lavaba Job –enfermo de lepra–, los baños de Siloé, la fuente donde la Virgen hacía la colada o el pozo del que los soldados de David sacaron agua para que bebiera su rey.

Pero, aparte de los asuntos religiosos, don Fadrique no pierde de vista en Tierra Santa aspectos más materiales, como la extracción del «betún» –el asfalto– en el Mar Muerto y su utilización en la agricultura (VJ: 242), o la escasez de agua y sus consecuencias sobre la vegetación, que permiten vislumbrar al terrateniente, profundamente implicado en la explotación de las tierras:

Allegamos a Ramá quando ardía bien el sol, que heran diez millas. La tierra parescía muy buena para todo lo que della se quisiesen aprouechar y el camino muy llano, *saluo que hera falto de agua* [...] Toda esta tierra desde de Jafa a Jerusalén *es muy buena si oviesse agua y por mengua della no ay árbol sino desequiero y muchas palmas*. (VJ: 220)

Poco dice el marqués sobre los cursos de agua en el resto de su relato. Su interés se centra, sobre todo, en el empleo de los recursos hídricos por parte del hombre –como en Ferrara donde observa el aprovechamiento de las aguas del Po para el riego– y en repetidas ocasiones le llaman la atención los puentes, lugares de paso obligado que constituyen importantísimos jalones tanto en los caminos como en el trazado de las ciudades. No olvidemos, además, que en la Edad Media su construcción solía ser obra piadosa, patrocinada por los poderosos. A lo largo de su recorrido, don Fadrique menciona los de Narbona, Grenoble, Saint Esprit y Aviñón. Dice de este último:

Tiene la puente de largo mill e cinquenta varas de medir, las DCCXI de agua quando viene más crecido y las CCCXXXIX sobre seco de vna parte y de otra; en mitad de la puente está vna capilla que es el mojón de Francia e Auiñón. [...] En pasando los judíos la puente que es en Francia son cautiuos. (VJ: 181-182)

La información que brinda el viajero sobre el puente incluye sus dimensiones y referencias cifradas sobre el caudal del Ródano en las épocas de crecida y de sequía, datos cuantitativos que caracterizan la visión del marqués sobre el mundo –como iremos comprobando– e imprimen en su discurso distancia y objetividad⁵⁸. El peregrino no deja de mencionar la capilla en medio del puente, frontera política entre Aviñón –capital del pequeño estado dependiente del Papa– y Francia, pues otra de las preocupaciones del Marqués de Tarifa es dejar constancia de las jurisdicciones eclesiásticas y políticas⁵⁹. La alusión a la frontera le permite referirse aquí a las favorables condiciones de vida de las que gozan los judíos en tierras papales. La Sevilla multiétnica de la que procede el viajero así como sus responsabilidades políticas llevan al viajero a consignar en su relato la existencia de juderías en las ciudades a las que viaja (VJ: 182 y 198).

Ya hemos señalado en el apartado sobre el relieve (3.2.) que, en *El Victorial*, la importancia de las campañas marítimas relega a un lugar muy marginal la geografía de «tierra adentro». El relato incluirá algunas menciones a la geografía sagrada con la evocación de los cuatro ríos del Paraíso –como exponemos en la segunda parte de este apartado– y, durante las correrías de Pero Niño, las desembocaduras de los ríos ampararán al capitán y a los suyos, aunque el relato suele limitarse a una simple alusión a estos lugares. A Díaz de Games le interesan, en cambio, los ríos naveables y será el Sena el que describa con más detalle. Durante la estancia de las tropas en Harfleur, el relator introduce una referencia a este río:

⁵⁸ En las ciudades, por ejemplo, el viajero suele contabilizar el número de iglesias o monasterios y se refiere, casi sin excepción, a las rentas que proporciona cada lugar.

⁵⁹ Recordemos que en una de sus referencias al relieve, el marqués mencionaba los puertos de montaña que marcan la frontera entre Francia e Italia, y Savoya e Italia.

Allí entra en la mar un gran río cavadal que llaman Saena; non ay mayor río en França que aquél, afuera del Ras. De allí a París son çinuenta leguas, el río arriba, e las chanrúas e las barcas van e vienen de allí a París. (VIC: 388)

Del Sena, aunque brevemente, ofrece Díaz de Games datos geográficos de interés para un público que desconoce las tierras francesas y el texto contribuye a ampliar los conocimientos de la sociedad receptora sobre éstas: el relator integra en su discurso otro río del reino de Francia, el Ródano, y lo compara con el Sena; da información sobre la distancia entre la desembocadura de éste y París, y la simple referencia a las embarcaciones deja ver que el río es navegable en esta parte de su curso. Además, cuando los castellanos remontan el río, el relator elogia la belleza y la riqueza de sus orillas: «[e]s aquella ribera muy fermosa: ay en ella muy buenos lugares e muchas fermosas casas de grandes señores» (VIC: 389). Si se encuentra en esta alabanza cierto eco de la admiración que expresaba Pero Tafur por las orillas del Rin, la más escueta referencia a las «casas de grandes señores» nos remite a un texto en el que el mundo caballeresco y sus valores –alejados de toda referencia a lo estrictamente material– cobran particular importancia, especialmente en tierras francesas.

No es de extrañar que los datos geográficos que recogen nuestros textos estén en íntima relación tanto con los intereses de los relatores como con los avatares de sus viajes, y las frecuentes menciones en *El Victorial* a puntos en los que las tropas castellanas de Pero Niño pueden abastecerse de agua dulce lo demuestran. En efecto, durante la navegación, es de capital importancia saber dónde encontrar agua potable. La tripulación toma «agua dulce a unas cuevas que llaman de Alcoçébar» (VIC: 277) y el relator hace referencia tanto a la abundancia de agua en la isla de Gemolín –«ay en ella mucha agua dulce, e mucha caça, e muchas aves que crían en ella» (VIC: 289)–, como a su falta en otras islas: «[e]stas yslas son desabitadas, que non bive en ellas gente, ni ay en ellas agua dulce» (VIC: 296).

Si en *El Victorial* las aguas continentales ocupan un espacio reducido en el discurso, eso es todavía más llamativo en el *Libro del infante don Pedro*. En este relato, las menciones a las aguas se circunscriben a las que aparecen en espacios relacionados con la Historia Sagrada: Gómez de Santisteban describe los ríos paradisiacos,

como veremos más adelante. Se refiere también a otros dos cursos de agua, el llamado Río de las Piedras y el río de piedras preciosas que corre por el Monte Ararat y al que ya hemos aludido en el apartado sobre el relieve (3.2.). Sin embargo, el propio narrador afirma del primero que, pese a su nombre, no se trata verdaderamente de un río pues la característica propia a todo curso de agua es el tener una fuente, agua y una desembocadura, elementos de los que carece el Río de las Piedras. Por lo que se refiere a las aguas durmientes, Gómez de Santisteban señala que las ciudades de Sodoma y Gomorra se han convertido en lagos –«que estan fechas lagos de agua negra: y el agua esta llena de caruones. y dizen que son la generacion que se perdieron» (DP: 28)– en los cuales se subvienten todos los principios de la física ya que «si hombre toma vn palo o vna paja lançando la enlos lagos luego se hunde: & si echa vna piedra o hierro anda sobre el agua contra natura» (DP: 28). La naturaleza refleja de este modo la condena divina a los males del hombre.

Las escasas referencias a las aguas que recoge el *Libro del infante don Pedro* vienen a sumarse a sus también parcas pinceladas sobre el relieve, pero contribuyen a situar jalones fundamentales tanto de la geografía sagrada como de la geografía mítica. De este modo, la imagen del mundo que dibuja el texto de Gómez de Santisteban se acerca más a la de los tradicionales mapamundis medievales –visiones cosmográficas de la *eciúmene*– que a la de los nuevos mapas que ya se habían comenzado a trazar en el siglo XIV y que intentaban reflejar los conocimientos empíricos de un mundo que se iba conociendo cada vez mejor.

3.3.1. Aguas y pesca

La reflexión de Dainville (1964: 154) acerca del interés de los estanques en los siglos XVII y XVIII se puede retrotraer a las centurias de la Baja Edad Media. En efecto, a finales del Medioevo, las balsas abastecen de pescado a una sociedad que lo consume en cantidad por motivos religiosos –periodos litúrgicos de abstinencia de carne–, a la par que ofrecen la posibilidad de retener el agua y aprovecharla así para producir pequeños saltos, fuente de energía natural con la que accionar, por ejemplo, molinos o forjas.

Durante su estancia en Serifontaine, Díaz de Games observa la utilización del estanque de la mansión como rico vivero y da cuenta de la ingeniosa técnica empleada para la pesca:

Avía de la otra parte de la casa un estanque de muchos pescados, cercado e cerrado con llave, de que cada día que quisiesen podrían sacar pescado que abastase a trecientas personas. E quando querían tomar el pescado, tiravan el agua, que non viniese de arriba, e abrían una canal por donde vaziava el agua toda, e quedava el estanque en seco. Allí tomavan e dexavan el pescado que querían; e abrían el caño de ençima, e en poca de ora hera lleno de agua. (VIC: 392)

También el Marqués de Tarifa destaca la abundancia de pesca en el lago de Larda y la práctica de la piscicultura en sus aguas:

ay en él [en el lago de Larda] mucho pescado, así de truchas, que llaman carpiones, como de otro pescado, y en lo baxo dél tienen arcas en que tienen encerrado el pescado biuo (VJ: 194)

Tafur se refiere en repetidas ocasiones a la abundancia de pescado de agua dulce, tanto en los ríos como en los lagos, y da cuenta de su calidad:

En esta agua ay muchos pescados é muy buenos é muy sanos, entre los quales ay muy grandes salmones. (AV: 233); por un grant lago de agua duçe que deçiente de las Alpes, el qual es muy fondo é de largo bien quattro leguas, é *ay en él muchos pescados, é dizen que son muy sanos.* (AV: 230)

Llama la atención la ausencia de referencias a las actividades pesqueras de agua dulce en la *Embajada*. En este relato, el agua se relaciona prioritariamente con la agricultura y otros aspectos sobre su aprovechamiento quedan, en cambio, relegados a un segundo plano o simplemente silenciados. De hecho, es frecuente que los embajadores pasen por alto los vínculos entre aspectos de la geografía física y facetas de la vida cotidiana del hombre, salvo cuando se trata de consignar las costumbres y los modos de vida de los pueblos asiáticos.

3.3.2. Imágenes de ríos

Hemos podido apreciar hasta aquí el variado espectro de intereses que lleva a nuestros viajeros a referirse a las aguas continentales; hemos observado asimismo que los temas que relacionan con las aguas –desde la agricultura a la industria, pasando por la pesca, las construcciones o la demografía– revisten, de hecho, la misma importancia en el discurso, o mayor si cabe, que la descripción de las propias aguas. Muy a menudo, estas descripciones son más bien pinceladas diseminadas en los textos que verdaderas caracterizaciones de ríos, arroyos o lagos. Algunos cursos de agua, sin embargo, cobran mayor relieve en los relatos: los ríos del Paraíso en cuatro de los textos del corpus, el Biamo en la *Embajada a Tamorlán* y el Nilo en las *Andanças e Viajes*. A ellos dedicamos las páginas que siguen.

3.3.2.1. Los ríos del Paraíso

El fragmento del Génesis sobre los cuatro ríos que nacen en el Paraíso marca con una huella indeleble la visión geográfica de los viajeros medievales:

Un río salía de Edén para regar el jardín, y de allí se dividía en cuatro brazos. El primero se llama Pisón, y es el que rodea toda la tierra de Javilá, donde hay oro; el oro de este país es puro; en él hay también bedelio y ágata. El segundo, de nombre Guijón, circunda toda la tierra de Cus. El tercero, de nombre Tigris, discurre al oriente de Asiria. El cuarto es el Éufrates. (Génesis 2, 10-14)

Aunque pueda resultar inalcanzable, el Paraíso Terrenal y sus cuatro ríos existen en algún rincón de la tierra e intentar ubicarlos se convertirá en una de las empresas principales de los viajeros durante sus periplos. No hay que olvidar que, en el imaginario medieval, la impronta de los ríos edénicos es tan grande que incluso el propio Colón, al llegar a la desembocadura del Orinoco –y creyendo haber alcanzado al extremo oriental de la *ecúmene*–, piensa haber encontrado uno de ellos⁶⁰.

⁶⁰ Viendo la desembocadura de este río, escribe Colón: «si de allí el Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan hondo» (*apud* Ladero Quesada 2002: 34).

Todos nuestros relatores, excepto el Marqués de Tarifa, afirman haber visto alguno de estos ríos o bien se refieren a ellos en sus textos. En su relato sobre la historia de Bruto –un excuso de *El Victoria* procedente de material historiográfico sobre Inglaterra recogido en *El Victoria*⁶¹– Díaz de Games incluye una alusión a los ríos edénicos en la que sigue de cerca el pasaje bíblico:

E [Bruto] pasó en Etiopía, e llegó hasta el río Gión, que sale del Paraýso Terrenal. E llegaron al río Fisón: éste cerca toda la tierra de Evilach; allí naçe el mejor oro, allí fallan las piedras preciosas. E llegaron al grand Ti[g]re: éste va por la tierra de los asirios. E llegaron hasta el río Éufrates. Todos estos quatro ríos salen del Paraýso, que es en Asia. (VIC: 319)

El relator se mantiene fiel a los nombres con los que la Biblia designa estos ríos e incluso caracteriza a la tierra bañada por el Fisón como tierra rica en oro y piedras preciosas, al igual que en las Sagradas Escrituras. En el *Libro del infante don Pedro*, cuando la comitiva llega a las tierras por las que discurren los ríos paradisiacos, Gómez de Santisteban los denomina también por sus nombres bíblicos:

& de alli venimos a Tigris y a eufrates y a gion & a Fison: que son [cuatro] ríos que salen del parayso terrenal. y por el tigris salen ramas de oliuas y acipreses. E por [el río de] eufrates salen palmas y arrayhan & por [el río de] Gion sale vn arbol que se llama Linaloe: & por [el río de] Fison salen los papagayos en sus nidos por el agua: & destos ríos se mantiene todo el mundo de agua(s). Ca destos ríos se hazen los otros. (DP: 49)

El fragmento recrea una estampa propia de un *locus amoenus*, donde el agua de los ríos sagrados fluye entre una exuberante vegetación –olivos, cipreses, palmeras, arrayanes y palo de áloe– y la presencia de aves exóticas cerca del Pisón.

Tanto Díaz de Games como Gómez de Santisteban conservan los nombres bíblicos de los ríos: como hemos visto, el primero alude a

⁶¹ Díaz de Games señala que se basa en la *Corónica de los Reyes de Ynglaterra*, relato del que se ignora si corresponde a un texto concreto (Beltrán Llavador 2005 [1994]: 318, nota 223).

ellos en una referencia a la historia antigua y el segundo –artífice de un viaje imaginario que se apoya exclusivamente en fuentes escritas para la redacción de su texto– los menciona en su descripción del Paraíso. En cambio, los viajeros que se desplazan realmente a tierras de Oriente tratan de identificar aquellas aguas bíblicas con las que hallan en su camino. Por ello, además del Tigris y el Éufrates, otros cuatro ríos se suelen asimilar a los del Paraíso, según los textos: el Nilo –que se identificaba con el Geón bíblico–, el Indo, el Amu Daria y el Ganges.

En la *Embajada* se mencionarán el Biamo –el actual Amu Daria– y el Éufrates: «[e]sta dicha ciudat de Arzinga está fecha en un llano acerca de un río que es llamado Eufrates, e es uno de los ríos que salen de Paraíso» (ET: 179). Y, en las *Andanças e Viajes*, Pero Tafur sólo se referirá al Nilo como uno de los ríos del Paraíso y no aludirá a ninguno de los demás.

3.3.2.2. El Biamo

En los fragmentos dedicados al Monte Ararat y a las Puertas de Hierro en la *Embajada*, hemos podido observar que las largas secuencias descriptivas relativas a elementos del relieve se introducen en momentos particulares del relato: en el primer caso, una parada confortante frente al Ararat ofrece al relator un marco apropiado para transmitir información sobre esta montaña, mientras que en el segundo caso, las Puertas de Hierro constituyen una frontera natural y, por ello, permiten realizar sin sobresaltos una pausa en el avance narrativo, en la que se proporcionan datos sobre las tierras de Tamorlán. Del mismo modo, el río Biamo, el actual Amu Daria, se presenta a los embajadores como un obstáculo mayor que salvar antes de penetrar en tierras de Samarcanda y su descripción –situada también en una frontera– se inscribe así naturalmente en el relato. Las noticias sobre el Biamo son de la más variada naturaleza:

luebes, que fueron veinte e un días del dicho mes de agosto, llegaron a un grand río que es llamado Biamo; e este es el tercero río que sale del Paraíso; e es tan ancho como una legua, e viene por una tierra muy llana, e va muy rezio, a maravilla, e viene rubio todavía. (ET: 239)

El Biamo se introduce como una realidad desconocida para el receptor (*un grand río*), se da su nombre y se precisa que se trata de uno de los ríos del Paraíso. En la *Embajada*, el río constituye un jalón suplementario —que se añade al Ararat— en la configuración de una geografía sagrada aunque, a pesar de su pretendido origen edénico, no se le atribuya ninguna característica mítica o fabulosa. El relator describe sus características físicas con información que procede, sin duda, de sus propias observaciones: datos precisos sobre su anchura, sobre la morfología de las tierras por las que discurre, su color y su fuerte caudal. Añade explicaciones más generales sobre las variaciones de su régimen durante el año, estableciendo una relación de causalidad entre las dos estaciones extremas del año —invierno y verano— y el volumen de las aguas:

E cuando él es más pequeño es en invierno, por quanto se yela el agua en las montañas, e las niebes están que se no desfazen. E cuando viene el mes de abril, comienza a crescer cuatro meses continuos, e cresce; e desí torna a descrecer fasta que torna a su estado. E esto es por quanto en el verano se desyelan e se desfazen las niebes, e entonces cresce. E este verano pasado nos dezían que avía crecido mucho más que solía otros tiempos pasados crecer, ca creció tanto que llegó a una aldea que estaba allende del río dos tercios de una legua, e entró por el aldea e derrocó muchas casas e fezo grand daño. (ET: 240)

La referencia a los desastres provocados por las crecidas del río enriquece el documento de los embajadores con información de actualidad. Sin embargo, si la noticia fresca —característica de la crónica— suele ser de tipo político, la particularidad en este caso es que se da cuenta de un fenómeno de la naturaleza⁶².

⁶² En otra ocasión el relator introduce también este tipo de noticia cuando se refiere a las inundaciones en una de las ciudades del recorrido, que causan daños en la propia ciudad y en las cosechas: «fueron durmir en una ciudat que es llamada Jagosa [...] E el invierno antes avía fecho muchas niebes; e desque veno el verano, que las desfezo. E el agua fue tanta, que veno por estos caños a esta ciudat, que la derrocó todo lo más d'ella, e el dicho castillo. Otrosí destruyó este año todos los panes» (ET: 222). La *Crónica del Halconero* recoge igualmente información sobre

La descripción –en la que destacan los topónimos que transmiten conocimientos acerca del gran imperio timurida y las tierras vecinas– prosigue con datos enciclopédicos sobre el nacimiento del río, su curso, su desembocadura⁶³ y su función fronteriza:

E este grand río decende de la India Menor, de las montañas d'ella, e va por unas labranças de tierras de Samarcante, e entra en tierra de Tartalia e va al mar de Bacu. E d'este río departe la tierra del imperio de Samarcante e del imperio de Horçania. (ET: 240)

A continuación, se señala el valor estratégico del Biamo en una breve digresión narrativa que da pie de nuevo a combinar datos geográficos con acontecimientos históricos recientes cuyo protagonista es el propio Tamorlán. Cuenta el relator que el emperador, luego de finalizar la conquista de las tierras de Samarcanda, quiso continuar su expansión hacia Horçania (Khorásán) y mandó construir un puente colgante sobre el Biamo para poder atravesar el río. Tras haberlo cruzado, Tamorlán ordenó su destrucción. Lo mismo hizo al regreso de Samarcanda (ET: 240).

Esta digresión, en la que se aúnan geografía e historia, constituye uno de los muchos eslabones mediante los cuales el redactor de la *Embajada* dota de cohesión temática a su discurso. Gómez Redondo señala que, a partir de Arzinga, los embajadores comienzan a recibir las primeras noticias sobre Tamorlán y sus campañas, y estas noticias van aumentando y ordenándose a medida que los viajeros se acercan a la ciudad de Samarcanda. De este modo, el relator «transmite al público de la *Embajada* el mismo proceso, temporal e ideológico, con que los embajadores han ido adquiriendo el saber sobre las cosas que cuentan» (Gómez Redondo 2002: 2185), proceso que culmina con el encuentro de los embajadores con el emperador.

Las relaciones que tejen espacio y tiempo en los libros de viajes medievales quedan también ilustradas con la referencia de los emba-

las fuertes lluvias de 1434 que tienen como consecuencia el desbordamiento del Guadalquivir (Navarro 1962: 61).

⁶³ Los embajadores sitúan la desembocadura del Amu Daria en el Mar Caspio (el Mar de Bacu), cuando en realidad el río vierte sus aguas en el Mar de Aral.

jadores a la victoria de Alejandro Magno sobre el rey indio Poro en las proximidades del río Biamo. Se trata en este caso de una referencia a la historia de la Antigüedad que nos recuerda la vigencia de la figura del gran conquistador macedonio y su leyenda en el imaginario medieval: «[e] aquí, cerca d'este río, en una llanura ovo su batalla Alixandre con Poro, señor de la India, cuando lo desvarató» (ET: 240).

Puesto que la misión de los embajadores implicaba recabar toda información de interés para una posible relación política, militar, religiosa y comercial entre mongoles y castellanos, el relator aporta asimismo datos precisos sobre geografía lingüística. Efectivamente, la frontera que marca el Biamo no supone solamente una división política sino que delimita también dos zonas geográficas con lenguas y escrituras diferentes:

e d'este río adelante empeçava el imperio de Samarcante e la tierra d'este imperio de Samarcante; e se llama tierra de Nogalia, e la lengua se llama mogalia. E no se entiende esta lengua aquende el río, pero que fablan todos la lengua persiana, que d'esta lengua a la persiana ay poco departamento, pero que la letra que escriven estos de tierra de Samarcante, el río allende, no la entienden ni saven leer del río aquende. E llaman a esta letra mogalí, e el Señor trahe consigo ciertos escritorios que bien saven escribir esta letra mogalí. (ET: 241)

La secuencia sobre el Biamo constituye una muestra ejemplar de la multitud de temáticas –geográfica, histórica, política e incluso lingüística– que los embajadores consiguen aglutinar en torno a la descripción de un elemento geográfico a la vez que prueba el amplio abanico de intereses que los mueven. Refleja, además, la procedencia diversa de la información recogida pues la descripción combina datos de lo visto o lo oído por los viajeros-relatores con sus propios conocimientos enciclopédicos. Por último, recuerda la voluntad de los embajadores –expresada en el prólogo de la obra– de transmitir un «saber» sobre el mundo.

3.3.2.3. El Nilo

En la descripción del Nilo de las *Andanças e Viajes*, Pero Tafur destacará, sobre todo, lo extraño y lo sorprendente. La experiencia cairo-

ta supone para este viajero la primera inmersión en tierras orientales y el primer contacto con realidades muy distintas a las de su tierra de origen. No en vano, relatando su visita a la ciudad, escribe: «yo estuve en Babylonia cerca de un mes mirando muchas cosas é muy estrañas, mayormente á las de nuestra naçion» (AV: 85). Estas palabras dan cuenta tanto del carácter testimonial que revestirá su discurso como de la extrañeza que le produjo la estancia en la ciudad.

Y, sin duda alguna, el imponente Nilo –que ya había sido objeto de curiosidad y estudio desde la Antigüedad– forma parte de las muchas cosas que maravillaron a Tafur. El viajero ofrecerá sobre él información heterogénea y ésta, contrariamente a la secuencia descriptiva compacta que dedican los embajadores al Biamo, irá apareciendo al hilo de sus vivencias en la ciudad articulada en torno a dos polos: por un lado, la descripción del río, fruto de las experiencias de Tafur a sus orillas y, por otro, la leyenda sobre sus fuentes que otro viajero, Nicoló di Conti, contará al andaluz en *El Cairo*.

Examinemos, en primer lugar, los numerosos aspectos del Nilo que llaman la atención a Tafur. A su llegada por mar a tierras egipcias, el viajero se adentra en el continente, remontando el río cuyo nacimiento sitúa, siguiendo la tradición, en el Paraíso⁶⁴:

finalmente llegamos al puerto de Damiata, donde el río Nilo, que proce-de de Parayso terrenal, entra en el mar Mediterráneo, é allí entramos por la rivera hasta la çibdat de Damiata, (AV: 72)

Varias bondades del río – entre las que Tafur cita el olor y el sabor de sus aguas– prueban su origen edénico y el viajero lo confirma, invocando su propia experiencia:

Esta agua desta rivera, es la mejor que yo fallé; bien paresce agua de Parayso. En el tiempo que yo allí estuve jamás non beví sinó desta agua, pudiendo bever buen vino. (AV: 75)

Tafur dedica gran parte de su descripción a las crecidas del río, fenómeno sobre cuyo origen los geógrafos griegos habían formulado

⁶⁴ El mismo origen tiene el río en Ibn Battuta, San Isidoro y Mandevilla, aunque Herodoto afirma que nadie conoce sus fuentes (Pinto 2001: 91).

hipótesis diversas⁶⁵ y que también había atraído la curiosidad de todos los viajeros que visitaron El Cairo en la Edad Media. He aquí lo que Tafur nos dice sobre ellas:

el rio Nilo que por ella pasa, -que es uno de los brazos que se parten á una jornada de Babylonia- en el mes de setiembre, al tiempo que yo estaba allí, crece una vez é finche toda la tierra, é con la grande agua entran muchos pescados de la mar por la rivera é allegan hasta las casas; é como por la grant calor las más de las casas tienen puertas á la rivera para resçebir el agua, á las veces grandes pescados entran por aquellas puertas é encallan en tierra é allí los matan. (AV: 73-74)

Pese a haber sido testigo presencial del fenómeno, Tafur no se interesa por sus posibles causas, contrariamente a los embajadores que se referían a las variaciones de caudal del Biamo y las relacionaban con los cambios climáticos durante el año. El viajero centra su información en un aspecto anecdótico y curioso –la inundación de las viviendas, que posibilita la pesca en su interior– y entreabre así la puerta a lo maravilloso. Efectivamente, el encuentro del hombre con la naturaleza en el ámbito urbano tenía que resultar tan asombroso para la sociedad receptora –poco acostumbrada a fenómenos naturales violentos en el perímetro ciudadano (Carrizo 1997: 121)– que se podía asimilar a alguno de los muchos prodigios que se contaban sobre Oriente.

Repetidamente, en las *Andanças*, se recogen detalles que ilustran la admiración del viajero por el talento que el hombre despliega para sacar provecho de la naturaleza o adaptarse a ella en caso de adversidad. Valga como ejemplo la mención de los dispositivos con los que cuentan los cairotas destinados a calcular la importancia de las crecidas del Nilo y prever las futuras cosechas:

Al un canton de la çibdat de Babylonia, dentro en el rio que la pasa por el un canton, están tres colunas dentro en el agua con çiertas rayas é letras antiguas, é allí en el mes de setiembre, quando el rio *cresce*, están allí çiertas guardas, que miran en cada ora quanto el agua *cresce*, é dí-

⁶⁵ Se atribuían a la acción de los vientos, a las aguas oceánicas, a las nieves derretidas de Libia o a la acción del sol sobre las aguas (Tsiolis 1997: 29).

zenlo á ciertos pregoneros, que están en tierra, que vayan por la çibdat pregonando quanto *cresció* el agua en cada ora, é quando el agua es llena, ya saben fasta donde pueden sembrar é quando el año será abastado ó menguado; é este edifiçio de estas colunpas dizen que fué la primera cosa que se hizo en Babylonia. (AV: 89)

La misma admiración se manifiesta cuando Tafur describe las dificultades de navegación por el río durante las crecidas y el ingenio de los navegantes para protegerse de la peligrosa fauna nilótica:

é muchas veçes acaesçé, en el tiempo de la cresçiente del rio, yr á vela é á remos é non poder yr un paso adelante, si non buscan algunt remanso ó echan la gente en tierra, para que la remolquen con las cuerdas luengas; llevan contínuamente tres atabales, uno á popa é otro á proa é otro á medianía, por despantar las cotrizes que dixe; ninguno non osa tomar del agua del rio con su mano, sinon ata la vasija en un asta, é ansí tiran el agua. (AV: 76)

En una ciudad en la que la escasez de agua representa un problema capital y el Nilo supone la única fuente de vida —«é non ay otra agua synon de aquella rivera»—, Tafur recrea escenas pintorescas cuando describe el quehacer de un sinfín de aguadores que, a cuestas o a lomos de asnos y camellos, transportan el agua para abastecer a los cairotas (AV: 117).

Si hemos evocado hasta aquí lo que Tafur cuenta sobre el Nilo, ligándolo a sus vivencias en El Cairo, las *Andanças* incluyen también la leyenda sobre las fuentes del río. Su ubicación fue en la Edad Media una preocupación que venía ya de antiguo y que había dado lugar a numerosas historias. Tafur echa mano de una voz ajena, la de Nicoló di Conti —el veneciano que decía haber pasado buena parte de su vida en el reino del Preste Juan— para introducir la materia legendaria. A través de este personaje podemos saber que el Preste Juan, deseando saber de dónde brotaba el agua paradisíaca del Nilo, había organizado una expedición que remontó su curso. A la vista de las fuentes, los expedicionarios quisieron acercarse a ellas pero el primero que lo hizo se negó a regresar y lo mismo ocurrió con el segundo. Los demás decidieron abandonar el lugar ya que, en palabras de Nicoló: «bien paresçía que á Dios non le plaçía que los mortales más

sopiesen, é por eso les avía puesto en ella cerradura» (AV: 103-104). La conclusión refleja una visión tradicional frente al conocimiento empírico para el que Dios fija unos límites que el hombre no debe rebasar.

También por boca del veneciano, las *Andanças* proporcionan información complementaria sobre el nacimiento, el curso y la desembocadura del Nilo así como sobre su importancia para la agricultura y la vida en las tierras circundantes:

el agua del Nilo, [que] corre desde la India hasta la Etiopia é toda tierra de Egypto hasta el mar Mediterráneo, que viene por dos braços, que va entrar el uno cerca de Alixandria é el otro por Damiata, é si esta agua se quitase, la tierra seré despoblada. (AV: 108-109)

El cuadro del Nilo que ofrece Tafur se relaciona estrechamente con la vida del hombre a sus orillas y adquiere, a menudo, tintes maravillosos. El relator pone en primer plano las experiencias vividas y anecdóticas, y deja de lado toda reflexión causal. Tafur desea proporcionar una estampa rebosante de vida sobre el río y selecciona lo que más puede sorprender. Contrastá por ello con la descripción del Biamo en la *Embajada*, en la que los relatores se interesaban por aspectos geográficos, políticos, históricos y lingüísticos. La veracidad de la información sobre el Nilo queda legitimada por la insistencia del relator en el carácter testimonial de lo que cuenta. En este punto también se distancia el pasaje de Pero Tafur del de los embajadores ya que éstos no aparecen en ningún momento como actores sino que todo el peso de su discurso se centra en el referente. Por último, la materia legendaria que nos llega por una voz ajena al narrador, la de Nicoló di Conti, muestra uno de los tantos recursos de los que echan mano los viajeros para introducir en los textos conocimientos que no proceden de su experiencia directa.

3.3.3. Caracterización

La caracterización de las aguas continentales se realiza principalmente mediante lo que se conoce como descripción en acción, recurso que tiene como objetivo evitar el carácter estático de la secuencia descriptiva gracias a un uso importante de verbos predicativos. Se

trata, como veremos, del procedimiento más frecuente en los textos del corpus para la descripción tanto de los ríos como del mar.

Sin embargo, los viajeros-relatores describen también las aguas continentales recurriendo a la adjetivación para referirse a su sabor, olor, color, tamaño, forma, limpieza, temperatura y caudal. En lo que respecta al gusto, se habla de *agua duce / dulce* y de *río amargo* en el *Viaje Jerusalén*. En este relato el agua es *buen* (*«pozo de buen agua»*) e igualmente *gruesa* o *mala*, lo que puede calificar tanto su sabor como su salubridad. También en *El Victorial* se menciona el sabor del agua, de la que se dice que es *amarga, dulce* o *sabrosa*. En las *Andanças e Viajes* se alude a los piélagos de agua *salada* y *duce* y Tafur elogia asimismo el agua del Nilo, diciendo que es la «mejor que yo fallé»; la *Embajada* habla de *aguas saladas* (ET: 330).

Con respecto al olor del agua, Tafur imputa al Mar Muerto el despedir molestos olores –«es el agua tan fedionda, que non se podrá dezir más» (AV: 60)– y este viajero tampoco ha olvidado la pestilencia de las aguas estancadas de la laguna veneciana:

é como aquella tierra sea muy veçina de Veneja, ansí se fazen muchos piélagos, dellos de agua salada, é dellos de agua duçe, é lançan de sí mal olor, é dízenles el Padul; é quando en fabla los ytalianos quieren dezir de cosa enojosa ó fedionda, dizen que toca del Padul. (AV: 289)

Por el contrario, el limo depositado por el Nilo desprende un agradable aroma, producido por el palo de áloe, árbol que arrastra la corriente del río y que se relaciona con la vegetación paradisíaca (AV: 109). En Tafur, la naturaleza manifiesta, incluso a través del olor, los espacios connotados de manera positiva (el edénico Nilo) o negativa (el maldito Mar Muerto).

Referencias cromáticas las encontramos en la *Embajada*, donde se dice del Biamo que es *rubio*; en el *Libro del infante don Pedro* se habla de *lagos de agua negra*; y, en el *Viaje a Jerusalén*, don Fadrique afirma que el agua del lago de Averno es *prieta*. En las inmediaciones de Nápoles, este viajero percibe unas fuentes de agua dulce en plena mar que se distinguen precisamente por su color: «[a] la buelta, dentro en la mar, vi dos o tres ojos de agua duce que manauan, no la proué, más vi la duce blanca y la agua salada azul» (VJ: 323).

Por lo que se respecta a la temperatura, en *El Victorial* se dice del agua que es *fria* (VIC: 201) y Tafur habla también del agua caliente en los baños termales de Sabada (AV: 234).

En cuanto a las dimensiones de las corrientes de agua, los textos darán información más o menos precisa sobre la anchura, pero nunca se referirán a su longitud. Veremos que el Marqués de Tarifa, por ejemplo, calificará al Jordán de *angosto* y Tafur empleará el mismo adjetivo para referirse al Reno. Además, el relator se servirá de una imagen anecdótica para transmitir la estrechez del río:

é partí para Ferrara todavía por aquella rivera que dixe que pasa por Bo-
loña; é es tan angosta, que non cabe más de una barca, é si otra le viene
en contra, es forçado de sacar la una en tierra. (AV: 18-19)

Los adjetivos *grande* y *pequeño* se referirán tanto al tamaño del río –«é pasa por medio dellas una grant rivera» (AV: 271)– como a su caudal: «[e] luego quisiera pasar a él, sino por las grandes aguas que fazía. E yva el río muy grande, e Bruto mandó fazer balsas para pasar a él» (VIC: 330).

Sin embargo, para describir el caudal de los ríos, los viajeros disponen de un amplio abanico de adjetivos y recursos: en *El Victorial* se hablará del Sena como de un *gran río caudal*, es decir, caudaloso; los embajadores aplicarán al río Biamo el adjetivo *rezio*; el Marqués de Tarifa dirá que el Ródano «viene más crecido» o hablará de agua *muy despeñada* (VJ: 325); y en Tafur el agua «viene muy *apretada* é muy *corriente*» (AV: 236) o el Rin «es rio muy *furioso* por la grant corriente» (AV: 232). El viajero-relator personifica a este río, tildándolo de «furioso», y se vale, también aquí, de procedimientos variados para describir la fuerza de las aguas a su paso por Basilea. Para exemplificar la fuerza de la corriente, puede utilizar la anécdota:

é acaesçe muchas veces traer los tormos de la nieve elada como piedra é dar en algunt edifício, ansí como puente é otra cosa, é derriballo; en esta rivera los que navegan van á grant peligro de topar do quiera, que se faría pedaços todo, aunque éllos en esto son muy proveydos, é la barca que va, jamás nunca torna, que non podría prohejar contra el agua tan corriente, (AV: 232)

o puede echar mano de imágenes hiperbólicas que permiten al lector imaginarla:

é sin dubda, tanto es el camino que faze, que desvanesçe onbre la cabeça quando lo mira. (AV: 232-233)

Sin embargo, las aguas continentales, especialmente los ríos, se describen por sus acciones más que por sus propiedades; las referencias a su nacimiento, curso y desembocadura se expresan a menudo mediante verbos, mayoritariamente de movimiento. Por un lado, este recurso permite evitar el carácter estático de la secuencia descriptiva, como ya hemos señalado; por otro lado, permite referirse a conceptos geográficos para los que el castellano no dispone todavía de términos específicos o, en caso de que existan, éstos no parecen estar generalizados todavía; por último, recurrir a los verbos dota a la naturaleza de carácter antropomórfico. Sólo en el *Libro del infante don Pedro de Portugal* y el *Viaje a Jerusalén* se utiliza el término *nacimiento* (una ocurrencia en cada uno de los textos) para indicar el lugar donde empieza un río. En los demás textos se encuentran los verbos *nascer*, *salir*, *proceder* y *venir*:

á media legua de aquí *nasce* la rivera del Dinuvio (AV: 268); que son quatro rios que *salen* del parayso terrenal (DP: 49); e este es el tercer rio que *sale* del Paraíso (ET: 239); el rio Nilo, que *procede* de Parayso terrenal (AV: 72); Esta çibdat está sobre la ribera del rio que *viene* de las Alpes (AV: 232)

Las fuentes *manan* o *destellan*:

A la sazón *manaron* cinco fuentes muy claras, de agua muy clara, e muy sabrosa, e muy fría, de so las raýzes de la palma (VIC: 201); é en ella estaba una grande abertura por donde *destellava* aquella agua, é cerca de aquella sierra estaba otra tan alta é tan junta con ella, donde se podíe bien ver el agua donde salía; (AV: 103)

Las diferentes acciones del río a lo largo de su curso se expresan con verbos como:

1. *venir*: «[v]iene por una tierra muy llana» (ET: 239); «é fuí á una çibdat que llaman Xafusa, donde el Rin viene» (AV: 264); «[d]el otro cabo de la çivdad viene un río,» (VIC: 294);
2. *llegar*: «llegó a una aldea» (ET: 240);
3. *entrar*: «[d]el otro cabo de la çivdad viene un río, pegado a ella por de fuera, e después entra dentro en la çivdad;» (VIC: 294);
4. *descender*: «[e] partieron de aquí e anduvieron por unos llanos entre unas sierras que descendían d'ellas muchas aguas, salvo que eran saladas.» (ET: 330);
5. *ir*: «va por unas labranças» (ET: 240);
6. *pasar*: «[e] junto al castillo, pasava un río.» (ET: 325); «[p]or medio de esta çibdat pasa una rivera» (AV: 18); «passa vn rio que viene del parayso terrenal» (DP: 22-23);
7. *cercar*: «[v]iénele de la parte del norte un grand río, que anda cercando la tierra donde ella está, que llaman el Artamisa» (VIC: 385-386); «el rio delas piedras cerca a toda Judea» (DP: 41).

Además, el río también puede:

1. dividir territorios: «este río *departe la tierra* del imperio de Samaricante e del imperio de Horçania» (ET: 240);
2. causar daños: «e *derrocó* muchas casas e *fezo grand daño*» (ET: 240);
3. empapar la tierra: «el rio Nilo que por ella pasa, [...] en el mes de setiembre, al tiempo que yo estaba allí, [...] *finche toda la tierra*» (AV: 73);
4. formar cascadas: «[e]l primer dia que partimos de los baños, en una barca fuymos á una villa donde el rio *se despeña tan alto como dos torres;*» (AV: 235-236);
5. dividirse en brazos: «[e] partí de Babylonia por el Nilo ayuso, é quando llegué al logar donde *se parten los braços,*» (AV: 118);
6. o desaparecer: «e ante la dicha isla passa un río, et dizen que en la iglesia de santo Tomé *cessa* aquel río, que *no corre.*» (ET: 288).

El concepto de caudal no existe todavía y sus variaciones se expresan mediante los verbos y sintagmas:

1. *crecer*: «*crece* una vez» (AV:); «E andando por la tierra, fizó grandes lluvias, que duró muchos días que non cesava de llover, e *crecían* todas las riberas que se non podían pasar» (VIC: 402);
2. *descrecer*: «torna a *descrecer*» (ET: 240);
3. tornar a su estado: «torna a su estado.» (ET: 240);
4. ir muy rezio: «va muy rezio», (ET: 239).

Por último, a falta del verbo *desembocar*, se recurre a verbos como:

1. *ir*: «va al mar de Bacu.» (ET: 240);
2. *entrar por / en*: «[e]ntra por el piélago»; «la rivera del Dinuvio, que va *entrar en* el mar Mayor.» (AV: 268); «[a]llí entra en la mar un gran río cavadal que llaman Saena;» (VIC: 388);
3. *consumir*: «donde se *consuma*» (DP: 41).

3.3.4. Dimensiones

Como hemos visto, la altitud de las montañas no preocupa al hombre medieval y, cuando se alude a ella, se suele echar mano de adjetivos calificativos –el simple epíteto *alta*– o de recursos basados en la experiencia empírica como las jornadas necesarias para su ascenso, por ejemplo. Sin embargo, las medidas de los ríos resultan importantes, sobre todo en lo que respecta a su anchura, pues éstos actúan como barreras naturales que el viajero tendrá que salvar y, por consiguiente, conocer sus dimensiones constituye una información de primera importancia.

Los textos proporcionan por ello datos al respecto. De los ríos se menciona alguna vez su anchura, pero nunca su longitud ni su profundidad; de los lagos, se mencionan perímetro y profundidad. Unas veces se hace mediante términos cuantificables –leguas en la *Embajada* y las *Andanças*, y varas y millas en el *Viaje a Jerusalén*– otras, mediante recursos más subjetivos. La *Embajada*, por ejemplo, ofrece referencias cifradas a la anchura del Biamo del que se dice que «es tan ancho como una legua» (ET: 239). En una época en la que la navegación fluvial es corriente, conocer la profundidad de un río podía ser de utilidad pero, curiosamente, los textos no facilitan detalles a este respecto. En varias ocasiones, en cambio, Tafur menciona la profundidad de los lagos –«el qual es muy fondo» (AV: 230), «é

muy grant fondo» (AV: 267)–, aunque tampoco proporciona precisiones numéricas.

El largo, el ancho y el perímetro de los lagos se consigna a veces en los textos: del lago de Larda, el Marqués de Tarifa dice que «[t]iene de largo setenta millas y veinte de ancho» (VJ: 194) y los embajadores dan el perímetro de un lago de agua salada «que bogía en derredor cien millas» (ET: 198).

3.3.5. Balance

Por la importancia del agua en la vida del hombre, los viajeros informan sobre ríos y lagos –aquí también según sus preocupaciones respectivas– aunque Díaz de Games y Gómez de Santisteban reduzcan considerablemente los datos relativos a este ámbito de la geografía. El vínculo de las aguas con otras facetas de la geografía –agricultura y demografía, principalmente– se hace muy patente en Clavijo, sobre todo en tierras asiáticas. Los embajadores nos brindan una detallada descripción del Biamo (Amu Daria) en la que destacan las relaciones que los relatores establecen entre el caudal del río y las estaciones del año, su función como elemento fronterizo y sus vínculos con la historia. Tafur –y en menor medida el Marqués de Tarifa– muestran un marcado interés por la explotación que el hombre hace de los recursos hídricos y por el beneficio que de ellos extrae: se refieren a los ríos y canales navegables, a las pequeñas industrias que nacen a orillas de las corrientes, a la salubridad de las aguas o a la presencia de pesca. La descripción del Nilo en las *Andanças* –con información muy variada procedente de la experiencia directa– pone en primer plano aspectos anecdóticos y se articula en torno a elementos que pueden causar sorpresa al público receptor con lo que se enfatiza el parámetro de la lejanía. En cualquier caso, el cúmulo de noticias que nos ofrecen Clavijo, Tafur y el Marqués de Tarifa es, sobre todo, fruto de la experiencia directa y posee un claro valor testimonial.

Origen libresco tienen, por el contrario, las menciones insertas en todos los relatos –excepto en el *Viaje a Jerusalén*– sobre los ríos del Paraíso, que dejan ver la impronta de la geografía sagrada en nuestros textos. Mientras que en dos de los relatos (*El Victorial* y el *Libro del infante don Pedro*) se presenta el conjunto de los cuatro ríos en

evocaciones del Paraíso, en la *Embajada* y las *Andanças*, los relatores se limitan a vincular alguna de las corrientes que encuentran a su paso (el Biamo y el Nilo, respectivamente) con los míticos ríos edénicos.

3.4. LOS MARES Y COSTAS

Mares, costas e islas ocupan un lugar privilegiado en nuestro corpus pues todos los viajeros sin excepción siguen itinerarios marítimos en sus periplos, aunque el *Libro del infante don Pedro* contrasta por su escasez de datos sobre este ámbito de la geografía con la riqueza y diversidad que nos ofrecen las demás fuentes. Como ocurría con las aguas continentales, el mar es raras veces objeto de descripción por sí mismo y en los relatos lo percibimos a través de la evocación de costas, islas, puertos y tormentas marinas, especialmente⁶⁶. Con todo, la *Embajada a Tamorlán* ofrece una extensa secuencia sobre el Mar Negro y en *El Victorial* aparece una interesante comparación entre el Mar Mediterráneo y el Atlántico. Además, el fenómeno de las mareas llama la atención de los viajeros y tanto Pero Tafur como Díaz de Games se refieren a ellas en repetidas ocasiones. Las breves pero frecuentes menciones de las islas completan la información que los textos nos brindan sobre el universo marino. A estos temas dedicamos la segunda sección del apartado.

Pese al incremento de la navegación por el Océano Atlántico durante el periodo bajomedieval, el mar por antonomasia en el siglo XV continúa siendo el *Mare Nostrum* y son sobre todo sus aguas las que nuestros viajeros surcan. Ya desde la más remota Antigüedad, se habían ido acumulando abundantes conocimientos acerca de la duración de las rutas marítimas en el Mediterráneo, la morfología de sus costas, las islas, la dirección de los vientos o los pobladores del litoral. En la Edad Media, la importancia de la navegación marítima impulsa, especialmente a partir del siglo XIII, la creación de mapas y

⁶⁶ Como observa Deluz (1988: 157), en el libro de Mandevilla, el mar «n'apparaît [...] que comme ligne de navigation». Algo similar se podría decir de nuestros textos.

portulanos que permiten navegar con mayor seguridad pues en ellos se consignan los accidentes costeros con los abrigos y aguadas, las corrientes y los vientos, la situación de las islas o los fondos marinos. Además, estos preciosos documentos fijan la toponimia del litoral y de las islas, en particular la de la costa Norte del Mediterráneo, lo que explica la precisión de la que hacen gala nuestros relatos cuando se trata de nombrar accidentes costeros o tierras insulares⁶⁷.

Pero, aparte del Mediterráneo, los relatores recogen también en sus textos noticias de otros mares, bien por haberlos surcado o por haberlos visto, bien por haber sabido de ellos. Los embajadores atraviesan el Mar Negro para llegar a Trebisonda; Pero Tafur navega asimismo por las aguas de este mar, al igual que por las del Mármaro y, posteriormente, alcanza por vía terrestre las costas atlánticas durante su periplo hasta Flandes; las campañas de Pero Niño comprenden una etapa en el Atlántico; el infante don Pedro de Portugal y Pero Tafur llegan también a orillas del Mar Rojo. Así, pues, el Mar Mediterráneo –denominado también Mar de Levante–, el Mar Negro –Mar Mayor en la *Embajada* y en las *Andanças e Viajes*–, el Mar de Mármaro, el Mar Rojo –Mar Vermejo en las *Andanças e Viajes*–, el Océano Atlántico –denominado Mar de Poniente o Mar Océano– y el Mar del Norte son las aguas con las que los viajeros tienen contacto directo.

Además, los relatores incluyen noticias de otros mares a los que jamás llegaron. En el apartado 3.1. «La ecumene y sus territorios», vimos que la información sobre los intercambios comerciales posibilitaba la entrada en los relatos de horizontes no recorridos; así, también algunos mares se introducen a nuestros textos gracias a la evocación de las vías comerciales⁶⁸. En la *Embajada*, basta con referirse al tráfico de perlas en la ciudad de Ormuz para abrir la puerta a un espacio marítimo que los viajeros sólo conocerán de oídas, el Mar de Catay: «[e] el más aljófar que en el mundo se a, se pesca e falla en

⁶⁷ López Estrada (1999: 43) señala que a bordo de los barcos había cartas geográficas que pudieron servir para la redacción de la parte marítima de la *Embajada*.

⁶⁸ Además de los mares mencionados en los ejemplos que comentamos a continuación, en la *Embajada* se alude también al Mar de Latavan (Mar de Azov).

aquel mar de Catay, e tráenlo a este lugar de Hormes a foradar e adovar» (ET: 207).

Igualmente, en las *Andanças e Viajes*, se citan mares a los que Tafur no llegó y es, una vez más, el comercio el que cede el paso en el texto a espacios alejados como el Mar de la Tana o el Mar de Ryxabaque, las partes septentrional y meridional del Mar de Azov, respectivamente⁶⁹. Estando en Cafa, dice Tafur:

A esta çibdat, de la parte de la Persia é de la India, por tierra, é por el mar de la Tana, é el mar de Ryxabaque é el mar de Bacú, le vienen grandes mercadurías, especiería, oro, perlas é piedras, é sobre todo, en la tierra propia ay toda la pelletería del mundo é mayor barato. (AV: 163)

Pero, aparte de estos espacios marítimos que los viajeros integran en el discurso por su relación con las redes comerciales, en la *Embajada* destaca una referencia al mítico Mar Ocídiano en la que se perciben los conocimientos geográficos librescos sobre el mundo que tenían nuestros viajeros. Este mar, al que los antiguos denominaban «río Océano» y al que más tarde se llamó mar exterior o gran mar (Dainville 1964: 99), se representaba como un río circular que rodeaba la tierra⁷⁰. Así aparece en los mapas isidorianos y la *Semeiança del mundo* lo describe con estas palabras:

Océano llaman los griegos e los latynos a la mar que cerca toda la tierra en derredor o por que corre mucho ayna (*Semeiança* 1959: 112)

A él se refieren los embajadores cuando cuentan que las perlas y piedras preciosas llegan a Soltania procedentes de China, después de haber sido transportadas por aguas de este mar hasta Ormuz:

⁶⁹ El Mar de Bacú, que también menciona Tafur en el siguiente pasaje, es el Mar Caspio. Se trata de un lago interior y, como tal, no lo tenemos en cuenta en este apartado.

⁷⁰ El «río Océano» ya aparece representado en el escudo de Aquiles (Ilíada 18, 479-607) y la «concepción de una Tierra redonda y plana, circundada por un Océano “fluvial”, será ampliamente retomada en épocas posteriores» (Tsiolis, 1997: 14); para la imagen de este mar en la Edad Media véase Le Goff (1977: 280-298).

ca del Catay vienen por mar fasta diez jornadas a esta ciudat vienen las nabes; e navegan por el *mar Ocídiano, que es el mar que está fuera de la tierra.* (ET: 207)⁷¹

De hecho, el Mar Ocídiano en la *Embajada* puede asimilarse más concretamente al Índico, aquel Océano ignorado por el Occidente Medieval en palabras de Le Goff (1977). El carácter mítico del Mar Ocídiano se refuerza con la creencia de que las naves que navegan por él no utilizan hierro en su construcción pues los imanes que allí abundan atraerían las embarcaciones y las harían naufragar. La leyenda, de probable origen oriental, aparece ya en los viajes de Sinbad y en los de Ibn Battuta (Kehren 2006 [1990]: 315, nota 8) y vemos que también la recoge Clavijo en su relato (ET: 207)⁷².

Las *Andanças e Viajes* incluyen datos sobre el Mar Rojo que Tafur pone en boca de Nicoló di Conti, el veneciano que ya encontrábamos proporcionando información sobre la India del Preste Juan y las fuentes del Nilo. Di Conti cuenta que, en este mar:

los navíos son como casas muy grandes, é non de la fazion de los otros, é ay diez o doze velas, é grandes cisternas de agua dentro, porque allí non son los vientos tan rigurosos, nin en la mar non an reçelo de yslas nin de rocas, (AV: 108)

Así pues, los viajeros se hacen eco en su discurso de espacios marítimos que no transitan y acogen leyendas relacionadas con éstos, transmitiendo información que podía proceder tanto de lo que oyeron durante el viaje (Mar Rojo) como de los conocimientos geográficos librescos de una persona instruida de la época (Mar Ocídiano).

Al igual que en las aguas continentales, también en el ámbito del mar los viajeros se interesan por la explotación de los recursos naturales que este medio proporciona. Aunque apenas se mencionan las actividades pesqueras (VIC: 365) –es llamativa en este sentido la casi

⁷¹ Zumthor (1993) señala que el claustro, el castillo, la ciudad amurallada o el Océano que rodea la tierra son imágenes que reflejan la visión cosmológica medieval de vivir en un mundo cerrado.

⁷² Fray Jordán Catalán de Séverac alude igualmente a la construcción de naves sin hierro en «las Indias» pero no da razones para ello (Gil 1995: 428).

total ausencia de referencias a la fauna marina—, varios textos reflejan la importancia de la sal y de su producción en la Edad Media. Los embajadores se refieren a esta industria en la isla de Ibiza (ET: 84)⁷³ y el Marqués de Tarifa alude tanto a la técnica especial empleada por los venecianos para su extracción como a los beneficios económicos que genera su comercio (VJ: 269). Los embajadores se interesan igualmente por las perlas naturales que se encuentran en el Mar del Catay (ET: 207-208) y por la producción de hierro en las costas (ET: 161).

3.4.1. El litoral

Durante la Edad Media se practica la navegación de cabotaje: los viajeros no pierden de vista el litoral y eso les facilita la localización de las ciudades, las tierras y el relieve ribereños, así como de los accidentes costeros e islas que divisan desde la embarcación. Su probable acceso a los portulanos, que todo navío llevaba a bordo⁷⁴, hace que los textos abunden en topónimos que designan estos lugares. En la *Embajada*, según López Estrada (1999: 82, nota 14), «[l]os escribanos de los navíos pudieron haber señalado al relator los lugares por los que pasaban en las costas y así formar un primer entramado geográfico del relato».

A veces, los topónimos se introducen casi a modo de simple listado:

Otro día, jueves siguiente, llegaron en par del *Tánjer* e en par de la *sierra de Barberes* e en par de *Tarifa* e de *Ximena* e de *Cebta* e de *Algezira* e de *Gibraltar* e de *Marbella*; e tan cerca, que las podían bien veer. E estos dichos lugares están bajo de la *sierra del Estrecho*, e fueron este día

⁷³ Ibiza tenía el sobrenombre de «isla de la sal» en el Medioevo y numerosos navíos comerciales de países extranjeros iban a abastecerse en las salinas ibicencas, entregando trigo a cambio. No obstante, eran los genoveses los principales compradores de sal —Génova no poseía salinas— y eran ellos los que detentaban su monopolio, gracias a la gestión eficaz de sus transportes (Kehren 2006 [1990]: 309, nota 4).

⁷⁴ Recordemos que, ya a mediados del siglo XIV, todos los navíos de la Corona de Aragón estaban obligados a disponer de dos portulanos durante la navegación.

a par de la *sierra de la Figuerola*. Viernes, que fueron veinte cinco días del dicho mes de mayo, cuando amaneció el día claro, fueron en par de Málaga (ET: 82)

Con unos pocos nombres de lugar, relator y destinatarios pueden realizar enormes recorridos, aunque en las travesías marítimas llama la atención que se aluda con poca frecuencia a las distancias:

El capitán supo cómo andavan en la costa de Aragón, faziendo mucho mal. E partió luego, e fuelos buscar al cabo de Palos, e al cabo de Martín, e a Branes, e a Barcelona, e a San Felió; (VIC: 279)

Los topónimos se completan a menudo con la información que se considera más relevante sobre los lugares mencionados, especialmente su situación, sus construcciones defensivas, sus cultivos, su dependencia política o su población:

Miércoles siguiente, que fueron veinte e nuebe días del dicho mes de mayo, partió de aquí la dicha carraca; e fueron a par de la *sierra de Málaga*, que es toda labrada de viñas e de panes e huertas, e pasaron a par de Vélez Málaga, un castillo alto que está con esta sierra; e pasaron a par de Almuñécar, que está baxo, faza el mar, e fueron en anocheciendo a par de la Sierra Nevada. Otro día, juebes, fueron en par del *cabo de Palos*, que es en par de Carta ajena; e otro día, viernes, fueron en par del *cabo de Martín*, una sierra alta que es ya de Cataluña. E sábado, cuando amaneció, fueron en par de una isla que es llamada Fromentera e es despoblada, a ojo de la isla de Ibiza; (ET: 83)

Si es escaso el interés de Pero Tafur por consignar los lugares que recorre durante su ruta terrestre –se limita a nombrar el punto de partida y el de llegada, generalmente las ciudades importantes–, observamos mayor detalle en su evocación de la ruta marítima. Al hilo de la navegación, sitúa los accidentes costeros –a menudo mediante los deícticos *á mano derecha*, *á mano ysquierda*– y enumera las islas que avista, como ilustra el siguiente fragmento que describe una parte del trayecto de Rodas a Constantinopla:

é fezímos vela é fuemos á la ysla del Xamo, que es en el Arcepiélago, dexando á man derecha el castillo de Sant Pedro, que es en la tierra fir-

me de la Turquía, é á man ysquierda la ysla de Lango, que es una villa de la Religion de Ródas; é yendo nuestro camino á vista del Exío, fallamos una barca de Exío, [...]; é nosotros cargamos la vela é pasamos, dexando la ysla á man ysquierda; pero el viento non nos turó tanto, que nos fallesció é ovimos de surgir *en canto de la ysla*, é estovimos allí aquella noche. (AV: 130)

Observemos que el paisaje se va desplegando ante los ojos del viajero en un discurso donde se combinan verbos de movimiento y sintagmas adverbiales de lugar y que está muy próximo –tanto en los contenidos como en los recursos discursivos empleados– a las detalladas descripciones de recorridos marítimos que encontramos en la *Embajada*:

E paresció *a la mano derecha* la isla en que está la boca de Mongibel; e fueron a par de la tierra de la Calabria e paresció una tierra que avía nombre Rejo e entraron en el golfo de Veneja. E andudieron en él martes e miércoles e juebes; e viernes siguiente en la tarde fueron par de Modon, una tierra firme del señorío de Veneja; eso mismo fueron en par de una isla que ha nombre Sapiencia, e a par de otra isla que es llamada Benetico, e de otra que es llamada Cerne; e pasaron a par del cabo de Gallo e aparesció eso misma una tierra firme que es llamada Corron. E sávado siguiente, que fueron en par del cabo que es llamado de María Marcaya, e del cabo del Santo Angele, que son tierra firme del señorío de Veneja. E a ora de medio día fueron a raíz de una isla poblada que es llamada Cetril; e pasaron por entre esta isla e una roca alta que es llamada el Lobo. (ET: 93-94)

A veces, estos pasajes se asemejan a simples verbalizaciones de un portulano: escasean los datos concretos procedentes de la experiencia empírica y la información que transmiten podría desprenderse de la mera consulta de un mapa. De hecho, lo que confiere a estas secuencias la intensidad de la experiencia vivida son los recursos discursivos desplegados, a cuyo análisis detenido dedicamos unas páginas en el apartado 6.1.2. («La ruta marítima»).

Sin embargo, no faltan tampoco –especialmente en la *Embajada*– fragmentos en los que la descripción se basa, sin ninguna duda, en datos observados:

E a ora de medio día fueron a raíz de una isla poblada que es llamada Cetril; e pasaron por entre esta isla e una roca alta que es llamada el Lobo. E en esta isla de Cetril paresció un castillo pequeño, de torres altas, fecho en una alta peña de faza el mar. Ayuso, junto con el mar, e estaba una torre en guarda de la subida del castillo. E un poco adelante, a la vuelta de la dicha isla, en un llano de faza el mar, paresció un gran pedaço de muro e torres derrocado, (ET: 94)

La precisión con la que se consigna la ruta de la nave –«fueron a raíz de una isla poblada», «pasaron por entre esta isla e una roca alta», «un poco adelante, a la vuelta de la dicha isla»–, el detalle con el que se sitúan los elementos observados –«ayuso, junto con el mar», «en un llano de faza el mar»– y los propios referentes –el castillo pequeño, la torre, la muralla– atestiguan la importancia de la experiencia vivida.

Desde la embarcación, los relatores ofrecen una descripción de la línea costera en la que destaca la mayor presencia de términos relativos a entrantes del mar en la tierra y, por consiguiente, a lugares en los que el mar ofrece amparo al navegante, frente a prominencias de la costa, que acostumbran a representar un peligro. El primer grupo de términos incluye *braços de mar, calas, conchas, golfos y puertos*; el repertorio del segundo grupo se limita a *cabo y punta*. Por otro lado, los viajeros observan *peñas y rocas* en la costa; en el mar dan cuenta de *peñones, farallos, escollos e islas*; y atraviesan *canales, derechos, estrechos, passos y passadas*, en los que acostumbran a señalar la presencia de corrientes.

De entre todos los relatores, Díaz de Games es el mejor conoedor del medio marítimo y el que exhibe mayor riqueza y precisión léxica. Para Clavijo, Tafur o el Marqués de Tarifa, el mar supone un camino por el que transitan como simples viajeros y en él son, sobre todo, observadores tanto del paisaje como de las actividades comerciales –sal, avellanas, aceite o algodón, principalmente – que se llevan a cabo en las escalas portuarias. En *El Victorial*, en cambio, el mar constituye el suelo donde viven tanto Díaz de Games como Pero Niño, su biografiado. En las aguas marítimas –escenario de batallas navales, incursiones costeras o persecuciones en las que el propio relator interviene como protagonista–, las condiciones atmosféricas y la morfología costera aparecen ya como aliadas ya como enemigas

para los navegantes. Díaz de Games no se limita a la simple enumeración de los accidentes del litoral frente a los que navegan las galeas de Pero Niño, sino que el relator los describe con cierto detalle, destacando los riesgos que pueden presentar:

Quando partieron las galeas de La Rochela, ventava viento del oeste, e quando fueron de mar en fuera, tornóse al sudueste, cada vez más fuerte, tanto que fazía yr las galeas por fuerça sobre *la costa de Valençij[n]a, que es entre Burde[os] e Bayona: una costa muy peligrosa, que non ay en ella puerto, nin cala, nin otro reparo ninguno, sinon fuertes peñas e baxas, fasta muy dentro a la mar, en que peresçen los navíos que allí van.* (VIC: 464)

Pasando las galeas una mañana al través de un golfo que llaman el Casquete, *son allí unas peñas muy altas, en que no ay salida, nin sab[r]e ninguno.* Començó a ventar un viento de la mar rezio, e dava a las galeas en descubierto, e *las fazia yr por fuerça a dar a las peñas.* (VIC: 374-375)

La toponimia que invadía los otros textos del corpus –y que funcionaba como principal eje de la descripción– convive aquí con una evocación más precisa de la morfología costera. El relator alude asimismo a las alteraciones del mar, especialmente durante las tormentas:

E ansí navegando por los puertos de Bretania, dobraron el cabo de Samaygo, e entraron en el ras, que dura veinte leguas. E aquel ras es muy peligroso, que paresçe que ansí fierve allí el agua a borvollones, como una caldera de agua cuando está sobre el fuego; non porque sea caliente, mas porque es allí tal la mar que faze allí toda remolinos. E si el viento es allí forçoso, es muy peligroso. E si toma el navío al través, en ese estante es anegado. (VIC: 360)

Pasaron grand tormenta sobre los bancos de Flandes. Tanta hera la tormenta, que enbestían las galeas por proa, *que lançavan dentro en las galeas el arena del suelo de la mar a bueltas con el agua.* (VIC: 427)

La mención en *El Victorial* de los fondos marinos en este último pasaje recuerda la importancia de su conocimiento para la navega-

ción. La diversidad de voces que recoge nuestro corpus para referirse a ellos –*banco*, *baxio*, *baxa*, *baxo*, *sabion*, *secano*, *roquedo*, *fondo*, *fondon* o *suelo*– da cuenta de la preocupación de los viajeros por este peligro potencial.

3.4.2. Los puertos

En las ciudades costeras, destaca el espacio que se concede a las descripciones de los puertos cuya función protectora, en particular contra las inclemencias atmosféricas, se pone a menudo de relieve:

E estava dentro un puerto bien guardado *e seguro de todos los vientos*, (VIC: 365)

E tengo que sea el mejor e más fermoso e el más seguro, ca *es seguro de tormenta de todos vientos*; (ET: 146)

La morfología costera –especialmente los lugares donde el mar se adentra en el litoral– puede contribuir a la seguridad de las embarcaciones y los textos suelen referirse a puertos situados en estos enclaves naturales. Así se evoca en el *Viaje a Jerusalén* el viejo puerto de Marsella, que gozaba de una envidiable ubicación:

Es puerto de mar y el más seguro que puede ser, porque adonde están los nauíos es vn braço de mar que entra y de la vna parte está el lugar que la ampara y de la otra vn çerro que nunca allí en tiempo ninguno la mar es-tá más que vna alberca, (VJ: 182)

Y Tafur también recuerda la favorable situación del de Gibraltar:

Tiene puerto muy seguro, que es una entrada que la mar faze por allí entre la tierra fasta las Algeçiras, que ay tres leguas, é en todo aquello ay buenos surtidores. (AV: 6)

Los relatores tampoco se olvidan, sin embargo, de señalar aquellos puertos poco protegidos a causa de la configuración de la costa como el de «Málaga [que] non es guardado de todos vientos, porque es concha abierta» (VIC: 276).

El puerto que comparten las ciudades de Constantinopla y Pera merece las alabanzas de Clavijo («tengo que sea el mejor») por su

posibilidad de acoger naves de gran calado («es muy fondo»), su belleza (es «limpio e claro») y su seguridad. Y es que, efectivamente, este puerto se encuentra al abrigo de los vientos y resguardado de los ataques enemigos por su excelente situación en el Cuerno de Oro, el canal que separa Constantinopla de la antigua Pera (ET: 146). Tafur coincide con el relator de la *Embajada* en que, por su profundidad, pueden amarrar grandes navíos en sus aguas y le dedica también palabras elogiosas:

é entramos por el puerto de Constantinopla, é dexámosla, é fuemos á surgir á la paliçada de Pera, que es una de las mejores cosas del mundo; una nao, quan grande puede ser, tiene el esporgidura en tierra con tanto fondo é tan limpio, (AV: 138)

Por el contrario, el acceso a Brujas por vía marítima ya presenta dificultades en el siglo XV, como observa Tafur, a causa de los bancos de arena⁷⁵ aunque las mareas contribuyan a hacer del puerto de esta ciudad un lugar seguro:

El puerto desta villa es muy trabajosa la entrada, por los bancos, que disen, pero despues de entrados, están seguros, é como la mar finche mucho, entra fasta la villa é á la menguante quedan muchos en seco, pero en un sabion grande é fondo, que ansí están tan bien posados como en el agua. (AV: 255-256)

La seguridad de algunos puertos se refuerza, además, por el uso de fuertes cadenas a su entrada: los viajeros mencionan las que cierran el puerto de Marsella (VJ: 182-183; VIC: 280); las de Constantinopla (AV: 176); o las que regulan el acceso al Mar Negro (ET: 150). Al amparo y seguridad portuarios se contraponen las tempestades marinias, que presentaremos en el apartado sobre el clima (3.5.).

⁷⁵ Recordemos que con el paso del tiempo la arena ha acabado aislando del mar la ciudad flamenca.

3.4.3. Imágenes de mares y costas

3.4.3.1. El Mar Mayor y el Mar de Poniente

Las descripciones del Mar Mayor (Mar Negro) en la *Embajada* y la del Mar de Poniente (Océano Atlántico) en *El Victorial* permiten acercarse a la percepción que ofrecen estos textos de las aguas marinas y a ellas vamos a dedicar ahora nuestra atención.

Para adentrarse en el corazón de Asia, los embajadores se embarcan en aguas del Mar Mayor –como se denomina en la *Embajada* al Mar Negro– rumbo a Trebisonda en noviembre de 1403. Una intensa tormenta, no obstante, les obliga a regresar a tierra y el viaje queda interrumpido hasta marzo de 1404 pues las aguas de este mar son impracticables en periodo invernal. La descripción del Mar Mayor coincide con esta pausa en el avance del camino –y, por consiguiente, del relato–, recurso que ya hemos observado en otras descripciones de la *Embajada*, como la del Monte Ararat, las Puertas de Hierro y la del río Biamo. En este caso, la descripción tiene como objetivo justificar una parada que retrasa la empresa encomendada a los embajadores por Enrique III. El pasaje expone las causas que imposibilitan la navegación por el Mar Negro en invierno:

E la razón por que este Mar Mayor tan recelado e peligroso es, es por quanto es un mar que es redondo e boze en derredor tres mil millas, e no ha otra entrada ni salida en él, salvo esta boca que es acerca de Pera; e es todo cercado de altas sierras en derredor, e no ha playas donde se estienda, e entran en él muchos ríos e grandes. (ET: 156-57)

Los embajadores empiezan presentando un listado de razones –introducidas por *por que / por cuanto*– en el que evocan elementos que transmiten una visión global del Mar Mayor, similar a la que ofrecería la lectura de un mapa: su forma, sus dimensiones, su único acceso por el Mar de Mármara, las altas cordilleras circundantes que configuran una costa escarpada y sin playas, así como los caudalosos ríos que desembocan en él. A todo ello se añaden los movimientos de sus aguas y los fuertes vientos, que desatan tormentas violentas:

E el mar no faze todavia sino revolir e andar en derredor. E el agua que acierta a salir por aquella boca va afuera, e la otra anda en derredor. E

cuando se levanta algund viento forçoso, luego bulle e se alça el mar e es tormenta, e señaladamente es con el viento de trasmontana e con gallego, que llaman maestro por quanto viene en travieso. (ET: 156-57)

La agitación del mar se describe por medio de verbos: *revolir*⁷⁶, andar en derredor, salir, ir fuera, bullir, alçarse. Clavijo concluye añadiendo motivos suplementarios –mediante el conector aditivo otrosí se refuerza la idea de acumulación–, haciendo hincapié en los riesgos de la navegación por el Mar Negro, que los embajadores han experimentado en carne propia:

E en aquel mar es otrosí peligroso por cuanto quiebra el mar e a pocos puertos en él. *E otrosí es peligroso* por cuanto los navíos vienen acerca de la boca e es mala de conocer; e si la no conocen, van a tierra e pierdense como se an perdido muchas veces. *Otrosí*, en caso que conozcan la boca, veniendo cerca d'ella, si se levanta cualquier viento de los soredichos, son en peligro, por cuanto son travesía que los echa a tierra. (ET: 156-157)

También es la experiencia vivida y la idea de peligro lo que subyace en la descripción del Mar de Poniente en *El Victorial*. Como ya hemos mencionado en el apartado 3.1. («La ecumene y sus territorios»), *Levante* y *Poniente* son los nombres del *Mar Mediterráneo* y el *Océano Atlántico*, respectivamente, y así aparecen tanto en *El Victorial* como también en las *Andanças e Viajes* aunque Pero Tafur denomine igualmente *Mar Océano* al Atlántico. En nuestro corpus, Pero Niño y los suyos son los únicos viajeros que surcan las aguas de ambos mares y Díaz de Games demuestra un íntimo conocimiento de estos dos grandes espacios marítimos. En una de las frecuentes digresiones de *El Victorial*, el relator describe el Mar de Poniente, tomando como base el Mar de Levante, que supuestamente es el que mejor conocen los destinatarios de su relato:

⁷⁶ De la gráfica imagen del agua en ebullición echa mano también Díaz de Games, que explica el fenómeno que provoca esta impresión de hervor: «[e] aquel ras es muy peligroso, que paresce que ansí fierve allí el agua a borvollones, como una caldera de agua quando está sobre el fuego; non porque sea caliente, mas porque es allí tal la mar que faze allí toda remolinos» (VIC: 360).

La mar de Poniente non es ansí como la mar de Levante, que non á menguante, nin más creciente, nin grandes corrientes, dexando una a que llaman la corriente de Faro, que es muy peligrosa, e donde perecen muchos navíos: quando es el viento contrario de la corriente, el navío que toma en medio va apalpando la muerte. E ay en mar de Levante muchas baxas, mas si la galea quiere tener noche, allégase a la tierra; solamente que aya una peña con que se encubra del viento, allí estará sin temor de la mar. Otrosí, non son en ella los *vientos* tan afortunados, e si comienza a fazer calma, dura muchas oras, e aun días. La mar de Poniente es muy brava, demás para las galeas. En todas las costas, tanbién de Françia como de Ynglaterra, non ay cala ni reparo, por quanto contecerá que tomando la galea buen reparo, ansí de mar como de viento, llegado a la tierra, (e) a poco de rato viene la menguante, e si non se guarda, fállase en seco. Conviene que de con ora vaya a buscar reparo, o se meta a la mar larga, [que] es muy peligrosa para las galeas, porque nunca en ella dura mucho la calma. La galea, si ser pudiese, querría que nunca oviese viento. (VIC: 454)

El Océano representa la cara opuesta del Mediterráneo. Éste se describe como el espacio carente de los rasgos característicos de aquél como fuertes vientos, corrientes, mareas o costas escarpadas, elementos íntimamente ligados al peligro. Según Díaz de Games, exceptuando el estrecho de Mesina –que aparece también en Clavijo (ET: 92-93) y Pero Tafur (AV: 297)–, las aguas del *Mare Nostrum* son tranquilas y sus costas siempre ofrecen amparo a las embarcaciones.

Tanto el Mar Negro en la *Embajada* como el Mediterráneo y el Océano en *El Victorial* se describen desde la perspectiva de un navegante. Los viajeros-relatores destacan los rasgos de estos mares que son relevantes para los que se adentran en ellos –movimiento de las aguas, corrientes, mareas, vientos, presencia de puertos y características de los fondos marinos o de las costas– y ponen de relieve el peligro que deben arrostrar navíos y galeras en sus aguas.

3.4.3.2. Las mareas

Ya desde la Antigüedad las mareas habían llamado la atención de los navegantes y se había tratado de explicar este movimiento de las aguas marinas. Aristóteles las atribuía a la acción de los vientos, que se interponían entre el Océano y el sol, y condicionaban de ese modo los efectos solares sobre las aguas (Tsiolis 1997: 34). El término de

marea como fenómeno que designa el movimiento de ascenso y descenso del nivel del mar falta en nuestros textos y en su lugar aparecen voces precisas para referirse exclusivamente a uno u otro de estos movimientos. Los viajeros hablan de la *creciente* (AV, VIC) y la *menguante* (AV, VIC, VJ); como sinónimo de *menguante*, Díaz de Games emplea también *jusente* y los embajadores sólo mencionan una de las dos fases, la *creciente*. Los viajeros se refieren también a las mareas mediante los verbos *crecer* y *menguar* con *agua* o *mar* como sujeto. Por último, Díaz de Games utiliza *baxamar* y *pleamar* para designar el momento en el que la marea –baja o alta– ha llegado a su momento máximo. En nuestro corpus, *marea* sólo aparece en los sintagmas preposicionales *contra viento y marea* o *con viento y marea*⁷⁷.

Los textos proporcionan alguna alusión a las causas de las mareas, hacen referencia a su aprovechamiento por parte del hombre –principalmente con fines defensivos o comerciales– y relatan vivencias relacionadas con el fenómeno. El Marqués de Tarifa es el único viajero que –en su descripción de la ciudad de Venecia– se refiere a la influencia del ciclo lunar sobre las aguas y menciona incluso las mareas muertas:

avnque *creçe* y *mengua* aquel agua en que está Veneçia, no haze más mouimiento que alberca. [...] y en esta agua de Veneçia, aunque cada dia *creçe* y *mengua*, a los siete y ocho de luna y a los XXVII e XXVIIIº de luna no *creçe ni mengua*. [...] Ay en ella ciento y ochenta calles de agua y muchas vezes quedan en seco al tiempo de la menguante. (VJ: 203-204)

Porque, pese a la levedad con la que se siente el fenómeno en aguas mediterráneas, los viajeros que navegan por el *Mare Nostrum* no dejan de aludir a él. Durante su estancia en Venecia, Tafur observa que:

⁷⁷ En el léxico de mares y costas se exponen las relaciones entre estos vocablos.

allí la mar cresce é mengua, aunque non tanto como en Poniente, é saca fuera las suçiedades de los lugares secretos, en otra manera non podrían bevir de fedor; (AV: 211)

Pero, tal como señala el andaluz, es sobre todo en el Atlántico donde el fenómeno se percibe verdaderamente. Por ello, durante las campañas atlánticas de Pero Niño –el único de nuestros viajeros que navega por el Océano– las mareas ocupan un lugar importante en el discurso de Díaz de Games. Aparecen datos sobre ellas, como puede ser su duración:

Singlavan en popa: yvan las galeas con la corriente de la menguante. Ansí navegando, bolvió la mar, *que hera ya ora*, e yendo las galeas en mitad del rax. Venía la creciente e la grand corriente por las proas de las galeas, [...] En esta porfía estuvieron las galeas, fasta que vino la menguante, *seys oras*. (VIC: 453)

Y también interesan las mareas porque de ellas depende el acceso a ciertas ciudades portuarias, lo que se pone de relieve en las descripciones de Gijón y Calais:

Gijón es una villa cerca la mar de Poniente; cércala la mar. La más larga entrada que tiene avrá hasta trecientos pasos de *baxamar*, e de *pl[ea]mar* avrá la meytad. [...] E tenía el conde allí unas barcas, de la parte del castillo, pegadas a la barrera, e *quando menguava la mar quedavan las barcas en seco*. (VIC: 243)

Calés es una villa llana, e quando es la mar creciente, llega la mar a la villa, e aun cércala alderredor; e de baxamar llegan a ella de parte de la tierra. (VIC: 429)

La hermosa y detallada descripción de Crotey –también de la pluma de Díaz de Games– se articula en torno a las dos caras que presentan los alrededores de la ciudad según el nivel de la marea y el relator ofrece información tanto sobre la extensión de las tierras afectadas por el fenómeno, como sobre su duración:

Fueron hechar áncoras ante la villa de Crotey, que es en Picardía; es una villa de Françia, toda cercada de mar: non pueden entrar a ella por tierra,

sinon de baxamar. Allí tomaron vituallas. Todo aquel puerto de baxamar queda en seco e non paresçe mar ninguna. E si honbre viniese de contra la tierra en aquellas seys oras que dura la menguante, bien podría dezir que allí nunca ovo mar. E queda un grand canpo en seco, la arena como quando á llovido. En la otra tierra vienen las gentes, e pasan de una tierra a otra muchas bestias e carretas. E ante la villa está una fosa muy fonda, e queda allí agua bien como en estanque o laguna. Allí quedan los navíos, que non pueden de allí salir fasta que torna la mar. Dura aquella tierra ansí descubierta doze leguas, desde la fosa de Cayo hasta una villa que llaman Buyvilla en Pontiau, que es dentro en la tierra. A cabo de seys oras torna la mar, e viene la mar tan alta como una sierra, e cubre toda aquella tierra. Entonçe pueden entrar galeas, e naos, e aun carracas. (VIC: 426)

Y, en *El Victorial*, abundan asimismo las referencias a las mareas en episodios bélicos:

A la fin los yngleses, mal su grado, ovieron a dexar la plaza, e pasáronse a la tierra firme. Luego creció el agua, e atajó a los unos de los otros. Ésta fue la razón por que los yngleses se partieron tan aýna, porque vieron venir la creciente de la mar, e pensaron ser atajados; e non les convenía, si esperaran, sino morir, segund la priesa que les davan franceses e castellanoss. Si la mar non creciera, tanta gente venía en su ayuda que los non pudieran sufrir. E lo que atajava el agua avría tanto de espacio como tiro de una piedra puñal; (VIC: 377)

Tafur, en cambio, siempre en pos de todo lo que muestre una interacción del hombre con la naturaleza, observa en Flandes el aprovechamiento de las mareas para internarse en tierra por canales y ofrece una curiosa descripción del funcionamiento de las esclusas:

Ay en ella una casa muy grande sobre un piélago de agua, que viene de la mar por el Esclusa; á ésta llaman la Hala, do descargan las mercadurías, e fázese en esta guisa: en aquella parte del Poniente cresce la mar mucho é mengua, é desdel Esclusa hasta Brujas, que será dos leguas é media, ay una aequia grande é fonda como rio, é á trechos están puestos como aguatochos de açeñas, que, alçándolos, entra el agua, é echándolos, nin puede más yr nin más salir; é quando la mar cresce, cargan aquellos barcos é van al Esclusa con sus mercadurías por la corriente, é quando la mar es llena, atapan el agua, é aquellos barcos que fueron des-

cargan é cargan de otra mercaduría, é con aquella agua que los levó, como vaçia la mar, buelven ellos con la menguante; é ansí se sirven por su industria de aquel agua, que es un grant cargo é descargo, é si lo oviesen de fazer con las bestias sería grandíssima costa é grande empacho. (AV: 252-253)

3.4.3.3. Las islas

En relatos de viajes de siglos anteriores –así como también en las *imagenes mundi* y los mapamundis– las islas aparecían a menudo como escenario privilegiado para las maravillas, territorios de riquezas, espacio donde se expresaba la alteridad o como lugar de la Utopía⁷⁸. Ya de ese modo habían percibido las islas los antiguos, y el mito de las Islas Afortunadas –descritas en la Antigüedad por Homero, Hesiodo y Plutarco– se prolonga hasta el siglo XVI (Zumthor 1993: 251). Las caracterizan un clima templado, la presencia de jardines y brisas perfumadas así como la abundancia de bienes naturales que hacen innecesario el trabajo (Ladero Quesada 2002: 48).

Díaz de Games se hace portavoz de esta visión en los pasajes que interpola en su relato sobre la historia de Inglaterra. Esta isla se convierte en lugar de prodigios pues allí crecen árboles que dan como fruto a un pájaro, llamado *vacar* (VIC: 456). Y su descripción de la isla de Belle-Ile nos acerca a la «insularidad feliz» por el carácter pacífico de sus habitantes:

En esta Belaysla los que allí moran non traen armas, ni se defienden aunque les fagan mal, porque el Papa los tiene asegurados, e descomulga a quien mal les fiziere.

Cerca de Belle-Ile se encuentra otra isla cuyas mujeres son alejadas de ella en el momento del parto:

Es allí una ysla en que bive gente e non pueden en ella parir las mugeres. E quando se llega el tiempo del parto, llevan la muger a la otra tierra a parir, o métenla en la mar en un barco; e de que es parida, tornanla a la ysla (VIC: 360)

⁷⁸ Para un análisis de las islas como espacio onírico, véase Le Goff (1977: 291-292).

Esta costumbre recuerda la que consignaba ya en el texto del Mapamundi estense (h. 1450) a propósito de Ibernis (Islandia):

Ítem hi a altre illa en la qual les fembres no enfanten, mas con són determenades a enfantar són portades fora la illa segons custuma. (*apud* Lacarra 1999: 89)

La idea de longevidad –e incluso de inmortalidad– en islas oceánicas prodigiosas al Oeste de Irlanda, se recoge en el Atlas Catalán donde leemos que cuando los hombres «son suficientemente viejos para morir, se les lleva fuera de la isla» (Ladero Quesada 2002: 48); la misma idea transmite el *Libro del conocimiento* (1999: 160), el portulano de Angelino Dulcert (1339) y ésta se repite en el de Viladestes (1413) (Lacarra 1999: 89).

Sin embargo, en nuestros relatos –dejando de lado los dos pasajes mencionados de *El Victorial*– las islas no son pintadas con características maravillosas. Por el contrario, se describen con claro pragmatismo y se presentan, sobre todo, como un refugio y un lugar de reposo para el navegante. Así aparecen en *El Victorial* tras una terrible tormenta:

Al sol salido, parescieron las yslas; a la ora del medio día llegaron las galeas a una ysla que llaman la Cabrayra, donde está un castillo. Allí hecharon áncoras. Allí traxeron al capitán presente de pan e vino, e comió la gente, e folgó, e aparejaron todas sus cosas. (VIC: 286)

Es frecuente también la referencia a datos de interés práctico como la presencia de agua potable, cultivos, ganado o caza en las islas:

llegaron a par de una isla despoblada que es llamada Mandrea; e en ella a pastos para ganados e agua dulce (ET: 103); e en ella avía muchas huertas e viñas e árboles e muchas fuentes de aguas e tierras de grand labrança de pan e viñas mucho buenas e muchas huertas. E en ella avía mucha caça de perdizes e de conejos (ET: 109); El Gemolín es una ysla desabitada; ay en ella mucha agua dulce, e mucha caça, e muchas aves que crían en ella (VIC: 289); Llegaron las galeas a Ysla de Rey: es una ysla muy abundosa de bív[e]res, muchas vacas e ovejas, e mucho pan e vino, e huertas; (VIC: 316)

Las noticias sobre tierras isleñas acostumbran a ser recurrentes y tipificadas. A menudo los relatores las oponen explícitamente a la tierra firme:

Esta çibdat de Pisa fué antiguamente muy poderosa é muy rica, é seño-reava muchas tierras, así en la tierra firme como yslas en la mar, (AV: 16)

e viernes siguiente en la tarde fueron par de Modon, una tierra firme del señorío de Veneja; eso mismo fueron en par de una isla que ha nombre Sapiencia, e a par de otra isla que es llamada Benetico, e de otra que es llamada Cerne; e pasaron a par del cabo de Gallo e aparesció eso misma una tierra firme que es llamada Corron. (ET: 94)

Se suele dar el nombre de la isla e indicar su situación:

é fezímos vela é fuemos á la ysla del Xamo, que es en el ArçepiéLAGO, (AV: 130)

Además, la presencia de vida humana aparece como un dato de gran interés, por lo que se señala de continuo si las islas están pobladas o no:

E juebes partieron de aquí e viernes en la mañana llegaron a par de una isla despoblada que es llamada Mandrea (ET: 103); é fuemos costeando por la Esclavonia por entre muchas yslas, dellas pobladas é dellas non, que paresçe al Alçapiélago, aunque en grandeça nin en pueblo non son tales, (AV: 193); Estas yslas son desabitadas, que non bive en ellas gente, ni ay en ellas agua dulce (VIC: 296)

Si hay población, se precisa el origen de sus habitantes:

E fueron este día a par de una isla que es llamada el Forno, a par de otra isla que es llamada Catanis e es poblada de griegos; e fueron otrosí a par de otra isla grande que es llamada Xamo e es poblada de turcos; (ET: 103)

A falta de fronteras fuera del propio mar, la mención de la pertenencia del territorio a un determinado señor⁷⁹ es fundamental en los espacios insulares:

é otro dia, dexando la tierra, fuemos sobre la ysla de Ybiça, *que es del rey de Aragon*. É continuando nuestro camino, dexando á Cataluña é á Barcelona á la mano ysquierda, pasamos por las yslas de Mallorca é Menorca, *que son del rey de Aragon*, (AV: 10)

Los relatores informan sobre las construcciones, especialmente defensivas, o las aglomeraciones urbanas que encuentran:

Lunes, cuando amanesció, fueron entre dos islas que ha nombre la una Córtega; e *tiene un castillo que ha nombre Bonifacio* e es de un genués. E la otra isla ha nombre Cerdeña, e *tiene un castillo que llaman Luego Sardo*, e es de catalanes. (ET: 85)

Y otras veces, sobre todo en la *Embajada*, se consigna la dimensión de la isla –mediante los adjetivos *grande / pequeña*– o mediante la expresión, precisa y cifrada, de su perímetro.

Rasgo particular de la *Embajada* –acorde con el interés de los embajadores por describir los paisajes que atraviesan– son las referencias a la presencia o ausencia de vegetación en las islas:

E la dicha isla [Ibiza] es todo lo más d'ella montañas altas, *de montes baxos e pinares*. (ET: 84)

Domingo siguiente, en amaneciendo, pasaron entre dos islas despobladas, *rasas, sin montes*, (ET: 90)

Una última particularidad en las menciones de islas mediterráneas es su frecuente vinculación con la historia. Las islas del Egeo –escenario de los hechos más notables de la Antigüedad grecolatina– son ventanas abiertas a los acontecimientos que en ellas ocurrieron y

⁷⁹ Deluz (1988: 173) sostiene que en el siglo XIV «la notion de frontière naturelle, réflexion de lettrés penchés sur livres et cartes, est encore largement concurrencée par la conscience, vécue, de l'appartenance à son “droit” seigneur».

mediante la alusión a estos hechos del pasado, los relatores tienden un puente entre una historia –familiar a la sociedad receptora– y el espacio ignoto:

Despues fezimos vela la vía de Candía, que antiguamente se llamava Creta, *do fué rey Agamenon, príncipe de los griegos contra los troyanos*, dexando á la mano esquiera el arçepiélago, del qual muchas yslas pobladadas é despobladas se paresçían, entre las quales la ysla de Citaréa, que los griegos dizen Cetril, me fué mostrada; ésta es aquella donde Páris robó á Elena é la levó á Troya; (AV: 45-46)

De la leyenda troyana suelen proceder las referencias más frecuentes, que se repiten de un texto a otro. Idéntico pasaje al aludido en la *Embajada* se encuentra en el *Viaje a Jerusalén*:

Otro día, sábado, diez e seis de jullio, venimos en el paraje de la ysla de Cerigo, *que fue donde Paris robó a Elena* (VJ: 216).

Y el relato del marqués incluye también reminiscencias de la mitología griega:

é yendo por la costa adelante vimos el castillo del Curco, que antiguamente se llamava Cólcos, *donde fué Medea, é la ysla donde andava el carnero dorado* (AV: 66)

El tipo de información que nos ofrecen los textos sobre las costas y las islas confirma el hecho de que los viajeros tuvieron acceso directo a los portulanos y se sirvieron de ellos para construir su discurso sobre el mundo. Quizás se pueda imaginar que esos documentos, forzosamente sintéticos por la falta de espacio, influyeron no sólo en los contenidos de los libros de viajes sino también en el propio discurso, que aglutinaba –casi de manera telegráfica– noticias heterogéneas alrededor de un topónimo.

3.4.4. Caracterización

Los adjetivos aplicados al mar⁸⁰ y a los accidentes costeros escasean en los relatos del corpus. La *Emabajada* se refiere a la forma del mar –*redondo, angosto, estrecho*– y alude al riesgo que supone navegar por él ya que lo tilda de *recelado y peligroso*. De las olas dice que son *altas y grandes*. En las *Andanças e Viajes*, la mar es *estrecha, redonda* y se mencionan sus fondos, por lo que puede ser *baja* –sin profundidad– o *fonda*. El *Victorial* reservará sus adjetivos para describir el estado de la mar, que se encontrará, según los casos, *alterada, ayrrada / yrada, cavada, tormentosa y brava, o bien pagada, calma y mansa*, y que se calificará de *peligrosa*. En este relato, aparecen olas (*muy*) *altas, fuertes, muy grandes y muy peligrosas*. En el *Viaje a Jerusalén* destaca el uso de un adjetivo de color, *azul*, aplicado a las aguas del mar en un conjunto de textos que hacen un uso restringido de los adjetivos cromáticos.

Frente a esta escasez de calificativos –y como ocurría con las aguas continentales– los textos ofrecen, en cambio, un amplio elenco de verbos predicativos cuyo sujeto es el mar. Se trata, en su mayoría, de verbos de movimiento que dinamizan la descripción, otorgan a las aguas un carácter antropomórfico y describen fenómenos marinos para los que el castellano no ha acuñado todavía términos precisos.

El mar se presenta a menudo alterado y se le atribuyen acciones como *revolir, andar en derredor, salir, ir afuera, bullir, alçarse o quebrar*, como veíamos en la descripción del Mar Negro en la *Emabajada* (ET: 198). Ya hemos mencionado también la imagen del agua hirviendo que aparece tanto en el texto de Clavijo como en el de Díaz de Games para explicar la alteración de las aguas (*fervir, fazer remolinios*) (VIC: 360). Otros verbos con los que se describe el movimiento de las aguas son *arrebolver, levantarse y fazer vagas*:

y assí por esto como por desbiarnos del golfo del Carnero, que suele ser muy malo, en especial en aquel tiempo que hera tan cerca de Sant Símon, quando la mar se suele mucho *arreboluer*, tomamos la vía d'Esclabonia y Dalmacia (VJ: 311)

⁸⁰

En el apartado sobre el léxico de mares y costas (*s.v. mar*), se precisa el género (masculino o femenino) que emplea cada relator para designar el mar y que explica el género de los adjetivos que aquí se presentan.

e el mar se levantó e fazía grandes vagas (ET: 159)

Por el contrario, para expresar la vuelta a la tranquilidad de las aguas, se emplean los verbos *asosegar* y *calmar*:

E plogo a Dios que al quarto del alba calmó un poco el viento, e *asosegó* la mar, e tornó el viento al norte. (VIC: 285); plugo a Dios que una noche, al quarto del alba, *calmó* la mar e *asosegó* ya quanto el viento. (VIC: 308)

Para aludir al movimiento de las mareas, los textos recurren igualmente al uso de verbos. Para la marea ascendente, encontramos los verbos *bolver*, *fenchir*, *subir*, *crecer* y para la descendente *tornar* y *menguar*:

Singlavan en popa: yvan las galeas con la corriente de la menguante. Ansí navegando, *bolvió* la mar, que hera ya ora, e yendo las galeas en mitad del rax. Venía la creciente e la grand corriente por las proas de las galeas, (VIC: 453)

El puerto desta villa es muy trabajosa la entrada, por los bancos, que dizen, pero despues de entrados, están seguros, é como la mar *finche* mucho, entra fasta la villa (AV: 255-256)

E este mar que entra en estas ciudades *sube* arriba cuanto media legua, e desí *tórnase*. (ET: 146)

avnque *crece* y *mengua* aquel agua en que está Veneçia, no haze más mouimiento que alberca. (VJ: 203)

Señalemos en el primer ejemplo, el empleo de *venir la creciente* que se opone a *venir la menguante*: «por quanto contecerá que tomendo la galea buen reparo, ansí de mar como de viento, llegado a la tierra, (e) a poco de rato viene la menguante, e si non se guarda, fállase en seco» (VIC: 454).

3.4.5. Dimensiones

Ya menos observado que las dimensiones relativas al relieve escasean en nuestros textos y que las medidas que éstos nos proporcionan

sobre ríos y lagos se reducen al ancho de los primeros mientras que son más completas para los segundos (ancho, largo, profundidad y perímetro). Los relatores se muestran más precisos por lo que se refiere a las dimensiones de ciertos elementos del paisaje marítimo como los mares, los accidentes costeros, las islas o la profundidad de las aguas, probablemente porque se basaban en los datos que les brindaban los portulanos.

El *Viaje a Jerusalén* destaca en el corpus por la profusión de detalles numéricos. La ausencia de cifras en algunos puntos del manuscrito del marqués demuestra el objetivo informativo que perseguía el texto y ofrece pistas sobre su redacción por etapas (un primer esbozo que va completándose progresivamente):

y en frente en la mar está vna peña que se dize el Ouo, entre la vna y la otra pueden surgir boja esta ysla [espacio en blanco] millas, es el comienço del arcipélago, [espacio en blanco] millas del Zanto. (VJ: 216-217)

Los viajeros consignan a menudo el perímetro de mares interiores –o cerrados– e islas:

E la razón por que este Mar Mayor tan recelado e peligroso es, es por quanto es un mar que es redondo e boze en derredor tres mil millas, (ET: 156); Partimos de Galípoli é fuemos á la Mármora, que es un anchura de mar redondo de fasta ocho leguas en través; (AV: 137)

tiene en redondo esta ysla dozientas millas; (VJ: 215)

Tafur proporciona datos sobre la longitud del Mar Adriático, al que denomina Golfo de Venecia: «é entre la Italia é la Esclavonia está el golfo de Veneza, que tura *ochocientas millas*» (AV: 43).

Con toda evidencia, las dimensiones de estrechos y pasos es de importancia capital para la navegación, tanto si se trata de su anchura –«[e] viernes siguiente, a ora de vísperas, fizo buen viento e entraron por la dicha boca de Romania. E a la entrada es *tan angosta que no ha en ancho más que ocho millas*» (ET: 111)– como de su longitud: «[e] aparejamos é fezimos vela é fuemos por el estrecho de Romanía,

que ay desde Constantinópoli hasta desembocar al mar Mayor diez é ocho millas» (AV: 158).

En su descripción del Peloponeso, Tafur proporciona incluso las medidas del istmo:

Este golfo de Pátras se lanza por la tierra, que con otro golfo que entra por la otra parte ciñen la tierra que se llama la Morea, que antiguamente se llamava Acaya, la qual es del imperio de Constantinopla é patrimonio del primogenito, que en la lengua griega llaman Díspot de la Morea; é estos dos golfos ciñen tanto la tierra, que en la entrada dizen que non ay mas de dos millas. (AV: 44)

Y también se miden las mareas: «[e] este mar que entra en estas ciudades sube arriba cuanto media legua, e desí tórnase» (ET: 146).

La familiaridad de Díaz de Games con el mundo del mar se percibe por la incorporación en su discurso de datos cifrados sobre la profundidad de las aguas, de inestimable valor para el navegante:

Quando sondan allí [en los bancos de arena de Flandes], en unos lugares fallarán quatro o cinco braças, e en otros ciento o más. Por esto encallan allí muchos navíos, e muchas veces peresçen. (VIC: 427-428)

Frente a la precisión de la que hace gala Díaz de Games, Clavijo y Tafur aluden a la profundidad de las aguas, especialmente de los puertos, sin proporcionar datos cifrados:

E él [el puerto de Constantinopla] es *muy fondo e limpio e claro*, que la nao mayor o la carraca mayor del mundo puede llegar hasta el muro e poner plancha como si fuesen galeas. (ET: 146)

[Constantinopla]: é de la una parte tanto es el estrecho, que se vée pasear un onbre de la otra por el arena; é la mar es tan baxa de la parte de Turquía é tan fonda de la parte de la Grecia, que qualquier navío, por grande que sea, va junto con el muro de Constantinopla, tanto, que paresçe que podríe onbre saltar del muro en el navío. (AV: 176-177)

Y mencionemos, para terminar, que los relatores recogen también datos sobre las distancias, aunque éstos son menos frecuentes en las rutas marítimas que en las terrestres:

é seys millas ántes fallamos un escullo do está un monesterio muy notable de calogueros de Sant Basilio, (AV: 44)

Esta ysla de Estampalía está *cient millas de Rodas y quarenta dentro en el arcipiélago. (VJ: 308)*

3.4.6. Balance

Nuestros textos –excepto el *Libro del infante* como ya se ha visto– no escatiman información sobre el universo marítimo pues muchos de los desplazamientos se realizan por mar. Las noticias acerca de este ámbito de la geografía que difunden los relatos incluyen abundante toponimia sobre puntos del litoral avistados desde la embarcación, así como sobre islas u otros accidentes costeros de los que se proporciona una información somera. Merecen una atención particular algunos puertos pues los viajeros-relatores desean dejar constancia de estos refugios de navegantes y poner de relieve su función estratégica. En este apartado los contenidos transmitidos reflejan, sobre todo, un conocimiento adquirido en el viaje que procede en buena medida de la cartografía; efectivamente, ésta proporciona a los viajeros parte de la información plasmada en sus relatos lo que contribuye a difundir unos conocimientos que, de otro modo, hubieran quedado relegados a los soportes cartográficos. Los lugares mencionados se caracterizan muy someramente con elementos que proceden de la observación directa y que poseen un interés pragmático, como pueden ser las referencias a la caza o la presencia de cultivos y de aguas en las islas (*Embajada*, *Andanças*, *El Victorial*). Los textos no excluyen, sin embargo, referencias esporádicas de claro origen libreco (Mar Ocidiano en la *Embajada* o ecos de espacios insulares míticos en *El Victorial*). Fenómenos que también pueden interesar a la sociedad receptora son las mareas que se mencionan –sobre todo en *El Victorial*– por el peligro que representan o por su valor estratégico. Puesto que la navegación conlleva importantes riesgos, en las descripciones del Mar Mayor (*Embajada*) y del Mar de Poniente (*El Victorial*), los relatores tematizan buena parte de la información que transmiten sobre ambos mares en torno al elemento del peligro.